

EL SALVAMENTO  
DE LA  
CIVILIZACION

H. G. WELLS



CALPE



SOC  
#13 627

P. Machay

Lima, setiembre 1921

---

EL SALVAMENTO  
DE LA CIVILIZACION

---

ES PROPIEDAD  
COPYRIGHT BY CALPE, MA-  
DRID, 1921.

---

---

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

H. G. WELLS

EL SALVAMENTO  
DE LA CIVILIZACION

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

RICARDO BAEZA

CALPE

1 9 2 1



*Este libro fué originalmente escrito como una serie de conferencias que debían ser pronunciadas en Estados Unidos y Canadá. Una grave dolencia, en vísperas ya del viaje, impidió a Mr. Wells llevar a cabo su propósito, del que parece haber definitivamente desistido. Estas conferencias fueron planeadas en grandes líneas generales y expresan, clara y concretamente, su idea de qué es preciso hacer si queremos reedificar y salvar nuestra civilización de esta ruina y decadencia en que parece sumirse. Como el lector verá, se trata de un programa completo de propaganda y reconstrucción política y educacional, extensiva a todo el mundo.*







# EL SALVAMENTO DE LA CIVILIZACIÓN

---

## I

### EL FUTURO PROBABLE DE LA HUMANIDAD

#### § 1

El estado actual de los negocios humanos es tal, que admite y hasta parece requerir ciertas vastas generalizaciones. Nos encontramos en una de esas fases de la experiencia que llegan a ser cardinales en la Historia. Una serie de inmensos y trágicos acontecimientos ha destruído el sosiego y la complacencia de sí mismo en que vivía el hombre, y ha desafiado su voluntad y su inteligencia. Este fácil avance de las cosas humanas, que durante generaciones parecía justificar la convicción de un progreso necesario e invencible, progreso hacia una fuerza mayor, hacia una mayor felicidad y un continuo ensanchamiento de la vida, ha sido

violentamente refrenado y acaso para siempre detenido. La catástrofe espectacular de la gran guerra ha revelado una acumulación de fuerzas destructoras en nuestra aparentemente próspera sociedad que pocos habíamos soñado, y también puso de manifiesto una profunda incapacidad para dominar y gobernar estas fuerzas. Los dos años de miseria, confusión e indecisión que han seguido a la gran guerra en Europa y Asia, y las incertidumbres que han perturbado la vida aun en los países relativamente indemnes, como América, parecen a muchos espíritus vigilantes todavía más ominosos para nuestro orden social que la guerra misma. ¿Qué le está ocurriendo a nuestra especie?, se preguntan. Las prosperidades y esperanzas con que se abriera el siglo XX, ¿no fueron otra cosa que el ápice fortuito del Destino? ¿Acaso el ciclo de la prosperidad y del progreso se ha cerrado? ¿A qué extremo nos llevarán estos titubeos y desatinos, estos odios y aventuras de los tiempos presentes? ¿Está acaso el mundo al comienzo de largos siglos de confusión y desastre, como los que acabaron con el Imperio romano de Occidente en Europa o la prosperidad del período Han en China? Y en ese caso, ¿se extenderá la catástrofe a América? ¿O bien el sistema americano (¿y quizá también del Pacífico?) está aún suficientemente separado y autónomo para mantener un movimien-

to progresivo suyo, aunque el Antiguo Mundo se desplome?

Por vastas y vagas que estas preguntas sean, es preciso nos las contestemos, de un modo o de otro, antes de poder sentir un interés racional o adoptar una posición cualquiera en los asuntos mundiales. Y aunque la respuesta no sea definida, es preciso tener la convicción implícita antes de poder situarse en estas cuestiones. Si no hemos llegado abiertamente a ninguna conclusión clara, tendremos que obrar con arreglo a conclusiones subconscientes adquiridas por instinto. Pero será mucho mejor si se las trae a la plena luz del pensamiento.

La supresión de la guerra es generalmente considerada como central del complejo de problemas contemporáneos. Pero la guerra no es nada nuevo en la humana experiencia, y durante siglos y siglos el hombre ha sabido cómo salir adelante, a pesar de su frecuente ocurrencia. Casi todos los Estados e Imperios han estado intermitentemente en guerra, en medio de sus períodos de estabilidad y mayor riqueza. Pero sus guerras no eran la guerra de los tiempos presentes. Lo que ha traído el curso de un progresivo desarrollo durante el último siglo y medio a una brusca parada no ha sido

la guerra tal como se había entendido en los días de antaño, sino la guerra extrañamente transformada y agigantada por nuevas condiciones. Este cambio de condiciones, por tanto, y no la guerra misma, es la realidad que tenemos que analizar en su influencia sobre nuestras ideas políticas y sociales. En 1914, las grandes potencias europeas acudían a la guerra, como habían recurrido en otras muchas ocasiones previas, para dirimir ciertas cuestiones. Esta guerra prendió y se propagó con una inesperada rapidez hasta envolver todo el mundo, y dió origen a un horror, a una monstruosidad en la destrucción y, sobre todo, a una inconclusión enteramente distintas de todas las guerras anteriores. Esta diferencia era la médula de la cuestión. Cualesquiera justificaciones que pudieran encontrársele en el pasado, era evidente para muchos espíritus que, en las nuevas condiciones, ya no era la guerra un método posible de soluciones internacionales. La cosa aparecía terminante. Y la idea de una Liga de Naciones, sustentando un Tribunal Supremo del Mundo para reemplazarla, más que originarse de un punto concreto, brotó simultáneamente dondequiera había hombres inteligentes.

Ahora bien: ¿qué cambio de condiciones era este que así ponía a la Humanidad frente a la ne-

cesidad desconcertante de abandonar la guerra? Pues que era desconcertante no cabe duda. La guerra había sido una idea directora y constructora en todas las sociedades humanas hasta el presente; pocos se atreverían a negarlo. Las instituciones políticas se han desenvuelto en buena parte con relación a esta idea de guerra; agresión y defensa han modelado la forma exterior de todos los Estados del mundo, de igual modo que la cooperación sostenida por la compulsión ha modelado la interna. Y si, bruscamente, el hombre decide renunciar a la guerra, es muy posible que se encuentre con que su determinación entraña la más extensiva y trascendente modificación de todas las concepciones políticas y sociales, mucho más allá de la simple relación de actividades belicosas, como a primera vista podría suponerse.

A este problema general, que se origina de esa consideración, aplícanse este ensayo y los tres que le siguen; a la cuestión: ¿Qué ocurrirá si la guerra desaparece de la vida humana?, y al problema de qué deberá hacerse si queda al fin excluída y desterrada para siempre de las futuras experiencias de la especie. Pues abordemos de lleno la verdad: la abolición de la guerra no es la abjuración de antiguas, bárbaras y ya arcaicas tradiciones; no es un paso progresivo fácil y natural. La abolición

de la guerra, si puede conseguirse, será una inversión, no sólo del método general de la vida humana, tal como fué hasta ahora, sino del método general de la Naturaleza; es decir, del método de la lucha y la supervivencia. Será una nueva fase en la historia de la vida, y no simplemente un inciso en la historia del hombre. Estos breves ensayos intentarán presentar algo así como las verdaderas dimensiones de la empresa que se ofrece a la Humanidad, si realmente se quiere acabar con la guerra, y mostrar que el proyecto de abolir la guerra por la reunión ocasional de un Consejo o Liga de las Naciones, o cualquier otro organismo por el estilo, tiene las mismas probabilidades de éxito que lo tendría la supresión del hambre, la sed y la muerte por un decreto del Parlamento.

Examinemos primero el cambio en las condiciones de la vida humana, que ha trocado la guerra, de un aspecto normal de la lucha por la existencia de las sociedades humanas, en un terror y una amenaza para toda la especie. El cambio es esencialmente un cambio en la suma de fuerzas utilizables para fines humanos, y más particularmente en la suma de fuerzas materiales que pueden ser gobernadas por un individuo. La sociedad humana, hasta hace un par de siglos, era esencialmente un sistema basado en la fuerza del hombre y en

la fuerza del caballo. Había, de añadidura, cierto empleo muy limitado de la fuerza del agua y del viento; pero no en proporciones que afectasen la verdad general del postulado. La primera indicación del gran cambio comenzó hace siete siglos con la aparición de los explosivos. En el siglo XIII, los mongoles hicieron un uso eficacísimo del descubrimiento de la pólvora por los chinos. Conquistaron la mayor parte del mundo conocido, y su introducción de un explosivo, por débil que éste fuera, en la guerra rápidamente acabó con la inmunidad de los castillos y ciudades amuralladas, abolió el feudalismo y destruyó por completo el sistema de irrigación de la Mesopotamia, que desde los comienzos de la Historia había siempre sido una región populosa y civilizada. Pero la corta ciencia metalúrgica del tiempo impuso límites estrechos al tamaño y alcance del cañón. Hasta el siglo XIX, con el progreso de la química y la producción en gran escala del acero fundido, no se hizo posible el empleo militar de la variedad de explosivos. La extensión sistemática del poder humano comenzó en el siglo XVIII con la utilización del carbón y del vapor. Esto inició un impulso de invención y de descubrimientos que rápidamente puso en manos de los hombres cantidades crecientes de energía material; impulso que ni aun ahora ha alcanzado quizá su clímax.

No es preciso repetir aquí la historia familiar de la abolición de la distancia que se produjo; cómo el radiograma y el telegrama hicieron de todos los sucesos de importancia sucesos simultáneos para todos los hombres; cómo los viajes que antes costaban meses o semanas cuestan hoy días u horas, ni cómo la imprenta y el papel han hecho posible una comunidad universalmente informada, etcétera, etc. Ni describiremos tampoco el efecto de todas estas cosas sobre el arte de la guerra. El punto que en ello nos interesa es que antes de esta era de los descubrimientos las comunidades habían luchado y combatido entre sí como podrían hacerlo unos chicos traviesos en una *nursery* demasiado poblada, *dentro de la medida de sus fuerzas*. Se habían lastimado y empobrecido mutuamente; pero rara vez se habían destruído por completo. Sus pendencias podían parecer desconsoladoras, pero eran soportables. Hasta sería posible considerar estas guerras de antaño como ejercicios sanos y vigorizadores. Pero la ciencia ha entrado en la *nursery* y ha puesto en los puños del niño aceros envenenados, bombas mortíferas, flúidos corrosivos y otras cosas por el estilo. Las riñas, relativamente inofensivas, de aquellos chicos súbitamente han adquirido posibilidades aterradoras, y más pronto o más tarde puede la *nursery* quedar convertida en un montón de cadáve-



res o saltar hecha trizas. Una *nursery* verdadera invadida por un insensato que distribuyese regalos semejantes, pronto sería salvada por la intervención de la niñera; pero la Humanidad no tiene más niñera que su pobre cordura. Y si esta pobre cordura puede o no levantarse a la altura de una intervención eficaz es el problema fundamental que en los actuales momentos se plantea a la Humanidad.

Los regalos de muerte continúan. Desde 1914 hasta comienzos de 1918, en que la falta de material y de energías lo contuvo, pudo observarse un constante aumento en el horror y destructividad de la guerra; y del armisticio acá ha habido un activo florecimiento de la ciencia militar. La próxima guerra bien organizada, podemos estar seguros, será mucho más rápida y extensiva en sus destrucciones, especialmente de la población civil. Los ejércitos no avanzarán ya por caminos, sino extendidos en línea, con tanques pesados que removerán la entera superficie del país que atraviesen; los bombardeos aéreos, con bombas capaces de destruir cada una un pueblo, podrán efectuarse a mil millas del frente militar, y las minas y submarinos limpiarán de toda navegación los mares. No habrá distingos entre combatientes y no combatientes, pues cada ciudadano válido, varón o

hembra, es un productor en potencia de víveres y municiones; y es muy probable que los más seguros refugios, y desde luego los mejor aprovisionados, en el universal cataclismo sean los cuarteles, cuidadosamente soterrados, protegidos y disfrazados, de uno y otro ejército beligerante. Militares de inteligencia moderada y gran entrenamiento profesional llevarán a cabo con relativa seguridad más devastación de la que ellos mismos pueden comprender. La dura lógica de la guerra, que da siempre la victoria al más enérgico y destructor de los combatientes, convertirá la guerra, cada vez más, de simples operaciones de robo, conquista o predominio, en operaciones para la destrucción definitiva del adversario. La guerra es la guerra, y la violencia su naturaleza. Hay que pegar todo lo duro que se pueda. Los métodos ofensivos y contraofensivos continuarán prevaleciendo sobre los puramente defensivos. El vencedor en la próxima gran guerra será tan bombardeado y quedará tan famélico y arruinado como el vencido. Su triunfo no será fácil; podéis tenerlo por seguro: será un triunfo de los exhaustos y moribundos sobre los muertos.

Se ha argüido que una guerra tan preparada y a tal punto organizada como la que vió el mundo en 1914-18 no es fácil que vuelva a ocurrir en mucho tiempo, a causa de la sacudida experimentada

por la estabilidad social. Podrá haber guerras espasmódicas, improvisadas de un modo precario —admiten estos críticos, en apariencia más optimistas—; pero no quedan ya comunidades tan estables y tan seguras de su gente que sean capaces de preparar y sufragar de nuevo toda una guerra científicamente elaborada. Pero esta esperanza no implica una perspectiva más feliz para la Humanidad. Quiere, a lo sumo, decir que mientras permanezcan los hombres tan desordenados y empobrecidos no se levantarán de nuevo a la altura de la guerra científica. Pero, evidentemente, esto sólo acontecerá mientras permanezcan desordenados y empobrecidos. En cuanto se recobren, repetirán su pasado desastre con todas aquellas mejoras y perfeccionamientos modernos que el ingenio de la época intermedia pueda haber discurrido. Esta nueva fase de desorden, lucha y desembrollo social en que hemos entrado; esta fase de decadencia, debida a los crecientes poderes de ruina y destrucción en la Humanidad, está sujeta, por tanto, a durar mientras duren las divisiones basadas en las antiguas ideas de lucha, y aunque en algún momento parezca haberse puesto dique a la decadencia, será sólo para fraguar, bajo la influencia de aquellas ideas, una nueva tormenta guerrera, suficientemente destructora y desorganizadora, que reanude el proceso de degeneración.

A menos que la Humanidad ajuste sus ideas políticas y sociales a este nuevo hecho esencial del enorme acrecentamiento de sus fuerzas; a menos que elimine o gobierne su instinto de pugnacidad, la perspectiva de decadencia será la única abierta, hasta un nivel de barbarie en que se hayan perdido y olvidado todas las adquisiciones científicas e industriales de nuestra era presente. Entonces, con sus fuerzas rebajadas a su mezquina escala primera, nuestra raza podrá recobrar cierto equilibrio entre los daños y ventajas de la lucha. O también, ya que nuestra especie en decadencia podría tener menos vitalidad y vigor que tuvo en sus fases primitivas, es posible que mermara y desapareciera por completo ante un animal antagonista envalentonado, o por efecto de alguna infección mundial, originada acaso por las ratas, o los perros, o los insectos, que quizá están destinados a ser los herederos de esas ruinas desiertas que serían las ciudades, y puertos, y caminos, y puentes de hoy día.

Una sola alternativa a tal retrogresión parece posible, y es la reconstrucción consciente y sistemática de la humana sociedad para impedirlo. El mundo se ha trocado en una comunidad, y el espíritu y la voluntad humanos pueden, con el tiempo, reconocer y adaptarse a este hecho. El hombre,

como raza, puede conseguir volver la espalda al método de la guerra y los métodos de la lucha y aventurarse en un inmenso esfuerzo mundial de cooperación y mutua tolerancia y salvamento. Puede tener la fuerza necesaria para abandonar su vieja tentativa de vivir en Estados soberanos e independientes, y dominar la fuerza destructora en que ha venido a convertirse la hostilidad tradicional, y poner todas sus cosas bajo una misma ley y una misma paz. Estos nuevos y vastos poderes sobre la Naturaleza que le han sido conferidos, y que ciertamente serán su pérdida si sus fines continúan divergentes o contrarios, serían entonces los medios con que lograr un nuevo orden de cosas, cuyo alcance, perfección y felicidad apenas podrían imaginarse. Pero ¿es nuestra raza capaz de un esfuerzo semejante, de una inversión tan completa de sus impulsos instintivos y atávicos? ¿Podemos encontrar algún signo premonitorio de estas adaptaciones audaces y revolucionarias en la vida política y mental de hoy día? ¿Hasta qué punto estamos, por ejemplo, lector y escritor, trabajando por estas grandes consecuciones? ¿Las tenemos siquiera firmemente en el espíritu? ¿Y la gente que nos rodea? ¿No estaremos, nosotros y ellos, y toda la especie, yendo a la deriva, arrastrados por el torrente de las circunstancias, como íbamos antes del 1914? Sin un gran esfuerzo por

nuestra parte, esta corriente, que durante algún tiempo llevó a nuestra raza a un remanso de esperanza y de oportunidad, la llevará ahora inexorablemente a nuevas guerras, hambres, miserias y desastres sociales, hasta completar la extinción o degradación de la misma más allá de cuanto podemos concebir siquiera.

## § 2

La urgente necesidad de un gran esfuerzo creador se ha hecho evidente en los asuntos de la Humanidad. Es evidente que, a menos que alguna unidad de fines pueda ser conseguida en el mundo, a menos que la cada vez más violenta y desastrosa incidencia de la guerra pueda ser evitada, a menos que un control común pueda imponerse sobre el dispendio que hace el hombre de su limitada herencia de carbón, petróleo y energía moral, la historia de la Humanidad tiene al fin que culminar en alguna catástrofe que repita y agigante la catástrofe de la gran guerra, originando unas condiciones sociales caóticas y degenerando por último hacia su extinción. Esto, todos los hombres sensatos

parecen ya dispuestos a admitirlo. Pero sobre la cuestión de cómo y en qué forma debe establecerse esa unidad de fines y ese control común de las cosas humanas todavía hay una empeñada y lamentable diversidad de opiniones, y, por tanto, una debilitación y pérdida considerable de voluntades. Hasta el presente nada se ha producido, fuera de la manifiestamente inadecuada Liga de Naciones de Ginebra y cierto número de movimientos, por regla general muy vagos, en favor de una ley mundial, un desarme mundial, etc., etc., entre los intelectuales de los diversos países civilizados.

El fracaso común de todas estas iniciativas obedece a la deficiencia para comprender la magnitud de la empresa. Una de las más graves faltas de la educación contemporánea es este descuido de las magnitudes, esta ignorancia de las escalas. El que se precise un órgano político mundial no quiere decir que una llamada Liga de Naciones, sin sanciones representativas, fuerzas militares ni autoridad de ningún género, una Liga de la que grandes sectores del mundo se ven totalmente excluidos, contribuya a llenar esta necesidad. La gente acostumbra a decir que más vale algo que nada. Pero, en realidad, algo puede ser peor que nada. Puede en este caso crear un sentimiento de desilusión respecto a los esfuerzos unificadores del mundo. Si un elefante rabioso entra en nuestro jardín,

sería cosa excelente armar con una carabina al jardinero. Pero deberá ser una carabina adecuada, una carabina para cazar elefantes. Darle una carabina para tirar a los gorriones y decirle que más vale algo que nada, y animarle a que haga frente al elefante, sería el mejor medio para librarse, no del elefante, sino del jardinero.

Resulta, pensando racionalmente, inconcebible que pueda haber un Gobierno mundial sin soberanía efectiva; pero los hilvanadores de estas tentativas primeras hacia la unidad del mundo carecieron del valor de la franqueza al exponerlas. Temieron los estallidos del patriotismo vocinglero, y trataron de creer, y de hacer creer a los demás, que no pensaban mas que en una Liga de Naciones, cuando en realidad pensaban, o debían pensar, en una subordinación de naciones y administraciones a una sola ley común. La necesidad primaria de dar al Consejo de toda organización para la paz mundial, que tiene que ser algo más que un gesto sentimental internacional, no sólo un conocimiento absoluto, sino un control efectivo de todos los recursos y organizaciones militares del mundo, los asustó. Ni siquiera pidieron tal control. La torva realidad de las cosas existentes les bastaba y sobraba. Querían cambiarlas, sí; pero en el momento en que pusieron encima las manos..., decidieron dejarlas como estaban. Querían un mundo



nuevo..., para que contuviera exactamente lo que el antiguo.

Pero ¿tienen razón estos intelectuales en su valoración del hombre común? ¿Es realmente un idiota tan impulsivo y superficial como parecen creer? ¿Es tan patriótico como le dicen? Si la Humanidad debe salvarse de la destrucción, tiene que haber un control mundial; un control mundial significa un Gobierno mundial—cuestión de nombre sólo—, y no cabe duda que este Gobierno debe tener una marina de guerra superior a la británica, una artillería superior a la francesa, una flota aérea superior a todas las existentes, y así por el estilo. En vez de muchas banderas, una sola bandera soberana: *orbis terrarum*. Mientras un control mundial no llegue a esto, será ridículo, como lo sería un juez sostenido por dos o tres policías inermes, un reportero y el capellán judicial, tratando de imponer su sentencia en un tribunal ocupado por los amigos en armas de los litigantes. Pero al hombre común se le supone tan ciega e incurablemente apegado a su marina británica, o su ejército francés, o cualquiera que sea su instrumento nacional de violencia favorito, que se juzga imposible regir estas fuerzas bien amadas. De ser cierto, entonces una ley mundial es imposible, y lo más cuerdo sería coger las pequeñas satisfacciones que estén a nuestro alcance y

dejar que el elefante rabioso se solace a su antojo en el jardín.

Pero, ¿realmente es así? Si la masa de los hombres es incurablemente patriótica y belicosa, ¿por qué hay esa nota de descontento en casi toda la literatura patriótica? ¿Por qué, v. g., está la *Historia de Inglaterra* de Mr. Rudyard Kipling tan llena de aguijamientos y refunfuños? Y muy significativa, en verdad, para el estudiante de los negocios humanos fué la respuesta del mundo a la apología que hizo el presidente Wilson de la idea de una Liga de Naciones en su fase primera de 1918, antes de la gran desilusión de Versalles. Pareció por un momento que el presidente Wilson era partidario de un nuevo orden de cosas en el mundo, que en él estaban la sabiduría y la voluntad y la fuerza de romper la red de odios y nacionalismos y diplomacias en que el antiguo mundo se había intrincado. Y mientras parecía capaz de ello, mientras prometía mudar la faz de las cosas, el mundo entero le sostuvo. En la última mitad de 1918 apenas se habría encontrado país en el mundo donde no hubiese hombres dispuestos a morir por el presidente Wilson. Una gran esperanza había ocupado el mundo. No tardó en marchitarse, en desvanecerse por completo. Pero aquella breve oleada de entusiasmo, que movió todos los espíritus con la misma gran idea de una paz de justicia, desde China y Bujara y los

bazares de la India hasta Islandia y Basutolandia e Irlanda y Marruecos, fué en verdad un hecho acaso más memorable en la Historia que la misma guerra. Abría de pronto una posibilidad de operación simultánea de las mismas ideas generales en todo el mundo, mucho más allá de toda previa experiencia. Demostraba que la mayoría de los hombres son tan capaces de ser cosmopolitas y pacifistas como de ser patrióticos y beligeros. Ambos modos son extensiones y exaltaciones fuera de la vida cotidiana, que en sí misma no es ni una cosa ni otra. Y ambos son modos transitorios, respuestas a una sugestión externa.

Esta primera oleada de sentimiento popular en pro de una ley mundial como oposición a todas las diplomacias contemporáneas, y no el tímido legalismo de los fabricantes de los primeros proyectos de una Liga de Naciones, es lo que debemos considerar si confiamos en el establecimiento de un nuevo orden en los asuntos humanos. Es preciso comprendamos el espíritu de esta respuesta transitoria a la transitoria grandeza del presidente Wilson, y la recordemos, y la ampliemos, y la fortalezcamos hasta convertirla en una marea de patriotismos y una creación de nuevas lealtades y devociones, y con el polvo inanimado de nuestras instituciones presentes construyamos y animemos el cuerpo del verdadero Estado mundial.

Ya hemos declarado la perentoria necesidad, si no queremos que la Humanidad perezca por la hipertrofia de la guerra, de establecer una ley mundial fuerte y armada. En ese espíritu, que ya reimpagueó sobre el mundo, está la fuerza posible de crear una ley semejante. ¿Qué es lo que media entre la universal necesidad humana y su satisfacción? ¿Por qué, ya que tantas abrumadoras razones y una creciente inclinación hay para ello, no se ha iniciado aún ningún esfuerzo general creador en que tomen parte, con todo su empeño, millones de hombres y de mujeres? ¿Por qué, exceptuando los gestos borrosos de la Liga de Ginebra, y unos cuantos folletos y artículos, y alguna que otra diseminada sociedad de gentes de la clase entrometida, y unas pocas conferencias casuales y alusiones en la conversación particular, no se ve el menor esfuerzo encaminado a impedir que los restos de la sociedad humana continúen arrastrados hacia nuevos conflictos y el desastre final?

La respuesta a este “¿por qué?” bucea muy hondo en el abismo de los motivos humanos.

Acaso es porque todos somos hijos del medio en que inmediatamente vivimos; porque nuestro espíritu y energías están principalmente ocupados por las cosas de cada día; porque todos vivimos casi exclusivamente nuestras vidas, y muy pocos, excepto por una especie de contribución inconsciente, la

vida de la Humanidad. En momentos de actividad mental, en el estudio o la contemplación, podemos elevarnos a la comprensión de los peligros y necesidades del humano destino; pero sólo unos cuantos espíritus y caracteres de cualidad profética parecen capaces, sin una trabajosa ayuda artificial, de atener y guiar sus vidas con arreglo a tan gigantescas consideraciones. La mayoría de los hombres y mujeres, en cuanto a disposición natural, apenas son más capaces de asimilarse y servir conscientemente el futuro de la Humanidad que lo sería una jaula llena de conejos caseros de comprender el hecho de que su jaula estuviese resbalando suave, pero irremisiblemente, por un plano inclinado hacia el mar. Únicamente como resultado de grandes esfuerzos educativos, y contra grandes resistencias, es traído nuestro espíritu a una visión más amplia. En todas las épocas, durante miles y miles de años, hombres de una clarividencia excepcional han empleado sus vidas en esfuerzos apasionados para ponernos a los hombres vulgares en alguna relación de dependencia y servicio con fines más altos de la vida. Estos exploradores videntes son quienes han dado al mundo sus religiones y sus cultos filosóficos, sus credos y observancias, y los que han impuesto ideas de deber y grandeza a sus semejantes. En todas las épocas, el hombre vulgar se ha sometido de mala gana a estas enseñanzas; ha tramado en me-

dio de ellas sus equívocos y compromisos; las ha reducido cuanto ha podido a fórmulas y ceremonias, y ha vuelto lo más de prisa posible al beber y comer y desear, a los rencores y rivalidades y glorias personales que constituyen su realidad. El común de los hombres, hoy, no parecen cuidarse ni necesitar cuidarse de si las instituciones políticas y sociales a que están acostumbrados los van aprisionando. Una consideración semejante sería excesiva para nosotros. Y sólo a costa del mayor esfuerzo de los que son capaces de un sentido de peligro y deber racial pueden las energías colectivas de los hombres reunirse y organizarse y orientarse hacia el bien común. A casi todos los hombres y mujeres, a menos que estén en vena de ello, discusiones como las que en estos ensayos se plantean no parecerán ni bien ni mal; en realidad, no les interesan, y hasta es muy posible que les hastíen y molesten; y, la mayor parte, de buena gana permanecerían tan desatentos a ellas como aquellos conejos de la jaula a una conferencia sobre el movimiento y la gravitación y las consecuencias fisiológicas de una inmersión prolongada.

Pero el hombre es muy distinto en su naturaleza del conejo, y si es instintivamente menos social, es mucho más conscientemente social. La principal de sus diferencias tiene que ser la presencia de aquellos impulsos que llamamos conciencia; esta desazón

persistente, que se empeña en ser justa y hacer lo justo, y que es la base de la vida moral, y acaso también de la religiosa. En ella estriba nuestra esperanza por la Humanidad. El hombre detesta que le corrijan y mejoren; pero al mismo tiempo necesita ser justo. Es una criatura dividida contra sí misma, tratando a la vez de conservar y vencer su égotismo. En la presencia de esta última veta en el complejo carácter del hombre debemos descansar nuestra esperanza de una creciente voluntad del Estado mundial, que gradualmente reunirá y dirigirá en un esfuerzo constructor las ahora dispersas, caóticas y tradicionales actividades del hombre.

Examinando este problema se nos ha hecho evidente que la tarea de construir este Estado mundial consolidado, necesario para impedir la decadencia y ruina de la Humanidad, no es tarea primariamente para diplomáticos, ni leguleyos, ni políticos. Es una tarea educativa. Es una reconstrucción moral basada en una reconstrucción intelectual. La tarea inmediata para la Humanidad es encontrar el paso de las litigiosas fidelidades y hostilidades del pasado, que hacen imposible ahora una vasta acción mundial, a una vasta visión común de la Historia y los destinos de la especie. Con esta base, y sólo con ésta, puede organizarse y mantenerse un control mundial. El esfuerzo requerido de la Humanidad es, por tanto, primaria y esencialmente

una atrevida reconstrucción del horizonte de la vida en millones y millones de espíritus. La idea de una República mundial tiene que ser establecida como criterio de las instituciones políticas, y también como criterio de conducta general en millones y millones de cerebros. Tiene que penetrar el sistema de educación en todo el mundo. Cuando se alcance ese fin, entonces el Estado mundial quedará conseguido. Y no hay otro medio de conseguirlo. Y si no se consigue, podemos estar seguros de que el horizonte y perspectiva de la Humanidad será la continuación del desorden y de conflictos cada vez más destructores y catastróficos, un proceso ininterrumpido de violencia, decadencia y miseria hacia la extinción o hacia modificaciones de nuestro tipo que no podríamos actualmente comprender, y mucho menos aprobar.

### § 3

Al trazar las líneas del probable futuro humano, dos hechos principales resaltan. El primero, la absoluta necesidad de una reorganización política del mundo como unidad, para salvar nuestra especie de la desintegración social y destrucción física que la guerra, en las condiciones modernas,



traería fatalmente consigo; y el segundo, la manifiesta ausencia, hoy por hoy, de una voluntad suficiente en la masa de la Humanidad para que tal reorganización sea posible. Quizá existen los factores de esa voluntad en los hombres, pero dormidos en la mayoría de ellos, o no organizados, y, por tanto, ineficaces. Lo que principalmente impide el desarrollo de esa voluntad es una singularísima incapacidad para darse cuenta de la verdadera situación humana, una positiva resistencia a ver las cosas como son—pues el hombre es un animal que rehuye el esfuerzo—. Y a falta de esa voluntad suficiente, los negocios humanos continúan dirigidos por el uso y la rutina, por la tradición y el accidente. La Humanidad, después de la trágica concusión de la gran guerra, parece seguir arrastrada hacia nuevas y probablemente más desastrosas concusiones.

La catástrofe de la gran guerra hizo comprender, más o menos completamente, a cierto limitado número de personas inteligentes la necesidad de un control general que reemplazara esta consuetudinaria marcha a la deriva. Pero las enormes implicaciones de un control semejante les hacían retroceder. El único medio práctico de conseguir un control general, frente a los actuales Gobiernos, instituciones y prejuicios, en contra de la obstrucción interesada y la común indife-

rencia, es haciendo extensiva esta comprensión a la masa. Claro que ello significa un esfuerzo educativo sin precedentes, un llamamiento a la inteligencia y a la imaginación de los hombres como jamás se había tentado. ¿Será posible, realmente, racionalizar la actual voluntad caótica del género humano? Esta posibilidad, si es que existe, constituye la cuestión más importante de todas las humanas del momento.

Ya sé que estamos pidiendo algo enorme: un cambio de ideas, una vastísima ampliación de ideas, y algo así como un cambio de corazón en millones y millones de seres humanos. Pero se trata del destino de toda la especie. Discutimos la supresión de guerras, desórdenes, hambres, carestías y miserias en los siglos venideros. El capital inicial con que contamos apenas si llega al entendimiento y la conciencia despiertos de unos cuantos miles de personas. ¿Podrá una palanca tan corta levantar peso tan gigantesco? ¿Hay ya alguna resonancia latente en la masa humana? ¿Hay algo en la Historia que justifique la esperanza de semejante inversión mental de la especie?

Una ojeada al desarrollo del Cristianismo durante los cuatro primeros siglos de nuestra Era, o al desarrollo del Islam en el siglo VII, permite, a nuestro juicio, sustentar razonablemente la es-

peranza de que un cambio semejante en el espíritu de los hombres es posible, y quizá hasta inevitable. Considerad nuestros dos ejemplos. La propagación de estas dos grandes religiones cambió—y cambió para siempre—la perspectiva social y política en vastísimas áreas de la superficie terráquea. Sin embargo, en tanto que el movimiento en pro de la unificación del mundo comienza ahora simultáneamente en muchos países y muchos grupos de gentes, aquellas dos propagandas irradiaban cada una de un solo centro y eran, en su primer ejemplo, enseñanzas de individuos aislados; y mientras hoy podemos dirigirnos a grandes masas de población que leen, y llegar hasta ellas por medio de la imprenta y de poderosas organizaciones culturales, aquellos grandes cambios anteriores del pensamiento humano eran llevados a cabo por medio de la palabra hablada y el manuscrito precario, penosamente copiado y pasado de mano en mano. Hasta ahora, puede decirse que el comerciante es el único que ha hecho un uso efectivo de las enormes facilidades que el mundo moderno ofrece para la transmisión y difusión de las cosas. El mundo del pensamiento parece como si aun titubease en emplearlas. La Historia y la filosofía política están en el mundo moderno como comensales tímidos en un banquete: hacen bolitas de pan y hablan quedo al vecino,

aterrados a la idea sola de tener que dirigirse a toda la mesa. Pero en un mundo como este no podemos tolerar que la sabiduría vacile y calle. El conocimiento y la visión que son buenos para los mejores de nosotros, son buenos también para todos. Este evangelio de la fraternidad humana y de una ley y norma comunes a toda la Humanidad; esta tentativa de respuesta a la urgente necesidad de un control común de los asuntos humanos, que realmente no es una nueva religión, sino sólo el intento de realizar prácticamente la doctrina común de todas las religiones establecidas del mundo, deben hablar con voz tonante sobre todo el haz de la tierra.

Y deben entrar a formar parte de la educación universal. Deben hablar desde la escuela y la Universidad. Con demasiada frecuencia se olvida, y aun más en América que en Europa, que la educación existe para la comunidad, y sólo para el individuo en tanto que le hace miembro útil a la comunidad. El fin esencial de la educación es sojuzgar y sublimar, para los fines colectivos de la especie, el salvaje egotismo que heredamos. Cada escuela, cada colegio, enseñan directamente, y aun más por implicación, la dependencia de una comunidad y la devoción a una comunidad. En demasiados casos, esta comunidad que dejamos a nuestras escuelas y colegios enseñar a nuestros hijos

es una comunidad extremadamente angosta: la comunidad de una secta, de una clase o de un nacionalismo intolerante, ambicioso y sin escrúpulos. Durante el último siglo, las escuelas se han multiplicado considerablemente en todo el mundo; pero el concepto de la educación en las escuelas apenas ha experimentado el menor desarrollo. La educación se ha extendido, pero no se ha elevado. Si la organización de una comunidad mundial debe salvar al hombre del suicidio colectivo, es preciso elevar esta referencia a la comunidad en la enseñanza de las escuelas hasta esa idea de comunidad mundial de que se trata. El desenvolvimiento y reforma educacional en todo el mundo son los antecedentes necesarios y los compañeros indispensables para una reconstrucción política del mismo. Ambas cosas son como la mano derecha e izquierda del mismo cuerpo. Ninguna de ellas puede hacer gran cosa sin la ayuda de la otra.

Queda, pues, evidente que esta reorganización del mundo, que consideramos imperativamente dictada por el cambio en la guerra, comunicaciones y demás condiciones de la vida humana que han impuesto los descubrimientos científicos durante los últimos cien años, implica una repudiación inequívoca de las pretensiones de todos los Gobiernos existentes a su soberanía y carácter definitivo, a todo lo que no sea puramente provisional y

reemplazable. Entraña, no puede menos de entrañar, una revisión de sus derechos admitidos. A lo sumo, si los Gobiernos existentes podrán ser considerados como administradores y conservadores locales de la futura hacienda humana.

Si no son esto, es que son, inevitablemente, un obstáculo y un adversario. Pero pocos soberanos, pocos Gobiernos tendrán la grandeza de espíritu necesaria para reconocer y admitir esta realidad. Fatalmente, imponen a sus súbditos y pueblos un conflicto de fidelidades. El lamentable desconcierto a que asistimos en todo el mundo desde el armisticio de 1918 es, en gran parte, debido a la obstinación, por parte de quienes ocupan los más altos puestos de autoridad y responsabilidad, de ignorar las enseñanzas de la gran guerra y sus consecuencias. Resístense a toda ordenación y arreglo; sus espíritus luchan contra los sacrificios de orgullo y de autoridad que un pleno reconocimiento de su subordinación al bien común supondría. Dondequiera se ve amenazada su habitual importancia, parece se preparan a luchar, vil y encarnizadamente, contra la obra de salvación humana.

Hasta en las escuelas y en el mundo del pensamiento la cosa establecida luchará inicuaamente por la vida. Los imbéciles y los bribones entronizados en altos puestos suprimirán estas grandes

ideas siempre que puedan y las ignorarán cuando no se atrevan a suprimirlas. Sería demasiado esperar de ninguna autoridad establecida que admitiera voluntariamente su decrepitud y preparase el camino de su sustitución por una autoridad mundial. No son los espíritus creadores quienes producen las revoluciones, sino el terco conservadurismo de la autoridad establecida. Es la insensata negativa a aceptar la idea de una evolución metódica hacia cosas nuevas lo que da una condición revolucionaria a todo proyecto constructivo. El gigantesco cometido de la reconstrucción política y educacional que se precisa para detener el presente curso de la Humanidad hacia la catástrofe tiene que ser realizado, si es que alguna vez se realiza, principalmente por esfuerzos voluntarios y privados, y en muchos casos contra viento y marea de la oposición oficial.

Hay uno o dos Estados existentes hacia los cuales han mirado los hombres en busca de un franco reconocimiento de su deber con la Humanidad, considerada como un todo, y de la naturaleza, forzosamente provisional, de sus constituciones contemporáneas. Los Estados Unidos de América constituyen un sistema político profundamente distinto en su origen y espíritu de todos los Estados del Viejo Mundo; comprendíase que éste siquiera podría ser un estado evolucionario, y en

los días gloriosos del presidente Wilson pareció por un momento como si el Nuevo Mundo viniese realmente a rescatar el antiguo, como si América fuese a desempeñar el papel de un continente propagandista, trayendo sus ideas de igualdad y libertad y extendiendo el espíritu de su unión a todas las naciones de la tierra. De esta esperanza, el sentir del mundo ha retrocedido ahora, de un modo excesivo y poco razonable, a su otro extremo. El presidente Wilson cayó desde lo alto de sus primeras insinuaciones de este gran abrazo federal; su espíritu y su voluntad quedaron sumergidos por el clamor de los patriotismos en pugna y los sutiles expedientes de la vieja diplomacia en París; pero la accesibilidad americana a la idea de un mundo federado, ni comenzó con él, ni acabará con su fracaso. América es todavía un laboratorio de pensamientos para la unificación del mundo que permite abrigar grandes esperanzas. Una larga serie de tratados de arbitraje figura en el haber de América, y también los proyectos de desenvolvimiento panamericano, que claramente se esfuerzan hacia una síntesis, continental siquiera, dentro de un tiempo prudencial. Puede decirse que ha habido y hay todavía una mejor comprensión y una mayor receptividad de las ideas de síntesis internacional en América que en ningún Estado europeo.



Muchos hombres miraron también hacia el Imperio británico—que, según algunos de sus generosos apologistas, es ya una Liga de naciones, vinculadas en una paz mutuamente provechosa—, esperando de él algún movimiento de adaptación a esta gran síntesis, que es hoy la necesidad primordial del mundo. Pero el Imperio británico ha defraudado estas esperanzas. La guerra le ha dejado cansado y maltrecho y con sus asuntos casi completamente en garras de la clase militar; es decir, de la clase más iletrada y peligrosa de la comunidad. Ellos han inferido un daño, acaso irremediable, a la paz del Imperio en Irlanda, la India y Egipto, y han conseguido que la pretensión del sistema inglés a ser una ejemplar unificación de pueblos heterogéneos parezca ya a muchos un absurdo incurable. Realmente, es una gran desgracia para la Humanidad que el Imperio británico, que desempeñara una parte tan firme y central en la guerra, no haya sido capaz a su conclusión de ningún gesto noble y animador en pro de una reconstrucción generosa.

Desde el armisticio acá ha tenido la Monarquía británica una oportunidad extraordinaria de dar muestras ante el mundo de un nuevo sentido de las cosas y de abrir el camino hacia los esfuerzos y sacrificios de un renacimiento internacional. Podía haber tomado las riendas que el presidente

Wilson empuñó un momento y dejara caer; podía haber empleado su posición única para hacer un llamamiento ejemplar a todo el mundo; podía haber inaugurado una nueva época en la Historia. El príncipe de Gales había estado recorriendo los extensísimos dominios cuya corona deberá llevar un día. Había oído y pronunciado discursos, visitado ciudades, asistido a banquetes, dado la mano a millares y millares de personas y soportado la mirada ávida, aunque no muy penetrante, de enormes muchedumbres. Sus más insignificantes acciones han sido observadas con premeditada admiración, y sus más nimias palabras recordadas. El príncipe ya no es un niño; vió algo de la gran guerra, aunque su elevada posición no le dejara darse cuenta de sus peores riesgos y crudezas; no puede permanecer ciego al estado general del mundo. No cabe duda que este paseo por ultramar le ofrecía la ocasión de decir algo que se oyera de un cabo a otro de la tierra, algo digno de un rey y de un espíritu elevado. Aquel era el momento de declarar bellamente las nuevas obligaciones y deberes del Imperio. Pero, desde el principio hasta el fin, nada dijo el príncipe para avivar la imaginación de sus futuros súbditos hacia las gigantescas posibilidades de estos tiempos, nada para convencer al observador extranjero de que el Imperio británico encarna algo más que el colosal egotismo na-

cional y la impermeable satisfacción de sí propio de los pueblos británicos. "Aquí estamos—decía el viejo orden en aquellas demostraciones—y aquí pensamos seguir. Lo mismo que fuimos seguiremos siendo. ¡Conservadores de lo pasado hasta la muerte!" Estas excursiones risueñas del príncipe de Gales durante estos años de carestía, desaliento e incertidumbre constituyen una propaganda de inanidad sin paralelo en la historia del mundo.

Tampoco encontramos en los gobernantes nominales ni en los representantes oficiales de los demás países una clara aceptación de la necesidad de un cambio fundamental en los fines y espíritu de la gobernación. Esta gente oficial y gobernante, más que ninguna otra, se halla bajo el influjo de esa vida rutinaria que nos domina a todos. Son llevados casi siempre a sus puestos, o se han abierto el camino de su autoridad, gracias a una carrera de actividades políticas que equivale a un entrenamiento. Y esta instrucción no es un ejercicio destinado a la iniciativa ni a la reforma, sino a no moverse de su sitio y a volver la cara hacia el pasado. Nada podemos esperar de ellos. Ya nos podríamos dar por contentos con que la resistencia del aspecto administrativo de los Estados existentes a la concepción de una República mundial fuese simplemente pasiva. No hay casi el menor indicio

de que ningún sistema de gobierno existente, a menos que sea un sistema federal, como Suiza o Estados Unidos, entre directamente y sin grandes cambios interiores en combinación con otros poderes soberanos como parte de un sistema soberano mundial. Al llegar a cierto punto, todos los Estados independientes, en tanto que sistemas, resistirán, y a menos que una abrumadora conciencia mundial en pro del Estado mundial se haya declarado y los envuelva con una vigilancia inteligente, e invada la conciencia de sus mantenedores y debilite así su poder de resistencia, resistirán violenta y desastrosamente. Pero será una resistencia incoherente, pues la misma naturaleza de los Estados soberanos actuales es incoherente. No habría ninguna combinación mundial de Estados soberanos que resistiese al Estado mundial, porque, sin darse cuenta, en la misma tentativa para derrotarlo lo crearían.

#### § 4

En los tres precedentes ensayos he tratado de mostrar el punto a que la Humanidad ha llegado, los daños y peligros que amenazan a nuestra especie, y la necesidad y las posibilidades de realizar

un poderoso esfuerzo para poner fin a este interminable batallar de naciones e imperios, estableciendo una comunidad de ley y de trabajo en todo el mundo. Se han subrayado especialmente los perjuicios y desastres monstruosos que inevitablemente supondría la continuación de nuestras actuales divisiones, de nuestros nacionalismos, imperialismos y demás zarandajas por el estilo. Estas consideraciones de mal son sólo el argumento negativo de este esfuerzo creador; han sido puestas en primer término porque la guerra, el desorden, la incompetencia y la enfermedad, el hastío y la infelicidad que se origina de todo ello caen dentro de nuestra experiencia y son perfectamente creíbles; el argumento positivo para un orden mundial requiere más fe y más imaginación a un tiempo.

Dadas una ley mundial y una confianza mundial, que permitiesen no cuidarse más de esa calamitosa red de fronteras, con una libertad de movimientos y un compañerismo mundiales, mil cosas buenas, que ahora están más allá de la esperanza y del sueño, sobrevendrían en la vida ordinaria. El mundo entero sería nuestra morada, y las energías del hombre, libres de contención, adelantaría cada vez con mayor provecho en la acumulación y aplicación de los conocimientos científicos; es decir, en el acrecentamiento de la salud corporal y mental, de la fuerza humana, del inte-

rés en la vida y de la felicidad. Hoy mismo, ahí están aguardándonos las más deleitosas posibilidades, inaccesibles a casi todos nosotros a causa de la incertidumbre, desconfianza e iracundia generales. El vuelo, en un mundo tranquilamente unido en la paz, nos llevaría ahora al último rincón de la tierra, suavemente, seguramente, a través del sosegado aire superior, en cinco o seis días. Dentro de dos o tres años podría haber de nuevo abundancia de alimentos y de vestidos para todo el mundo. Los hombres podrían destruir sus barrios pobres y casas pestilentes para reedificar ciudades anchas y hermosas. Con sólo paz y confianza y unión podríamos doblar nuestra producción anual de todo lo que hace deseable la vida, y doblar también nuestro ocio para el pensamiento y el desarrollo espiritual. Podríamos vivir en un palacio universal y hacer de todo el planeta nuestro jardín y campo de recreo.

Pero éstas no son consideraciones capaces de mover a la masa. El miedo y el odio, no el amor y la esperanza, han sido hasta ahora los acicates eficaces del hombre. Las religiones más populares son las que guardan mayores perspectivas de condenación. Nuestras vidas son vidas, ya lo hemos dicho, de costumbre y de rutina; no nos fiamos de la promesa de experiencias y realizaciones que se salen del camino usual, por hermosas que sean;

mirarlas como posibilidades siquiera, ofende ya nuestra satisfacción interna; no nos agrada pensar que las cosas que nos son familiares vengan a menos. Estamos dispuestos a hacer burla de las *Utopías*, como hacen burla los valetudinarios de las radiantes esperanzas de la juventud, haciendo cuanto está en su mano por frustrarlas. Los viejos y desilusionados profesan una gran estimación por el baño de asiento y la cucharada de medicina, y compadecen a esa gente ruda que no comprende la excelencia de estas cosas establecidas. La mayoría de los hombres apartará con una sonrisa de mofa la promesa de una vida mejor para toda la Humanidad. Esto, dicen, privaría de su poesía al mundo: la poesía de las oficinas de pasaportes, aduanas, carestías de víveres, pequeñas privaciones, barriadas pobres, pestilencia, niños canijos y salvajes, mozos muriéndose arracimados en una trinchera cenagosa, una carencia de vitalidad casi universal y todos los pintorescos azares de la vida contemporánea. Por eso no hemos insistido aquí sobre las venturas de un Estado mundial posible, sino únicamente sobre su aspecto de salvamento. No hemos argüido que nuestra azarosa vida de ahora podía ser reemplazada por un patrón infinitamente mejor de vida. Más bien hemos apuntado que si las cosas continúan, como ahora, a la deriva, la vida actual peligrará irremediablemente. Si algo

El Estado mundial como  
un culto de propaganda

mueve a los hombres hacia una paz mundial, no será la esperanza de un rápido vuelo aéreo por todas las regiones de la tierra, sino el temor de un aeroplano echando bombas.

Pero, sea el deseo o el miedo la palanca que los mueva, la mayoría de los hombres, a menos que la especie deba perecer, tendrá, dentro de no mucho tiempo, que venir a la comprensión y a la voluntad de un solo Gobierno mundial. Y como al principio las instituciones vigentes, las tradiciones establecidas, las organizaciones educacionales, y todo el resto, se opondrá, si no activamente, pasivamente por lo menos, a la difusión de esta idea salvadora, y mucho más aún a toda tentativa para llevarla a cabo, no podremos, pues, contar, hoy por hoy, para la organización primera de este inmenso esfuerzo de inversión mental mas que con el celo y la devoción y el sacrificio de los individuos convencidos. Es preciso, a toda costa, que el Estado mundial comience; pero sólo puede comenzar como un culto de propaganda, o un grupo de cultos de propaganda, al que hombres y mujeres tendrán que consagrarse por entero, con todas sus energías, sin preocuparse para nada de sí mismos. Poner los cimientos de un Estado mundial sobre un terreno ya ocupado por un caos de construcciones es empresa que, casi inevitablemente, colocará en pugna a sus fieles con la auto-



ridad establecida y el sentimiento predominante. Tendrán que afrontar la posibilidad de una vida de lucha, incomprensión y sacrificio; deberán prepararse a pocos honores y mucha hostilidad, y todo su consuelo tendrán que encontrarlo en el interés de la lucha misma y en la idea de un mundo que sus esfuerzos habrán hecho, al fin, pacífico, fuerte y seguro; un mundo cuya visión tampoco podrán esperar ellos. Así las cosas, mal negocio parece para proponerlo a nadie; pero el mundo nunca ha carecido de gentes dispuestas a aceptar negocios de esta clase, y tampoco carecerá ahora. Cosas peores hay que la lucha sin victoria evidente y el esfuerzo sin aparente recompensa. Para el espíritu de categoría mejor es infinitamente más trágico y desconsolador encontrarse con que la vida tiene una faz opaca y sin expresión. Muchas gentes, atormentadas por el descontento de la conciencia, y necesitando—más de lo que pueden nunca necesitar ninguna satisfacción—una norma satisfactoria de vida, un criterio de conducta, hallarán en este culto del Estado mundial justamente esa realidad sustentadora de que han menester. Y su número será cada vez mayor. Pues se trata de una forma racional y práctica de la vida, que proviene naturalmente de una adecuada comprensión de la Historia y de las ciencias físicas, e incorpora en un proyecto unificador la enseñanza de

todas las grandes religiones del mundo. Se nos ofrece, no para destruir, sino para realizar.

Las actividades de un culto que se propone el establecimiento del Estado mundial serían ante todo de propaganda, intelectuales y educativas, y sólo cuando se hubiese acumulado una masa suficiente de opinión y voluntad podrían predominar en él los elementos de construcción política. Un culto semejante tendría que aplicarse principalmente a la enseñanza de la juventud. Hasta ahora la propaganda de una ley mundial, la propaganda de la Liga de Naciones, como ha buscado resultados políticos inmediatos, se ha dirigido casi exclusivamente a los adultos, y, en consecuencia, ha tenido que adaptarse cuanto era posible a sus preconcepciones de la Historia y de su propia nacionalidad, y a la ausencia, general aún en el mundo, de toda visión del bienestar de la Humanidad, considerada como un todo. Esta aceptación de las ideas corrientes de los adultos sobre el patriotismo y la nacionalidad es la causa de que el movimiento haya adoptado esa frase tan poco satisfactoria de Liga de Naciones, cuando lo que se busca es mucho más que una Liga y una considerable subordinación de la soberanía nacional. Y gran parte de la actual ineficiencia de la Liga se debe evidentemente al hecho de que los hombres interpretan la frase y la proposición de la Liga diferentemente, con arreglo

a las distintas ideas históricas fundamentales que poseen, ideas que hasta ahora la propaganda no ha atacado. El obrero del Estado mundial tendrá que mirar más allá y labrar más hondo. Estas ideas fundamentales constituyen el objetivo, de importancia vital, de un movimiento unificador del mundo, y sólo podrán ser traídas a esta uniformidad mundial, que es esencial para la paz duradera de la Humanidad, enseñando a los niños de todos los países la historia común de la especie, y proyectando así su atención hacia el futuro común de sus descendientes. La fuerza motriz que determina la guerra o la paz se engendra donde se educa a los jóvenes. El educador, sea madre, cura o maestro de escuela, es el verdadero hacedor de la Historia. Los gobernantes, estadistas y soldados no hacen sino ejecutar las posibilidades de cooperación o de conflicto que el educador crea. Y esto no es una figura retórica, sino un simple hecho. Los políticos y las masas de nuestro tiempo bailan sobre el alambre de su educación primaria.

Así, pues, la educación es el factor inicial y decisivo en el futuro de la Humanidad, y el primer deber de todo el que tenga la capacidad y la ocasión de ello es enseñar, o ayudar a enseñar, la verdadera historia de la Humanidad y las posibilidades de esa visión de un Estado mundial que la Historia nos abre. Hombres y mujeres pueden

ayudar a la difusión de la doctrina salvadora de mil distintas maneras, pues no es sólo en el hogar y en la escuela donde se forma el espíritu. Pueden imprimir y publicar libros, dotar escuelas, organizar la distribución de literatura, insistir en que se eduque a los niños en ideas de caridad y compañerismo mundiales, luchar contra toda especie de supresión o control restrictivo de la adecuada instrucción, influir por conductos oficiales y políticos en todo organismo de enseñanza para que enseñen la Historia a derechas, sostener Misiones y una nueva especie de misionero: el misionero del conocimiento y de la idea de una civilización y una comunidad mundiales, que predicase por toda la tierra. Pueden promover y servir al progreso de las ciencias históricas, etnológicas y políticas; pueden oponerse a toda campaña de odio, suspicacias raciales y embustes patrióticos; pueden y deben negar obediencia a toda autoridad pública que oprime y encona clase contra clase, raza contra raza y pueblo contra pueblo. Pueden negarse a obedecer a Gobiernos belicosos, como los que hoy padecemos, y pueden negarse a servir y aun a tolerar ningún apresto militar que no se encamine directa y manifiestamente al mantenimiento de la paz en el mundo. Tal es hoy el deber patente de todo hombre honrado: juzgar a sus magistrados antes de acatarlos, y no dar nada a César que deba a

Dios y a la Humanidad. Y aquellos que se dan cuenta plena de este inmenso esfuerzo creador que se presenta ahora a los hombres, se aplicarán particularmente a revisar el juicio moral común de muchos actos y métodos de vida que obstruyen el camino hacia ese Estado mundial. El patriotismo vocinglero y agresivo y las instigaciones contra los países extranjeros que generalmente le acompañan, son tan criminales y mucho más nocivos a la especie que, por ejemplo, las instigaciones al vicio sexual: producen un estado de espíritu mucho más cruel y bestial, y merecen, por lo menos, un anatema igual. Sin embargo, encontraréis hoy hasta curas y ministros del Señor levantando las pasiones de la guerra en su grey y predicando la lucha desde las gradas mismas del altar.

Hasta ahora, el movimiento hacia un Estado mundial ha carecido de toda fuerza propulsora de pasión. Hemos pasado por una fase de revisión intelectual. La idea de la unidad y fraternidad del mundo ha vuelto a éste casi presentando excusas, muy deferentemente, anhelando alguna palabra amable de los políticos en auge y algún gestecillo de protección de los Reyes. Sin embargo, esta exigencia de un Imperio universal de equidad era inherente a las enseñanzas de Buda, relampagueó por un instante tras la espada del Islam, es la encarnación en las cosas terrenales del espíritu de

Cristo. Es un llamamiento de derecho a los hombres para que sirvan, no una petición a que puedan negarse, ni una voz que puedan desoír. Se trata de algo demasiado grande para que siga así rondando por los arrabales del mundo activo, que ha venido a salvar. Hoy, el Estado mundial dice: "Tenga usted la bondad de escucharme; ¿querría usted hacerme sitio, gran señor?" Mañana dirá: "¡Fuera, gentecilla!" No está lejos el día en que los "patriotas" que tan fieramente baladronen sobre el tablado ante la muchedumbre mentecata sean obligados a contemplar cara a cara la luz que se niegan a ver. Primero viene la idea, y luego, lentamente, la plena comprensión de la idea, y con ella una encendida cólera contra la vulgaridad, la insensatez, la concupiscencia, la vileza y la imbecilidad, que se niegan a prestar oídos a esta clara voz, a esta imperiosa demanda de nuestras necesidades específicas. Hoy enseñamos; pero cuando el entendimiento crezca, tendremos que empezar a obrar. Tendremos que ponernos a nosotros mismos, y a nuestros gobernantes y a nuestros semejantes, en juicio. Tendremos que preguntar: "¿Qué habéis hecho, qué estáis haciendo para ayudar o impedir la paz y el orden del mundo?" Día llegará en que un político que ha hecho insensatamente la guerra y promovido disensiones internacionales estará tan seguro del banquillo, y mucho más seguro de la

cuerda, que un homicida privado. No es razonable que quienes juegan con la vida de los hombres no arriesguen también la suya. El servicio al Estado mundial exige mucho más que la resistencia pasiva a las autoridades belicosas, mucho más que ejemplares martirios. Exige el esfuerzo mayor de una intervención activa en las acciones de los hombres dañinos. “Creeré en la Liga de Naciones—ha escrito un hombre—cuando los hombres peleen por ella.” Por esa Liga de Ginebra, por ese amable rincón de labores balfourianas, a ningún hombre se le ocurrirá ni en sueños pelear; pero por el gran Estado de la Humanidad sí habrá hombres dispuestos a pelear, y es muy posible que hasta a matar o morir. Las cosas deben venir por su orden: primero, la idea; luego, el enardecimiento de los espíritus; por último, la batalla mundial. Nosotros, los que vivimos en los días duros que siguen a una gran crisis, no debemos desalentarnos por la aparente indiferencia de los tiempos actuales más que podrían hacerlo los campos arados y sembrados durante los húmedos días de febrero y los vientos fríos de marzo. La labranza fué hecha y la simiente está en el surco, y ya el Estado mundial se agita en muchos espíritus germinadores.

## II

### EL PROYECTO DE UN ESTADO MUNDIAL (\*)

En este capítulo quiero hablaros de la idea que actualmente informa y domina mi vida pública: la idea de un mundo políticamente unido, de un mundo segura y permanentemente en paz. Y quiero decir lo que tengo que decir, en cuanto se refiere al argumento central, tan llana y puntualmente como me sea posible, sin elocuencia ni floreos.

Cuando primeramente planeé este capítulo, escogí como título "La utopía del Estado mundial". Pero hay algo un tanto insubstancial y vago en esta palabra de *utopía*. En la mayoría de las gentes, *utopía* suscita la idea de un sueño ético y de alta política, agradable y edificante, sin duda, pero de un valor práctico nulo. Aquello de que quiero hablar hoy no tiene nada de sueño; son peligros reales y necesidades urgentes. Es un proyecto y no una utopía. Quizá un inmenso e imposible proyecto. Quizá un proyecto sin esperanza de éxito. Pero si fracasa, nuestra civilización también fra-

---

(\*) Escrito en un principio como conferencia para ser pronunciada en los Estados Unidos.



casa. Y por eso he llamado a este capítulo, no la *Utopía*, sino el *Proyecto de un Estado mundial*.

Hay cosas que es casi imposible decir, según parece, sin vociferar y exagerar, y, sin embargo, esas cosas pueden ser en realidad las más simples del mundo. Lo que yo quiero decir es que esta civilización en que vivimos se está desplomando, y, a mi juicio, desplomando muy de prisa; que para salvarla creo que tenemos que hacer esfuerzos enormes e inmediatos; y que, hoy por hoy, no veo que se hagan esos esfuerzos. No sé si estas palabras llevarán una idea concreta al espíritu del lector. Hay afirmaciones que abren un horizonte tan poco familiar, que pueden parecer desprovistas de todo sentido positivo, y temo que ésta pueda ser una de ellas.

Durante el año pasado he estado viajando por Europa. He tenido vislumbres de una nueva fase de esta civilización nuestra; una nueva fase que habría sonado a sueño fantástico si nos la hubiesen contado hace diez años. He visto una gran ciudad, que tuviera antaño más de dos millones de habitantes, muriéndose con increíble rapidez. En 1914 yo había estado en San Petersburgo, y me había parecido tan segura y en orden como cualquier gran ciudad nuestra. Llegué en trenes cómodos y puntuales; estuve en un hotel tan bien

guarnecido y administrado como cualquier hotel americano; fuí a cenar y de visita a una porción de casas de gente culta; me paseé por calles bien iluminadas, de tiendas magníficas. En suma: era una vida muy semejante a la que hoy vivís aquí, una parte de nuestra civilización mundial de entonces.

Volví a visitar San Petersburgo el pasado otoño. Encontré tal espectáculo de ruina, que me parece casi imposible llevarlo al ánimo de mis lectores que nunca hayan visto uno semejante. Calles con enormes agujeros, que dejaban ver las alcantarillas derrumbadas. Avenidas de las que habían arrancado el pavimento de madera para emplearlo como combustible. Farolas derribadas en tierra desde entonces, sin la menor tentativa para enderezarlas de nuevo. Tiendas y mercados desiertos y ruinosos. No tiendas cerradas, sino abandonadas, abandonadas como un par de botas viejas al borde de un camino. Las vías férreas, comidas por la herrumbre. Una población de medio millón, donde antes había dos millones. Una extraña ciudad sin hogares, una ciudad de mal-estar y de ansiedad, de miseria, y epidemias, y muerte. Tal era Petrogrado en 1920.

Ya sé que hay gentes con su fácil explicación a mano para este inmenso y aterrador espectáculo

de un gran Imperio agonizante. Dicen que es el bolchevismo lo que ha causado toda esta destrucción. Pero yo espero demostraros aquí, entre otras cosas más importantes, que el bolchevismo es simplemente una parte de este fenomenal derrumbamiento, y que la caída de una enorme organización civilizada requiere alguna explicación más completa que la venida de Ginebra a Rusia, en una crisis particular de la historia rusa, de un hombrecito llamado Lenin. Obsérvese, además, que esta inmensa destrucción de la vida civilizada no se ha limitado a Rusia ni a las regiones bajo el régimen bolchevique. Austria y Hungría presentan espectáculos poco más o menos tan desconsoladores como Rusia. Hay un marcado reflujo de la civilización en la Alemania oriental. Y aun si vais a Francia, a Italia, a Irlanda, veréis ciudades, municipios, regiones enteras donde podréis decir: Desde 1914, esto ha decaído, y sigue decayendo, en prosperidad material, salubridad y orden social.

Hasta en Inglaterra y Escocia, en Holanda y Dinamarca y Suecia, es difícil determinar si las cosas están detenidas, o siguen su curso, o vuelven hacia atrás; desde luego que en camino ascendente, como estaban antes de 1913-14, no están. El inglés empieza a sentirse como un hombre que no está muy seguro de si ha cogido un resfriado sin

consecuencias o se encuentra en los preludios de una pulmonía.

Ahora bien: lo que yo me propongo hacer aquí es teorizar sobre esta sombra, este frío y paralización que parecen haber sobrevenido a esta civilización floreciente y lozana en que todos nosotros habíamos nacido y crecido. Quiero poner ante vuestros ojos un compendio de lo que está aconteciendo, y contra qué intentamos luchar. Quiero someter a vuestro juicio la idea de que esta tensión y rotura e interrupción de la gran corriente de civilización que venía desde hace tres siglos se debe a las mismas fuerzas y es el resultado lógico de las mismas fuerzas que produjeron esa corriente, esa formidable expansión de humano conocimiento y de fuerza y de vida. Y que esa rotura será algo inevitable, si no la contrarrestamos con un esfuerzo gigantesco de un carácter particularísimo.

Ahora, he aquí el punto central de mi argumento: que la civilización de los tres últimos siglos ha producido una inmensa acumulación de conocimientos científicos, y que estos conocimientos científicos han alterado la escala material de las cosas humanas y aumentado enormemente el alcance físico de las actividades humanas; pero que no ha habido una adaptación adecuada de las ideas políticas de los hombres a estas nuevas condiciones.

Esta adaptación es tarea difícil y sutil. También una tarea grandemente descuidada. Y de la posibilidad de esta adaptación depende el resultado final: que el reflujo de energía civilizadora, la actual quiebra y fracaso de la civilización moderna, que ya ha ido, en verdad, muy lejos en Rusia, y que avanza paulatinamente en la mayor parte de la Europa oriental y central, se extienda a todo el mundo civilizado.

Permitidme que haga un análisis somerísimo y en muy pequeña escala de lo que está aconteciendo hoy en el mundo. Y permitidme que deje a un lado muchas importantísimas cuestiones, para concentrarme en la principal y más típica: la revolución en las facilidades de locomoción y comunicación que ha tenido lugar en el mundo, y las consecuencias de esta revolución. Pues el problema internacional hoy depende esencialmente de la cuestión de transportes y comunicaciones; todas las demás subordinanse a ésta. Debo, particularmente, llamar vuestra atención sobre ciertas diferencias capitales entre el caso de América y el del antiguo mundo en este respecto.

No se entiende todavía bastante claramente cuán distinto es el problema internacional americano del problema internacional europeo, y cuán inevitable es que América y Europa consideren los

problemas internacionales desde un ángulo diferente y con un diferente espíritu.

Ambas líneas de pensamiento y de experiencia creo conducirán al cabo al Estado mundial; pero, induzco, por diferentes caminos y de un modo muy distinto.

La idea de que el Gobierno de los Estados Unidos pueda situarse junto a los Gobiernos del antiguo mundó en términos de igualdad para organizar la paz de la tierra, es, a mi juicio, una idea errónea e impracticable. El Gobierno de los Estados Unidos y la comunidad de los Estados Unidos son cosas política y mentalmente distintas de aquellos Estados del antiguo mundo, y el papel que están llamados a representar en el desenvolvimiento del Estado mundial es esencialmente muy otro. Y aun me atreveré a considerar ese nobilísimo y espléndido proyecto de una Liga de Naciones mundial, que ha retenido la atención del mundo durante estos tres últimos años, como un proyecto a la vez un tanto excesivo para la completa participación de América y no suficiente para las necesidades apremiantes de Europa. Realmente, no es una proposición tan sensata y practicable como a primera vista pareció.

La idea de un Estado mundial, aunque parezca un proyecto mucho más grande y más difícil, es, a

la larga, una propuesta más cuerda y de mayor promesa.

Ahora dejadme exponer todo lo claramente que me sea posible la idea central en que descansa toda la argumentación del presente capítulo. A saber —y perdonadme la reiteración—: que durante los últimos cien años se ha verificado una completa alteración en el alcance y poder de las actividades humanas. Los hombres pueden actuar sobre los hombres con una rapidez y a una distancia que ni siquiera eran concebibles hace cien años. Este es el caso, particularmente, con la locomoción, y en general con los sistemas de comunicación. No es preciso os traiga a la memoria ningún detalle de hechos que a todos os son familiares: de cómo en tiempos de Napoleón el viaje más rápido posible del gran conquistador mismo no llegaba, por término medio, ni a cinco millas por hora. Ciento siete millas diarias durante trece días—el paso de su carrera desde Vilna a París después del desastre de Moscú—era considerado como una maravilla de velocidad. También en aquellos días era un prodigio que, por medio de semáforos, fuese posible transmitir un mensaje corto de Londres a Portsmouth en el espacio, poco más o menos, de una hora.

Desde entonces hemos presenciado un desarrollo

de la telegrafía que ha hecho, al fin, casi simultáneas las noticias en todo el mundo, y un constante aumento en la rapidez del viaje, hasta el punto, como calculamos en la Comisión de Transportes Civiles Aéreos, de que es hoy posible, ya que aun no practicable, volar desde Londres a Australia—es decir, la mitad de la circunferencia terrestre—en unos ocho días. Y digo posible, pero no practicable, porque actualmente no existen rutas aéreas convenientemente vigiladas, estaciones de aterrizaje, depósitos de esencia y piezas de recambio, etcétera. Cuando todo ello se haya organizado, será posible hacer el viaje acaso en menos tiempo aún del indicado. Este tremendo cambio en el alcance de las actividades humanas implica otros cambios en las condiciones de nuestra vida política, cuyas consecuencias exactas sólo empezamos hoy a entrever.

Es curioso que América, que es quien más debe a este progreso de la locomoción, sea la que lo ha sentido menos. Para los Estados Unidos, el ferrocarril, los vapores fluviales, el telégrafo, etc., han sido como una parte natural de su desenvolvimiento. Pero no lo era. Todo ello llegó en el momento preciso para salvar la unidad americana. Los Estados Unidos de hoy fueron hechos: primero, por los vapores de río; y luego, por el ferrocarril. Sin



ellos, los Estados Unidos actuales, esta vasta nación continental, habría sido absolutamente imposible. La oleada hacia Occidente de la población habría sido mucho más tarda. Acaso nunca habría cruzado las grandes llanuras centrales. Recordad que costó casi doscientos años establecer la comunicación de la costa con el Misurí, una distancia mucho menor que la mitad de la anchura del continente. El primer Estado constituido al otro lado del río fué el Estado de Misurí, en 1821. Pero el resto del camino hasta el Pacífico se realizó en unas cuantas décadas.

Si dispusiéramos aquí de un cinematógrafo, sería interesante mostrar un mapa de Norteamérica, año por año, desde 1600 hasta la fecha, con redondelitos para representar la población—cada redondelito, cien almas—y asteriscos para representar las ciudades de cien mil almas.

Durante doscientos años veríais ese punteado arrastrándose lentamente a lo largo de los distritos costeros y las aguas navegables, extendiéndose aún más gradualmente por Indiana, Kentucky, etcétera. Más tarde, allá por 1810, sobrevendría un cambio. Las cosas irían más de prisa remontando el curso de los ríos. Los redondelitos se extenderían y multiplicarían. Esto querría decir que el vapor acababa de inventarse. Los redondelitos

de vanguardia trotarían a lo largo del Kansas y el Nebraska.

Luego, a partir de 1830, comenzarían las líneas negras de los ferrocarriles, y entonces los redonditos negros no trotarían ya, sino que correrían. Vendrían tan de prisa y tan apretados, que parecerían como salpicados por una brocha. Y de pronto, aquí y allá, aparecerían los primeros asteriscos para indicar las primeras grandes urbes de cien mil habitantes. Primero una o dos, luego una multitud de ciudades, cada una como un nudo de la creciente red de ferrocarriles.

Esta es una historia familiar. Os la recuerdo ahora para reforzar este punto: que el desarrollo de los Estados Unidos es un proceso sin precedentes en la historia del mundo, un nuevo orden de cosas. Una comunidad semejante no habría podido venir antes a la existencia, y si lo hubiese hecho, sin ferrocarriles, seguramente se habría venido abajo mucho antes de ahora. Sin ferrocarriles ni telégrafos sería mucho más fácil administrar California desde Pekín que desde Wáshington. Pero esta enorme población de los Estados Unidos, no sólo se ha desarrollado desmesuradamente, sino que se ha mantenido uniforme. Hasta se ha hecho más uniforme. El hombre de San Francisco es hoy más semejante al hombre de

Nueva York que el hombre de Virginia lo era hace un siglo al de Nueva Inglaterra. Y el proceso de asimilación continúa ininterrumpido. Los Estados Unidos están siendo tejidos cada día más por el ferrocarril, por el telégrafo, en una vasta unidad humana, hablando, pensando y obrando en armonía consigo misma. Pronto la aviación vendrá también a ayudar en la obra.

Ahora bien: esta gran comunidad de los Estados Unidos es, lo repito, algo completamente nuevo en la Historia. Antes, ya hubo grandes Imperios con más de cien millones de habitantes; pero se trataba de asociaciones de pueblos divergentes. En esta escala, jamás hubo nunca un solo pueblo. Nos es preciso un nuevo término para esta cosa nueva. Llamamos un país a los Estados Unidos, lo mismo que se lo llamamos a Francia o a Holanda. Pero, en realidad, las dos cosas son tan distintas como un automóvil y un carricoche de un caballo. Son creaciones de distintos períodos y circunstancias distintas; marchan a su fin con un paso muy diferente y por muy diferente camino. Si os proponéis—como infiero que algunas gentes de la Liga de Naciones se proponen—llevar adelante la paz del mundo por medio de una combinación de ambos vehículos, me atrevo a pensar que la paz del mundo va a verse en pasos muy difíciles.

Permitidme ahora que haga una breve comparación entre la situación americana y la europea en relación con estas cuestiones vitales: locomoción y medios generales de comunicación. Acabo de decir que los Estados Unidos de América son quienes más deben a la revolución locomotiva y quienes menos la han sentido. Europa, en cambio, es quien debe menos a dicha revolución y quien más la ha sentido. La revolución locomotiva encontró en los Estados Unidos una faja de población sobre las costas de un país inmenso, rico, virgen y vacío, en el que deseaba extenderse y en el que tenía absoluta libertad para extenderse. El vapor y el ferrocarril parecieron venir como una parte natural de esta expansión. Cayeron como bendiciones incondicionales. Pero en la Europa occidental se presentaron como un mal gravísimo.

Los Estados de Europa, exceptuando Rusia, eran ya un sistema establecido, determinado y equilibrado. Hallábanse viviendo dentro de fronteras definitivas e inapelables, sin más posibilidad de expansión pacífica. Cada ampliación de un Estado europeo implicaba una guerra, sólo era posible a costa de una guerra. Y en tanto que las fronteras de los Estados Unidos habían sido trazadas por el vapor y la vía férrea, las fronteras de los Estados soberanos de Europa lo habían sido

en tiempos muy anteriores. Habían sido trazadas por el caballo, y especialmente por la diligencia y el carromato. Si examináis alguna serie de mapas políticos de Europa durante los últimos dos mil años, veréis que indudablemente ha habido un límite determinado a la extensión de los Estados soberanos durante todo ese tiempo, debido a la imposibilidad de mantenerlos unidos, por la dificultad de la intercomunicación si se hacían mayores. Y esto aun a despecho de haber dos grandes ideas unificadoras en el espíritu de los hombres de Europa durante toda esa época, a saber: la idea unificadora del Imperio romano y la idea unificadora de la Cristiandad. Ambas ideas tendían a hacer la unidad de Europa; pero las dificultades de comunicación hacían fracasar siempre la tendencia. Es de sumo interés observar las aventuras de lo que fué primero llamado el Imperio Romano y más tarde el Santo Imperio Romano en una serie de mapas históricos. Continuamente se ensancha, para de nuevo hacerse pedazos. Recuerda los esfuerzos de quien trata de envolver un paquete demasiado grande en un papel de estraza mojado. La cohesión era insuficiente. Y así fué como el siglo XVIII encontró a Europa todavía dividida en esos que acaso podríamos llamar Estados de camino real y diligencia, todos con una frondosa polí-

tica exterior, todos con un intenso sentido de diferencias nacionales y todos con intensos antagonismos tradicionales.

Entonces vino esa revolución en los medios de transporte, que ha, por lo menos, decuplicado el alcance normal de la actividad humana. El efecto de ello en América fué de sazón; el efecto en Europa, de congestión. Fué como si algún descuidado hacedor de milagros hubiese decidido súbitamente convertir en gigantes a una veintena de hombres corrientes y eligiese para hacer el milagro el momento en que todos, con una sola excepción, se hallaban apretujados como sardinas en un tranvía. Los Estados Unidos fueron esa afortunada excepción.

Ahora bien: esto es lo que la civilización moderna se ha propuesto remediar, y tal es el enigma esencial de la esfinge moderna, que, si queremos seguir viviendo, es preciso adivinar. Todas las fronteras europeas de hoy son imposiblemente angostas para las condiciones de vida modernas. Y, sin embargo, están sostenidas por una intensidad de antigua tradición y de violencia patriótica... Este es el punto en que nos encontramos.

Los ciudadanos de los Estados Unidos no carecen de experiencia en esta materia. La crisis en la historia nacional de la comunidad americana, la

guerra entre Unión y Secesión, fué esencialmente una crisis entre el gran Estado de la edad nueva y el sentimiento local de un período más primitivo. Pero la Unión triunfó. Los americanos viven ahora en una generación que casi ha olvidado que hubo un momento en que pareció posible que el mapa de Norteamérica se desgarrase al fin en tantas comunidades como el mapa de Europa. Excepto cuando viajan por el Extranjero, la actual generación de americanos no puede hacerse la menor idea de la red de molestias y restricciones en que actualmente viven los europeos por culpa de su desunión política.

Tomemos por ejemplo una pequeña, pero sumamente significativa, colección de diferencias: los inconvenientes del viaje en uno de poco más de mil millas. En sí mismas no son incomodidades mayores; pero nos servirán para ilustrar la red de ellas, que cada día está haciendo más imposible la vida civilizada y libre en Europa.

Tomemos primero el caso americano. Un americano quiere ir de Nueva York a San Luis. Busca en la *Guía* el próximo tren, hace la maleta, se mete en un coche-cama y amanece al día siguiente en San Luis, fresco y dispuesto para sus quehaceres.

Tomad ahora el paralelo europeo. Un europeo quiere ir de Londres a Varsovia, que está a cin-

cuenta o sesenta millas menos que Nueva York de San Luis. ¿Hará su maleta y saltará en el tren, sin preocuparse de más? De ninguna manera. Tendrá que sacar un pasaporte, y sacar un pasaporte supone toda clase de pequeñas y enojosas diligencias. Por ejemplo, tiene que ir a fotografiarse y que llevar las fotografías a que las peguen en el pasaporte. El buen europeo tiene luego que visar su pasaporte en el Consulado francés, o en el belga, si va por Bélgica. Después tiene que obtener el visa alemán, y en seguida el checoeslovaco, y, por último, el polaco.

Todas estas autorizaciones requieren cierto enojo, molestias personales, fotografías, sellos, timbrados, firmas misteriosas, y siempre, como es natural, el pago de los correspondientes derechos. También necesitan tiempo. El otro día tuve ocasión de ir a Moscú, y me enteré de que hacen falta tres semanas para obtener el visa de Finlandia y otras tres para el visa de Estonia. Como veis, no podéis viajar hoy por Europa sin semanas y semanas de preparativos. Los preparativos para dar-me una vuelta por Rusia me costaron días enteros de mi vida y un puñado de libras en impuestos y derechos, sin contar los sobornos.

Al fin llega el momento en que el buen europeo puede emprender la marcha. Al llegar a la frontera francesa, dos horas de aduana. En seguida ten-



drá que cambiar algún dinero en francos. Su moneda inglesa no le sirve de nada en Francia. Como el cambio está siempre fluctuante en Europa, inevitablemente le estafarán. Todos los países europeos, incluso el mío propio, estafan al viajero en el cambio. Por otra parte, ¿para qué, si no, existe el cambio?

Luego, durante unas cuantas horas, viajará hasta la frontera alemana. Una vez allí, nuevo desembalaje. Los franceses le registrarán escrupulosamente para convencerse de que no saca de Francia oro ni grandes sumas de dinero. Luego le entregarán a los alemanes, con nueva visita de aduanas y nuevo cambio de moneda, pues, como es natural, su dinero francés no le sirve en Alemania. Pocas horas después llegará a la frontera de Bohemia. Registro, aduanas, cambio de moneda. Al fin llegará a Polonia. Cambio de moneda, aduanas, registro.

Como la mayoría de estos países se atienen a una reglamentación ferroviaria distinta, probablemente tendrá que cambiar de trenes y que abrir y cerrar el equipaje sabe Dios cuántas veces. Los trenes pueden estar ingeniosamente combinados para no enlazar, y obligarle así a tomar otra ruta más larga, políticamente favorecida por alguno de los Estados intercurrentes. Podrá darse por muy satisfecho si llega a Varsovia en cuatro días.

Una vez llegado a Varsovia, probablemente ne-

cesitará un permiso de estancia, y desde luego necesitará otro permiso para salir de territorio polaco.

Ahora bien: todo esto para un viaje de 1.100 millas. No es extraño que el despacho de billetes desde Londres a Varsovia sea infinitesimal en comparación con el despacho de Nueva York a San Luis. Y eso que lo apuntado no son mas que las molestias normales del viajero, pues pueden surgir otras mucho más serias.

Los mismos impedimentos que dificultan y estorban la libertad de movimientos del viajero ocurren con el movimiento de las materias alimenticias, y toda clase de mercancías, en grado mucho mayor. En toda Europa está siendo estrangulado el comercio por los aranceles y lisiado por este baile de San Vito de los cambios. Todos los Estados soberanos de Europa emiten tranquilamente el papel moneda que se les antoja. El verano pasado fuí a Praga y tuve que cambiar libras por coronas. La par debía ser a 25. Pues el lunes estaban a 180 y el viernes a 169. Varios días estuvieron saltando entre 220 y 150, con gran perjuicio de todo el mundo, menos los banqueros y cambistas. Este cambio inseguro distrae cantidades considerables, que deberían aplicarse al estímulo de empresas y negocios, y convierte la circulación monetaria en un juego estéril y sospechoso.

Fatalmente, el movimiento de primeras materias y de trabajo todavía aparece más difícil y embarazado entre todos estos países comprimidos de Europa. Y más aún que de estos engorros de aranceles nacionales y emisión de moneda nacional a pocas millas de distancia, sufre Europa de una falta de autoridad central que regule los más elementales intereses colectivos: el control del vicio, por ejemplo; la policía sanitaria para combatir las epidemias; la supresión de los delincuentes internacionales.

Europa se ve ahora enfrente de un nuevo problema: el problema de los transportes aéreos. A lo que veo, mucho me temo que los transportes aéreos vayan a ser ahogados en Europa por las dificultades internacionales. Se puede volar confortablemente y con toda seguridad de Londres a París en dos o tres horas; pero los preliminares de pasaportes exigirán bastantes más.

El otro día necesitaba yo ir y volver de Londres a Reval, en Estonia, rápidamente. La distancia viene a ser la misma que de Boston a Mineápolis, y podía ser recorrida cómodamente en diez o doce horas de vuelo. Me dirigí, en consecuencia, a la casa Handley-Page para que me arreglasen el viaje. Allí me explicaron que no tenían autorización para volar sobre Holanda más allá de Amsterdam; desde allí se podría ir, en un avión alemán, hasta Ham-

burgo, y desde Hamburgo a Copenhague en un danés, dejando de volar, por tanto, unas 500 millas que realmente ofrecían demasiadas complicaciones políticas. Cada parada, como es consiguiente, supondría pasaportes y demás zarandajas. En suma, que necesitaba cinco días para llegar a Reval y siete para volver. Hoy por hoy, con las actuales fronteras, el vuelo es prácticamente inútil en Europa. Y lo será en tanto no se le considere como una cuestión, por lo menos, paneuropea.

Todos éstos son los inconvenientes acostumbrados de las divisiones nacionales de Europa en tiempo de paz. Por sí solas están estrangulando toda esperanza de mejoría económica. Pues Europa *no* se está recobrando, ni mucho menos, económicamente. Sólo un esfuerzo unificado podría lograrlo. Pero en cada una de esas fronteras, ridículamente angostas, en que se han acomodado las naciones europeas, yace también la posibilidad de la guerra. La independencia nacional significa el derecho a declarar la guerra. Y así, cada uno de esos hacinados y estrangulados países europeos se ve obligado, por causa de su bendita independencia, a mantener un ejército tan grande y unos aprestos militares tan formidables como su bancarrota—pues todos estamos en bancarrota—le consienta.

Desde el fin de la gran guerra, nada que valga la pena se ha hecho para asegurar ningún país

europeo contra la amenaza de la guerra, y nada se hará, y nada puede hacerse, en tanto que la idea de independencia nacional se sobreponga a todas las demás consideraciones.

Y repito que es un tanto difícil para un espíritu acostumbrado a las condiciones de la vida en América comprender lo que la guerra moderna significaría para Europa.

Ninguno de esos Estados soberanos de Europa que hemos nombrado entre Londres y Varsovia es mayor que el solo Estado americano de Tejas, y ninguno tiene una capital que no pueda ser eficazmente bombardeada por aeroplanos a las cinco o seis horas de haberse declarado la guerra. De Londres a París, ya sabemos que se puede volar en dos o tres horas. Y las bombas aéreas de hoy día, pueden asegurarlo, dejarían, en comparación, las bombas mayores de 1918 reducidas a la categoría de petardos. Sobre todos esos países europeos se cierne esta inminente amenaza de la guerra, que atormentará y aniquilará los nervios de todos. Nada semejante puede suceder al ciudadano americano, como no sea después de un largo apercibimiento. La guerra peor que pudiese acontecer a los Estados Unidos se limitaría a rozar sus costas.

Me he detenido a considerar estas diferencias entre América y Europa porque ellas suponen una absoluta diferencia de criterio respecto a proyectos

de paz mundial, Ligas de Naciones, Estados mundiales, etc., entre el americano y el europeo.

El americano vive en una unidad política de la mayor escala moderna. Aun podrá vivir cómodamente cien años antes de sentir estrecha su piel política y antes de empezar a sentir la amenaza de la guerra cerca de su vida doméstica. Cree por experiencia en la paz; pero no siente la urgencia apasionada de organizarla. Pues, en lo que a él atañe, ya hace tiempo que la tiene organizada. Y dudo de que constituyese una seria diferencia durante algún tiempo en la vida cotidiana de la ciudad de Kansas, pongo por ejemplo, el que Europa se viese reducida a un desierto en los próximos cinco años.

Pero, de otro lado, el europeo inteligente no quiere admitir la unidad del problema de Europa. Y Europa no puede continuar así. La civilización europea no puede continuar hacia adelante, a menos que esta red de fronteras que la estrangula desaparezca. Las dificultades creadas por las diferencias de idioma, las tradiciones nacionales, las malas costumbres políticas, etc., son, no cabe duda, enormes. Pero, por enormes que sean, es preciso afrontarlas. Si no son vencidas, y vencidas en pocos años, Europa, intrincada en esta red de fronteras, y bajo el perpetuo temor de la guerra, seguirá a Rusia, estoy seguro, y resbalará irremediabilmente hacia un proceso de disolución social tan profundo y

desastroso como el que puso fin a la carrera del Imperio Romano de Occidente.

La inteligencia americana y la inteligencia europea consideran, pues, esta cuestión de una paz mundial desde un punto de vista completamente distinto y con un espíritu enteramente diferente. Al americano, en este bienaventurado sosiego de su gran unidad territorial, le parece simplemente cuestión de hacer extensiva a todo el mundo su propia seguridad por medio de tratados de arbitraje y demás convenios semejantes. Y tengo la impresión de que se figuran que los europeos viven en condiciones similares a las de ellos.

Nada semejante resolverá el problema del antiguo mundo. La situación europea es a la vez más intensa y más trágica que la americana. Europa no necesita tratados, sino un cambio profundo de sus ideas y costumbres políticas. Europa está saturada de patriotismo, como un cuerpo saturado de un virus hereditario. Cien mezquinas ambiciones y viejas animosidades la acosan.

Esta profunda diferencia de situación y perspectiva es la causa de que esté yo tan convencido de la imposibilidad, hoy por hoy, de una cooperación política, para organizar la paz mundial, entre América y Europa.

El tipo de Estado americano y el de Europa son cosas distintas, incapaces de una alianza efectiva;

el arado de vapor y el bovino no pueden labrar juntos este surco. El pensamiento americano, las individualidades americanas, pueden, sin duda, desempeñar un grandísimo papel en la tarea de reconstrucción que se presenta a Europa; pero no el Gobierno federal americano como un Estado soberano entre Estados iguales.

Los Estados Unidos constituyen un Estado en diferente escala y nivel de todos los del antiguo mundo. El patriotismo y la idea nacional en América es una cosa distinta y planeada en mayor escala que el patriotismo y la idea nacional en los Estados del antiguo mundo.

Cualquier Liga de Naciones que pretendiera hoy cierta estabilidad tendría necesariamente que estereotipar las fronteras existentes y las ideas nacionales existentes. Pero esas fronteras y esas ideas son, precisamente, lo que tenemos, a toda costa, que tirar por la borda. Antes de que Europa pueda ponerse al nivel y en iguales términos con los Estados Unidos, tendrán las comunidades europeas que pasar por un proceso que ya pasó América—en circunstancias mucho más fáciles—hace siglo y medio. Tendrán que repetir, en mucha mayor escala y contra prejuicios mucho más profundos, el hecho de comprensión y adaptación que fué realizado por el pueblo americano entre 1781 y 1788.

Como todos recordaréis, estos Estados, después



de haber decidido la Independencia, forjaron ciertos artículos de la Confederación. Eran artículos de confederación entre trece naciones, entre el pueblo de Massachusetts, el de Virginia, el de Georgia, etc.; trece pueblos soberanos distintos y separados. Formaron una unión tan floja y endeble, que no pudieron ni mantener el orden dentro ni imponer respeto fuera. Entonces hicieron otra Constitución. Dejaron de hablar de cada una de las trece naciones y basaron su unión en una idea más amplia: el pueblo de los Estados Unidos.

Ahora Europa, si no quiere despeñarse en la anarquía, tendrá que hacer algo paralelo. Si Europa debe salvarse del desastre final, tiene que dejar de pensar en el pueblo de Francia, el pueblo de Inglaterra, el pueblo de Alemania; en franceses, ingleses, alemanes, etc., etc. Tendrá que pensar al fin, por lo menos, en el pueblo de Europa, ya que no en los pueblos civilizados del mundo. Si nosotros, los europeos, no podemos acomodar a esto nuestro pensamiento, no hay esperanza para nosotros. Únicamente pensando en todos los pueblos podrá un pueblo ser salvado en Europa. Nuevas guerras destruirán la fábrica social de Europa, y Europa perecerá, como naciones, luchando.

Hay muchas personas que creen que en el viejo mundo hay, por lo menos, un sistema político que, como los Estados Unidos, es suficientemente gran-

de y mundial para poder seguir viviendo largo tiempo en las condiciones presentes. Creen que el Imperio británico puede, como si dijéramos, quedar aparte del resto del viejo mundo, a manera de un sistema que se basta a sí propio. Creen que puede quedar aparte tranquilamente, como los Estados Unidos, y que estas dos potencias de habla inglesa no tienen mas que ponerse de acuerdo para dominar y conservar la paz del mundo.

Permitidme que no tome demasiado en cuenta esta idea, a mi juicio equivocada, y que puede resultar desastrosísima a nuestra doble cultura inglesa si la gente da en apegarse a ella.

No sería posible negar que el sistema del Imperio británico es un sistema distinto en su naturaleza y proporciones de un Estado europeo típico, de un Estado hecho por la escala del caballo y de la carretera, como Francia, por ejemplo, o Alemania. Y que, al igual de los Estados Unidos, es un nuevo desenvolvimiento, una nueva forma. Como que, en realidad, el actual Imperio británico es una forma más nueva que los Estados Unidos. Pero mientras los Estados Unidos constituyen un sistema homogéneo y se desarrollan más homogéneamente, el Imperio británico es heterogéneo y muestra escaso, o nulo, poder de asimilación. Y mientras los Estados Unidos están todos juntos y todavía muy lejanos de todo serio antagonista, el Im-

perio británico está esparcido por todo el mundo, cercado por una multitud de antagonistas posibles.

Ya he dicho que la magnitud y manuabilidad de todos los Estados políticos es, en fin de cuentas, una cuestión de transportes y comunicaciones. Crecen hasta un límite estrictamente determinado por estas consideraciones. Más allá de ese límite son inestables. Apliquemos ahora esas ideas al Imperio británico.

Hemos visto que el gran sistema de los Estados Unidos fué creación del vapor fluvial y del ferrocarril. Igualmente el Imperio británico es la creación del transatlántico, protegido por una gran flota.

El Imperio británico es un moderno Estado oceánico, como los Estados Unidos son un moderno Estado continental. La cohesión política y económica del Imperio británico descansa en este solo hecho: que el vapor continúe siendo el medio predominante y seguro de transporte mundial en lo futuro. Para que el Imperio británico permanezca soberano y seguro, e independiente de la aprobación y cooperación de los demás Estados, es preciso que los transportes oceánicos de vapor permanezcan predominantes en la paz e invulnerables en la guerra.

Esto nos coloca frente a frente de dos hechos relativamente nuevos y que arrojan una sombra sobre este predominio y esta invulnerabilidad. Uno,

los transportes aéreos; otro, el submarino. No me detendré ahora a examinar las posibilidades del submarino transoceánico, familiares a todo el que haya seguido las últimas fases de la gran guerra.

Es indudable que el poder marítimo no es ya el factor sencillo y decisivo que era antes de la aparición del submarino. Los caminos del mar no pueden ya ser tomados y poseídos completamente. Para ninguna potencia, exceptuando el Japón, es esta consideración tan grave como para Inglaterra.

Y si nos volvemos hacia las posibilidades del transporte aéreo en lo futuro, nos veremos obligados a la misma conclusión: que la seguridad del Imperio británico tiene que descansar en lo futuro, no en su fuerza en la guerra, sino en la conservación de la paz dentro y fuera de sus fronteras.

Yo fuí miembro de la Comisión inglesa de Transportes Civiles Aéreos, y entonces examinamos cuidadosamente, y en todos sus aspectos, las posibilidades y probabilidades del aire. Mi trabajo en aquella Comisión me convenció de que en el porvenir inmediato el aire sería el principal, si no el único, camino para las largas distancias, tanto para los correos y el pasaje, como para las materias más ligeras y valiosas. Las vías del mar quedarán sólo para los viajes de recreo y el comercio de productos ordinarios y voluminosos.

Y mis estudios en aquella Comisión acabaron de

confirmar mi idea de que, en brevísimo tiempo, la línea principal de ataque militar no serán ni la tierra ni el mar, sino el aire. Además, nació en mí la convicción de que las grandes rutas aéreas del mundo pasarán sobre las grandes llanuras del mundo, y sólo cuando no tengan otro remedio cruzarán grandes extensiones de mar o regiones montañosas.

Ahora, pensad en la relación en que se halla el Imperio británico con el mar abierto y los grandes territorios del mundo. Se ha hablado mucho en la Gran Bretaña de lo que la gente llamaba "las vías rojas del aire"; es decir, las vías inglesas del aire, esperando que lo fueran todas. Pero no hay tales vías rojas del aire. No os será posible ir desde Inglaterra a ninguna otra parte del Imperio, a no ser Canadá, sin cruzar territorio extranjero. Este es un hecho que debe el pueblo inglés aceptar y digerir, y cuanto antes mejor. Inglaterra no puede usar las vías aéreas, ni siquiera para desarrollar su comercio en tiempo de paz, sin el consentimiento y la cooperación de un gran número de sus vecinos. Y si se embarcase ella sola en cualquier guerra de importancia, se encontraría con sus comunicaciones aéreas y marítimas casi enteramente cortadas.

Así, el Imperio británico, a pesar de su magnitud y de su modernidad, no se halla ahora en mejores condiciones para quedarse solo que los demás países europeos. No es una excepción a nuestra ge-

neralización el que—aparte de todas las demás cuestiones—la escala y la forma de los Estados europeos no estén en armonía con las actuales y crecientes condiciones de transportes, y que todas esas potencias se encuentren, aunque sólo fuera por esta causa, bajo una necesidad urgente de renunciar a esas ideas de independencia absoluta que hasta ahora las habían dominado. Se trata de una necesidad vital. Si no pueden obedecer a ella, todas serán destruidas.

### III

#### LA AMPLIFICACION DEL PATRIOTISMO A UN ESTADO MUNDIAL

En mi argumento inicial he mostrado la conexión entre las actuales perturbaciones políticas del mundo, y más particularmente de Europa, el adelanto en las ciencias mecánicas durante los últimos ciento cincuenta años. He mostrado que, sin una severa refundición de las ideas y costumbres políticas, se abre para Europa y el mundo en general una segura perspectiva de conflictos degenerativos; que sin esa refundición nuestra civilización habrá pasado ya de su cenit y continuará el proceso de decadencia comenzado en agosto de 1914.

Ahora bien: esta refundición significa una lucha inmediata contra el patriotismo vigente. Y abordamos aquí un tema en que la emoción y la pasión parecen inevitables: el tema de la nacionalidad. Desde la misma entrada chocamos violentamente contra el patriotismo, tal como entiende cualquier europeo esta palabra. Pero ¿cómo no chocar

con los patriotismos europeos? No es posible temporizar con el patriotismo, tal como se encuentra en Europa, y encaminarse al mismo tiempo hacia una común felicidad humana. Ambas cosas están en absoluta oposición. Una de las dos tiene que ser sacrificada. El caos político y social en que hoy se encuentra Europa es en buena parte debido al intento de hacer compatible el patriotismo con el bien general de Europa.

¿Queremos librarnos del patriotismo en absoluto?

No me parece, en verdad, que deseemos librarnos del patriotismo, y no creo que, aun cuando lo quisiéramos, pudiésemos conseguirlo. Parece que es necesario para la vida moral del hombre sentirse parte de una comunidad, a la que pertenecer y que nos pertenezca. Y que esta comunidad debería ser una realidad simple y digna de amor, inspirada por una idea común, con una forma y un fin comunes.

Pero el punto que he tratado de hacer resaltar en todo el argumento es que cuando viene un europeo a los Estados Unidos se encuentra con una nueva especie de Estado, materialmente mayor y menos embrollado que cualquier Estado de Europa. Y encuentra también un pueblo intensamente patriótico, cuyo patriotismo no es realmente la equivalencia del patriotismo europeo. Histórica y prác-



ticamente, viene a ser una síntesis de los patriotismos europeos. Numéricamente, es mayor. Geográficamente, como diez veces. Esto es realmente importantísimo desde el punto de vista de esta discusión. Y es un pueblo sintético, una cosa hecha de otras más pequeñas. La gente, creo, habla de un ciento por ciento de americano. No hay tal ciento por ciento de americano, como no sea entre los pieles rojas. No hay un hombre blanco en los Estados Unidos de cuya sangre no se haya limpiado una buena parte de patriotismo europeo para hacer sitio a su patriotismo americano.

Sobre este hecho del patriotismo americano, como algo más grande y distinto del patriotismo europeo, quiero edificar mis proyectos. La cosa es factible. Si es factible en los europeos que vinieron a América, y sus descendientes, hay que suponer que es factible también en los europeos que habitan Europa. Pero la cuestión es: ¿cómo podremos empezar a efectuarlo?

América, el silencioso, inmenso continente, acometió la empresa cogiendo a todas las diversas nacionalidades que constituían su población y obligándolas a vivir juntas.

Desgraciadamente, nosotros no podemos coger ahora al resto de nuestras naciones europeas y ponerlas sobre un gran continente virgen para inculcarles una más amplia cordura política. Ya no hay

continentes vírgenes. Europa tiene que quedarse donde está...

He oído decir que a veces ayuda a los hombres de ciencia a aclarar sus ideas en un proceso cualquiera el imaginarlo invertido, obteniendo así una visión de él desde un punto de vista contrario. Imaginemos, pues, por unos instantes, en vez de hablar de la expansión y síntesis del patriotismo en Europa, un florecimiento de este patriotismo a la europea en América, y consideremos qué ocurriría.

Suponed, por ejemplo, que hubiese un grave estallido de patriotismo local en Kentucky. Suponed que encontráis al pueblo de Kentucky lanzando a la circulación una bandera propia y rebelándose contra lo que probablemente llamarían el "vago internacionalismo" de las estrellas y las rayas. Suponed que los encontráis empeñados en levantar barreras de aranceles al comercio de los Estados que le rodean. Suponed que los encontráis dispuestos a anexionarse por la fuerza considerables territorios del Estado de Virginia, con el fin de asegurarse una buena frontera estratégica entre las montañas del Este, y también hablando veladamente de la necesidad de procurarse una salida propia hacia el mar.

¿Qué es lo que pensaría un ciudadano americano de un estallido semejante? Probablemente, ¿no es cierto?, pensaría que el Kentucky se había

vuelto loco. Pues esto, que parece tan fantástico cuando lo imaginamos en Kentucky, es exactamente lo que está sucediendo en Europa con pequeños Estados, apenas mayores que Kentucky. Siempre fueron así. No se han vuelto locos. Si esto es locura, entonces nacieron locos. Y nunca han sanado. Un estado de cosas considerado en Europa como normal sería considerado en los Estados Unidos como un grave caso de demencia local.

¿Y qué haría, probablemente, la comunidad americana en un caso semejante? Pues, probablemente, empezaría por inquirir de dónde el Kentucky había sacado aquellas extrañas ideas. Buscaría las fuentes de la infección. Alguien habría estado predicándoles, o escribiendo en los periódicos, o enseñándoles a tuertas en la escuela. Y supongo que el pueblo de los Estados Unidos se aplicaría muy seriamente a que se hablase y enseñase de nuevo la verdad al pueblo de Kentucky.

Ahora bien: esto es precisamente lo que hay que hacer en el caso paralelo de Europa. En toda Europa prevalece, lo mismo en las escuelas nacionales, que en las iglesias patrióticas, que en la Prensa nacionalista, que en las literaturas nacionalizadas, una propaganda de patriotismo enemiga de toda unidad. Las escuelas de todos los países europeos, casi sin excepción, enseñan actualmente el más rancio patriotismo; son centros de una abo-

minable infección política. Los niños de Europa crecen con una intensidad de egotismo nacional que los hace, para todo fin práctico internacional, nocivos. No es que nacieran con él, no; pero apenas pudieron leer y escribir quedaron infectados. Los ingleses no enseñan otra cosa que las glorias de Inglaterra y del Imperio británico; los franceses aún están, si es posible, más insanamente concentrados en Francia; los alemanes ahora empezarán a recobrase de las amargas consecuencias de cuarenta años de educación nacionalista intensiva. Y así todos los demás. Cada país en Europa es su propio "Sinn Fein", cultivando esta fea y estúpida obsesión del "nosotros solos". "Nosotros solos" es el guía seguro al conflicto y el desastre, a la miseria, al dolor, a la violencia, a la degradación y la muerte para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, hasta que la especie desaparezca.

La primera tarea que se nos impone en Europa es, a toda costa, libertar a nuestros hijos de esta obsesión nacionalista, enseñar a las masas europeas una sucinta Historia verídica, en que cada uno vea el pasado y el futuro de su propio país en sus debidas proporciones, y una sucinta Etnología verídica, con que cada país pueda vencer el embaucamiento de que su pueblo es una raza individual y distinta. La enseñanza de la Historia en las escuelas de Europa es la raíz misma de este problema.

Pero éste es sólo, por decirlo así, el punto de aplicación de grandes y complejas influencias, las influencias que nos moldean en la infancia, la enseñanza de la literatura, de los varios cuerpos religiosos, y la cotidiana reiteración de la Prensa. Antes de que Europa pueda seguir progresando tiene que haber una inversión gigantesca de estas fuerzas morales e intelectuales, en el sentido de crear un espíritu internacional. Si ello puede verificarse, aun hay esperanza para Europa y el viejo mundo. Si no, entonces Europa se vendrá irremediablemente abajo, con sus banderas bien izadas en sus mástiles. Estamos sobre un barco que hace agua, y al cual sólo una cosa puede salvar. O tiramos por la borda esos patriotismos europeos, a cambio de una idea mayor, o nos hundimos.

¿Qué idea mayor será ésta?

No puede ser mas que una: la de un Estado mundial de Toda la Humanidad.

Ya sé que hasta ahora he reducido el caso a la idea de unos Estados Unidos de Europa en Europa. He concentrado nuestra atención en esta región de máxima dificultad y congestión. Pero, en realidad, no hay barreras ni límites demarcados y fijos en el viejo mundo entre Europa, Asia y Africa. Los rusos del pueblo hablan de "Europa" como quien está fuera de ella. Los sistemas políticos europeos se desbordan, y siempre se desbordaron, so-

bre el Oriente y el Mediodía. Recordad los primitivos Imperios de Macedonia y de Roma. Ved cómo el idioma ruso corre hacia el Pacífico, y cómo el Islam se irradia en los tres continentes.

Cuando penséis en todo esto, creo convendréis conmigo en que si hablamos de unos Estados Unidos de Europa no hay razón para que no hablemos de unos Estados Unidos del antiguo mundo. ¿Y por qué pararnos en unos Estados Unidos del antiguo mundo?

No hay duda de que las más evidentes fuerzas sintéticas de América en la actualidad tienden hacia una especie de unificación panamericana. Esta es la mutación más próxima, la primera que puede acontecer.

¿Pero vamos acaso a proyectar una especie de mundo dual: el nuevo mundo contra el antiguo?

No creo que esto fuera una meta muy permanente ni satisfactoria. ¿A qué hacer dos asas a un planeta? Si trabajamos por la unidad en la gran escala que queremos, igual podemos trabajar por la unidad del mundo.

No sólo en distancia, sino en otros muchos respectos, están Londres y Roma más cerca de Nueva York que la Patagonia, y San Francisco siempre será, probablemente, más interesante para el Japón que París o Madrid. No puedo ver razón alguna para suponer que la fusión de los pueblos del mun-

do en una unidad económica y política pudiera algún día cesar, a menos que cese nuestra civilización. No veo señales de que nuestras facilidades actuales de transporte y comunicación sean las últimas posibilidades factibles. Una vez que escapemos de esas limitaciones nacionalistas de nuestras ideas políticas, no hay razón ni ventaja en que nos quedemos a medio camino de una completa unidad humana.

Ahora, después de lo dicho, es muy fácil explicar por qué desearía yo traer ante los ojos de todos esta idea de unidad humana en la forma de un Estado mundial, y no de una Liga de Naciones.

Dejadme, ante todo, que reconozca el extraordinario valor educativo de la propaganda de la Liga de Naciones y del esfuerzo que se ha hecho para crear una Liga de Naciones. Ha puesto ante la inteligencia general del mundo la proposición de una ley mundial y una unidad mundial que acaso no se hubiese podido hacer pública de otro modo.

¿Pero es una Liga de Naciones lo que realmente necesitamos?

Me atrevo a indicaros que la palabra "naciones" es justamente la palabra que debiera haberse evitado, que admite y tiende a estereotipar justamente esos conceptos de división y diferencias que a toda costa tenemos que reducir y borrar si queremos que nuestra especie prosiga. Y la frase tiene

un delicado tufillo legal y litigioso. ¿Qué lealtad ni qué devoción podemos esperar que inspire esta múltiple asociación? No tiene unidad; no tiene personalidad. Es como pedir a un hombre que ame a un miembro cualquiera de un club de mujeres en lugar de querer a la suya propia.

Por la idea del hombre, por la unidad humana, por nuestra sangre común, por el orden único del mundo, puedo imaginar que un hombre viva y muera; pero no por una congregación miscelánea, que jamás se fundirá, ni siquiera en el nombre.

No; esta fórmula de Liga de Naciones no tiene idea central ninguna, carece de corazón. Es débil y equívoca justamente donde debería ser fuerte: en definir su antagonismo a toda soberanía nacional separada. Pues a esto tiene que tender si significa algo práctico. Si significa algo práctico, significa, cuando menos, un Super-Estado englobando y dominando la autonomía de los Estados existentes; y si no significa nada práctico, ¿de qué, entonces, nos sirve?

Puede parecer empresa mucho mayor el atacar la nacionalidad y el nacionalismo que el zurcir una componenda con ambos; pero siguiendo la línea de la nacionalidad independiente no hay esperanza de unidad, ni de paz, ni de un progreso continuo para la Humanidad. No podemos tolerar esas viejas condensaciones de fidelidad, porque necesita-



mos esa misma fidelidad que ahora se concentra en ellas para cimentar y sostener la paz de todo el mundo. Así como los pasados patriotismos regionales han hecho lugar a los patriotismos nacionales, así queremos ahora desalojar esas devociones, aun demasiado angostas, en pro de una nueva unidad y una nueva idea reinante: la idea de un Estado y de una bandera sobre toda la tierra.

La idea del Estado mundial es a la Liga de Naciones lo que la idea de un solo Dios de la tierra y del cielo a la de una divina Junta compuesta por Odín, Baal, Júpiter, Amnón-Rá, Mumbo Jumbo y demás dioses nacionales y de tribu. Ni en una materia ni en otra hay arreglo posible. No hay camino que circunde ambas cosas. El fin que se ofrece a la Humanidad es substituir las ideas multitudinarias de pequeños Estados, que hoy prevalecen, por la idea común y única de una República mundial que los englobe a todos. Ya hemos entrevisto las próximas e inevitables consecuencias que entrañaría nuestro fracaso en conseguirlo.

Sí; es un inmenso proyecto. Pero ¿es acaso absurdo? Que no nos asusten las enormes proporciones que forzosamente tendrían los cimientos de un Estado mundial semejante. Recordad, por grande que os parezca la tarea, por casi imposible que os parezca, que en la implantación de una ley mundial y un Gobierno mundial reside la única

esperanza de escapar de esta confusión creciente de guerras, descomposiciones sociales y disgregación final, que terminarían el accidentado cuento de la Humanidad.

Yo, personalmente, me siento aterrado por la destrucción ya verificada en el mundo de siete años a la fecha. Dudo de que ningún americano que no haya salido de América pueda darse cuenta de hasta qué punto está destrozada Europa. No creo que sean muchos los que comprenden la rapidez con que aun se está hundiendo Europa, lo urgente que es, si quiere salvarse la civilización, poner de nuevo a Europa sobre una base de bien común.

Pero vengamos a la inmensidad de este proyecto de substituir el amor a una sola y egotista nación beligerante por el amor a una comunidad mundial. Se trata del proyecto de invadir centenares de millones de espíritus, de atacar ciertas ideas establecidas en esos espíritus y, o bien de borrar por completo esas ideas, o de suplementarlas y corregirlas profundamente con esta nueva idea de una comunidad mundial. Tendremos que penetrar, no sólo en los espíritus, hoy por hoy ferozmente patrióticos, de franceses, alemanes, ingleses, irlandeses y japoneses, sino también en los espíritus, remotos y difíciles, de árabes y de indios y en las incontables miríadas de China. ¿Hay

algún precedente que justifique nuestra esperanza en la posibilidad de un cambio semejante en las ideas del mundo?

Creo que sí. Y me atrevo a indicar que la tendencia general del pensamiento en estas materias es hoy demasiado escéptica sobre lo que la enseñanza y la propaganda pueden conseguir. En el pasado ya hubo grandes cambios en el pensamiento humano. Apenas necesito recordaros la expansión del Cristianismo por la Europa occidental. En unos cuantos siglos, todo el Occidente europeo se vió cambiar, de la salvaje confusión de las tribus en guerra que sucedieron a la caída del Imperio romano, a la unidad de la Cristiandad, a una comunidad que semejante idea unificadora podía levantar de un extremo a otro para el esfuerzo común de las Cruzadas.

Aun más sorprendente fué la rápida transformación, en menos de un siglo, de todas las naciones y pueblos al sur y al oeste del Mediterráneo, desde España hasta el Asia central, en la unidad del Islam; una unidad que también ha durado hasta este día. En ambos casos, lo que puedo llamar la inversión mental fué inmensa.

Creo que si consideráis la difusión de aquellas complejísimas y difíciles religiones y comparáis los medios con que contaban sus promovedores con los medios hoy al alcance de las personas inteligentes,

encontraréis bastantes razones para considerar que la refundición de las ideas en un molde de Estado universal no es, ni mucho menos, un proyecto imposible.

Aquellas grandes doctrinas del pasado fueron difundidas, como dijimos en otra ocasión, muy principalmente por la palabra hablada. Sus expositores tenían que viajar lentamente y afrontando mil peligros. La gente se congregaba con gran dificultad, exceptuando en unas cuantas ciudades populosas. Los libros rara vez podían usarse. Pocas gentes sabían leer; menos aún traducir, y los manuscritos eran copiados en pergamino con extrema lentitud. No había imprentas, ni papel, ni correo. Y, excepto para contadísimas personas, tampoco había escuelas. Lo mismo la Cristiandad que el Islam tuvieron que crear sus escuelas comunes, con objeto de preservar siquiera intacto, de generación en generación, un mínimo de su doctrina. Y todo esto fué llevado a cabo a pesar de una oposición y persecución durísimas.

Hoy día tenemos medios de poner las ideas y los argumentos rápida y eficazmente al alcance de todo el mundo y casi en un mismo momento, tales como no hubieran podido ni soñarse hace cien años. No sólo tenemos libros y periódicos, sino que en el cinematógrafo contamos con un medio de presentación rápida y viva que todavía apenas se ha usado.

Tenemos escuelas casi en todas partes. Y la necesidad humana de un Estado mundial y la idea del servicio mundial, en lugar del patriotismo combativo, son urgentes y no admiten demora. Tenemos una invencible razón para este Estado mundial y una objeción sin réplica contra los nacionalismos y patriotismos que quisieran oponérsele.

¿No es casi inevitable que algunos de nosotros nos reunamos y comencemos una propaganda de esta paz mundial organizada, sin la cual nuestra especie desaparecería? El mundo se muere por falta de una idea política común. Todavía estamos a tiempo de dar al mundo esta idea política común, la idea de un Estado federal del mundo. No tenemos más remedio que poner las manos a ello.

Ya os he dicho que la misión más importante para los hombres y mujeres de hoy es la predicación y la enseñanza, la preparación y, por último, la ejecución de este proyecto de Estado mundial. Tenemos que crear una visión de él, que hacerlo parecer primero una posibilidad, luego una realidad cada vez más cercana. Tarea es ésta que requiere el trabajo y el pensamiento de miles de cerebros. Tenemos que diseminar la idea de un Estado federal del mundo, como una realidad próxima, por toda la extensión de la tierra. Cien varios caminos tenemos hoy para ello. Podemos hacerlo por medio de la Prensa, por toda clase de formas de expresión lite-

raria, en nuestras escuelas, colegios y Universidades, a través de portavoces políticos, por organizaciones especiales y, en último término, pero no el menos importante, por medio de la enseñanza de las Iglesias. Pues recordad que todas las grandes religiones del mundo son, en teoría, universalistas; pueden tolerar las divisiones de los hombres, pero no sancionarlas. Y no se crea que proponemos una revolución religiosa, sino, a lo sumo, una resurrección religiosa. Podemos hoy propagar ideas y sugerencias cien veces más de prisa que hace cien años.

Este movimiento no necesita en sus comienzos intervenir en política. Es un movimiento previsor, y su especial cometido será con los espíritus jóvenes y todavía en crecimiento. Pero cuando se extienda, inevitablemente cambiará la política. Las naciones, Estados y reinos de hoy día, que luchan y tramán uno contra otro, como si debieran luchar y tramar eternamente, se convertirán, cada día más abierta y ostensiblemente, en simples Gobiernos custodios, Gobiernos que desempeñen en el mundo un papel de servidumbre, en tanto que el Estado mundial alcanza su mayor edad. Pues este Estado mundial, que el mundo aguarda, debe ser, necesariamente, una fusión de todos los Gobiernos y un heredero de todos los Imperios.

Hasta aquí me he ocupado de presentar las ra-

zones para un Estado mundial. Y mucho me temo que la discusión haya sido un tanto abstracta, pues me he atenido estrictamente a la lógica seca de la actual situación humana.

Pero permitidme ahora que intente, muy brevemente, en un simple esquema, alguna determinación concreta de lo que un Estado mundial significaría. Tratemos de concebir por nosotros mismos la forma que un Estado mundial adoptaría. No quisiera abandonar esta discusión con sólo una frase, que apenas es sino una frase negativa, mientras no le demos algún cuerpo. Hasta ahora, el Estado mundial significa simplemente un mundo sin divisiones políticas. Tratemos de llevar la idea hasta la concepción de un Estado de todo el mundo unificado y organizado.

Tratemos de imaginar lo que un Gobierno mundial sería. Encuentro que cuando alguien habla de un Estado mundial, la gente piensa en seguida en algún Gobierno existente, al que se darían proporciones mundiales. Preguntan, por ejemplo, dónde se reuniría el Congreso mundial, y cómo se elegiría al presidente mundial. ¡Enorme personaje el tal presidente mundial!—piensan—. ¿O bien sería un rey mundial? Preguntas muy naturales, a primera vista. Pero, ¿son igualmente sensatas? ¿No estarán un tanto afectadas por falsas analogías? El Gobierno de todo el mundo muy bien podría ser, *no una*

versión ampliada del Gobierno de una parte del mundo, sino otra especie de función enteramente distinta. Estas analogías que la gente saca tan fácilmente de los Estados nacionales es muy posible no sirvieran en un Estado mundial.

En primer lugar, y con respecto a esa cuestión de un rey o un presidente: ¿es siquiera probable que el Estado mundial tenga una sola cabeza visible? ¿Será este Estado mundial una monarquía, una monarquía limitada, electiva y de plazos cortos, como los Estados Unidos, o una monarquía ilimitada y hereditaria, como el Imperio británico?

Muchas gentes dirán: Es preciso que tengáis una cabeza del Estado. Pero ¿por qué es preciso? ¿No será esa idea un legado de aquellos tiempos en que los Estados eran pequeñas comunidades que necesitaban un caudillo en la guerra y en la diplomacia?

En el Estado mundial debéis tener en cuenta que no habrá guerra ni diplomacia.

Yo, por mi parte, hasta discutiría si en un gran Estado moderno, como los Estados Unidos, no se ha concedido demasiada importancia a las atribuciones presidenciales. Y me parece que ya muchas personas en los mismos Estados Unidos se han planteado esta cuestión y contestado a ella afirmativamente.

Las grandes líneas de la Constitución norteamericana fueron trazadas en un período de monarquía



casi universal. La personalidad de Jorge Washington proyectaba su sombra sobre la situación, y, como sabéis, las ideas monárquicas tenían tal curso que durante los años que siguieron a la guerra de la Independencia hasta se proyectó importar un rey alemán, algún príncipe de Prusia, a imitación de la monarquía británica. Pero si los Estados Unidos tuvieran hoy que formarse de nuevo, con arreglo a sus proporciones actuales, ¿concederían tanto poder e importancia a un solo individuo como concedieron a Jorge Washington y sus sucesores en la Casa Blanca? Permitidme que lo dude.

Puede haber un límite a la extensión y complejidad de una comunidad regida por una sola cabeza. Y acaso este límite haya sido rebasado ya por los Estados Unidos y el Imperio británico. Quizá es posible para una sola persona dirigir convenientemente una comunidad de cuarenta o cincuenta millones de almas. Pero ¿será también posible para un solo individuo, de vida corta como la humana, gobernar y establecer el necesario contacto entre cientos de millones de hombres en miles y miles de ciudades?

Recientemente hemos observado con admiración y simpatía los heroicos esfuerzos del príncipe de Gales para estrechar la mano y sonreír a todos los habitantes del Imperio británico, cuyo "dorado eslabón" está llamado a ser un día. Pero, a pesar

de sus tremendos ejercicios, aun queda mucho camino que andar.

Debo confesar que no veo ninguna cabeza individual en mi visión de ese Estado del mundo.

La realidad vinculadora del Estado mundial deberá ser, no un individuo, sino una idea: la idea del bien público universal bajo el Dios de toda la Humanidad.

Si alguna vez, para cualquier fin determinado, algún individuo tuviese que salir y obrar en nombre del Estado mundial, supongo que entonces los decanos del Tribunal Supremo, o el presidente del Consejo, o los directores de las Sociedades científicas, o alguna otra persona por el estilo, harían lo que fuese preciso.

Pero, si no una cabeza individual, sí tendrá que haber, por lo menos, una especie de Asamblea o Concejo. Esto parece indispensable. Pero ¿será una reunión semejante al Parlamento británico, con un Gobierno y una oposición, regidos por tradiciones e ideas de partidos?

Aquí de nuevo me parece pueden fácilmente extraviarnos las condiciones existentes, por temporales que sean. No creo sea necesario dar por sentado que el Concejo del Estado mundial sea una Asamblea de partidos políticos. Creo será posible tener una verdadera reunión de representantes, una muestra legítima del pensamiento y voluntad

de los hombres, y evitar un desarrollo de partidos por medio de un método de votación más científico que los bárbaros artificios usados para la elección de representantes en nuestros Parlamentos, artificios movidos por las manos del partido gobernante, que trafica así con los defectos del sistema político.

¿Será este Concejo elegido directamente? Esto, a mi juicio, puede creerse esencial. Y determinarse con arreglo a un derecho político amplísimo. Primero, porque es de una importancia primordial que todos los adultos del mundo sientan una relación directa y personal entre sí mismos y el Estado mundial, y se den cuenta de que son ciudadanos participantes y activos. Y segundo, porque si el tal Concejo es nombrado por un cuerpo intermedio, toda suerte de consideraciones locales y nacionales, esenciales al cometido del cuerpo subordinado, se interpondrán en la simple y directa consideración del bien público universal.

Y en cuanto a este Concejo, ¿habrá en él grandes debates y escenas y crisis sensacionales; en suma, todas esas cosas que hacen tan buen efecto en un vasto cuadro de historia? Otra vez puede extraviarnos aquí la analogía. Una consideración que obstruye el camino a todo esto es que sus miembros no tendrán un idioma común que puedan todos hablar con la facilidad necesaria para la

elocuencia. La elocuencia es mucho más adecuada a las condiciones de una reunión de pieles rojas que al ordenamiento de grandes y complicados intereses. El Concejo mundial sería una Asamblea taciturna. También podría acordarse su convocación de tarde en tarde. Sus miembros podrían comunicarse en gran parte sus opiniones por medio de *notas*, que tendrían que ser muy claras y explícitas, ya que habrían de pasar por la traducción, y breves, para evitar negligencias.

¿Y cuáles serán los principales órganos y organizaciones, y trabajos, y métodos de que tendrá que ocuparse este Concejo del Estado mundial?

Habrá un Tribunal Supremo que determine, no la ley Internacional, sino la ley Mundial. Habrá un creciente Código de la ley Mundial.

Habrá una circulación monetaria mundial. Habrá un ministerio de Correos, Transportes y Comunicaciones de todo el mundo.

Habrá un ministerio de Comercio de productos de primera necesidad, que se ocupará también de la conservación y fomento de los recursos naturales de la tierra.

Habrá un ministerio del Trabajo.

Habrá un ministerio de Higiene mundial.

Habrá un ministerio, el más importante de todos, que vigile y suplemente la obra de educación

nacional y cuide y estimule las comunidades retrasadas.

Y, en lugar de un ministerio de la Guerra y de la Marina, habrá un *ministerio de la Paz*, que estudie las posibilidades combativas de cada nuevo invento y tenga un dominio completo de todas las fuerzas armadas que queden en el mundo.

Todos estos ministerios mundiales actuarán en colaboración con las autoridades locales, que aplicarán los principios generales a las condiciones del lugar.

Estos organismos comprenden, probablemente, todo lo que el Gobierno de un Estado mundial tendría que hacer. Gran parte de su actividad sería simplemente la coordinación y adaptación de actividades ya discutidas a fondo y preparadas para ello por debates locales y nacionales. Creo sería un error suponer que el trabajo de un Gobierno mundial tendría que ser más vasto y más complejo que el de Gobiernos como los Estados Unidos o el Imperio británico. En muchos puntos tendría una labor sumamente simplificada. No habría enemigos exteriores, ni competencia internacional, ni aranceles. Se limitaría a mantener el orden, no a llevar adelante una pugna. No habría necesidad de secretos, ni sería preciso un Gabinete maquinando y urdiendo a puerta cerrada; no habría más política general que la de atender sin desmayos

al bien público mundial. Hasta el origen primario de un Concejo mundial tendría necesariamente que ser distinto del de cualquier Gobierno nacional. Todos los Gobiernos existentes deben su comienzo a la fuerza, y son, en su naturaleza fundamental, militantes. Son un órgano ofensivo-defensivo. Este hecho satura nuestra tradición legal y social más de lo que a primera vista pudiera creerse. En todas partes hay, en materia de ley civil, como un tufillo de estado de sitio mitigado. Pero un Gobierno mundial arrancarí­a de motivos distintos y realizarí­a un ideal diferente. Serí­a, en su esencia, un organismo encargado de mantener la paz.

Y ahora quizá podamos considerar este proyecto de un Estado mundial reflejado en las circunstancias de la vida de un ciudadano individual. Observemos muy sucintamente la vida de un joven de tipo medio que viviese en un Estado mundial, y veamos cómo diferirí­a de una vida actual del tipo medio.

Este joven habr­a nacido en cualquiera de los Estados Unidos del Mundo: en Nueva York o California, en Ontario, Nueva Zelanda, Portugal, Francia, Bengala, Shan-Si, etc., pero dondequiera que le haya tocado en suerte, la primera historia que aprenderá ser­a la maravillosa historia de la Humanidad, desde sus comienzos casi animales,

hace bastantes miles de años, sin más herramientas que algunos útiles de pedernal afilado o madera desbastada, hasta la fuerza y la ciencia de nuestros días. Su educación le trazarán los comienzos de la palabra, de la escritura, del cultivo de la tierra, de la edificación.

Aprenderá de los pueblos y naciones del pasado, y de cómo cada uno ha traído sus dones peculiares y su contribución distintiva a la creciente herencia de la especie.

Sabrán, quizás, menos de guerras, batallas, conquistas, matanzas, reyes y demás poco gratas invasiones de la dignidad y el bienestar humanos, y sabrán más de los exploradores, descubridores y bienhechores que nuestros ciudadanos contemporáneos.

Niño aún, le grabarán en el espíritu las grandes líneas de la aventura humana por toda clase de métodos infalibles de presentación, tales como nuestras miserables escuelas de hoy no pueden siquiera soñar.

Y sobre estos sólidos cimientos edificará el conocimiento de su propio Estado y nación y raza, aprendiendo, no cuentos de antiguos agravios y triunfos y venganzas, sino aquello que su raza y su tierra particulares han dado, y lo que dan, y lo que puede esperarse den al común bienestar del mundo. Sobre estos cimientos se levantará su conciencia social.

Aprenderá un esquema de cuanto la Humanidad conoce y de los reinos fascinadores a medio explorar y por cuyo entero conocimiento lucha aún el hombre. Su curiosidad y su imaginación se excitarán así y acabarán de desarrollarse.

Probablemente, su educación no se interrumpirá hasta que tenga por lo menos diez y ocho o diez y nueve años, y acaso hasta los veintidós o veintitrés. Pues un mundo que no malgasta ninguno de sus recursos en armamentos ni en tropas, y que produce cuanto necesita en las regiones más aptas para esta producción, y la entrega al consumidor por el camino más directo, será suficientemente rico, no sólo para consagrar el primer cuarto de la vida de cada hombre a la educación, sino también para mantener cierta educación durante toda la vida.

No hay que decir que la escuela a que nuestro joven ciudadano irá será muy distinta de las burdas y revueltas escuelas de hoy, asistidas por maestros mal pagados y con las paredes desnudas. No; ya algo de la inteligencia y la riqueza que hoy derrochamos en baterías y submarinos habrá beneficiado a estas escuelas.

Hasta las escuelas de aldea estarán instaladas en un bonito edificio, que cueste, poco más o menos, lo que hoy cuesta un gran cañón naval o un aeroplano de bombardeo. Ya sé que esto sonará a ex-



travagancia y delirio a muchos oídos contemporáneos; pero en el Estado mundial las normas serán muy diferentes.

No sé si alguno de nosotros realmente se da cuenta de lo que decimos cuando hablamos de una mayor eficacia docente en lo futuro. Ello significa—si es que significa algo—: enseñar más con muchos menos inconvenientes. Significará, por ejemplo, que la mayoría de los hombres sepa tres o cuatro idiomas bien aprendidos; que puedan pensar en cuestiones matemáticas con una prontitud y claridad que nos asombre; que, sea sobre el punto que sea, sus espíritus se muevan en una luz cenital, allí donde los nuestros se agitan en una bruma de ignorancia o una penumbra emocional.

Este joven ciudadano del Estado mundial, inteligente, amplio de ideas, no será entregado, después de sus años de educación, a una vida de afanes y trabajos, pues apenas habrá ya afanes ni trabajos en el mundo. La Humanidad tendrá máquinas y fuerza bastante para llevar a cabo casi todos esos trabajos que suponen esfuerzo corporal y fatiga. ¡Pensar que entre 1914 y 1918 dilapidamos suficiente energía, y destruimos suficiente maquinaria, y convertimos suficiente substancia gris en carroña con que poder libertar para siempre de toda fatiga a centenares de millones de trabajadores!

Nuestro joven ciudadano elegirá cualquier tra-

bajo interesante, quizás un trabajo creador. Y podrá, si quiere, viajar por todo el mundo sin necesidad de pasaporte ni cambio de moneda, pues en todas partes estará en su país, en todas partes encontrará gente que será entre sí muy distinta, pero nunca sospechosa ni hostil. En todas partes hallará ciudades hermosas y varias, libremente expresivas del espíritu de la tierra en que se han levantado; ciudades extranjeras, y amigas no obstante.

El mundo será un lugar más saludable de lo que hoy es, pues la Humanidad, como tal, aun promoverá guerras organizadas; pero no ya guerras de hombres contra hombres, sino de hombres contra epidemias y enfermedades infecciosas. Probablemente no volverá nunca a saber lo que es un catarro ni un dolor de cabeza. Podrá ir a través de las grandes selvas del trópico sin tiritar de fiebre y sin saturarse de drogas preventivas. Caminará libremente entre las grandes montañas, volará a los polos de la tierra, si así le place, y buceará en las heladas y ahora secretas profundidades del mar.

Pero es muy difícil completar el cuadro de su vida adulta de modo que pueda parecer real a nuestra experiencia. Es difícil de concebir y aun más difícil de explicar. Vivimos en este mundo congestionado, apretujado, vocinglero, que ha penetrado nuestra naturaleza y nos ha hecho parte de sí mismo. Casi ninguno de nosotros sabe lo que es ser

educado convenientemente, ni lo que es vivir en una buena salud constante.

Hablar de lo que el mundo puede ser a la mayoría de nosotros es como hablar de baños y "comfort" y ocios intelectuales a uno de esos despojos humanos que arrastran su vida empapada de alcohol por un barrio obrero. Tan desvitalizado está el ser, tan arraigada la mugre, a tal punto convertida en una segunda naturaleza, que realmente un baño no resulta muy atractivo que digamos. La ropa limpia y decente parece una burla o una afectación. El oír hablar de lugares espaciosos y cómodos sólo suscita en el desgraciado un violento deseo de escapar y esconderse en cualquier rincón. Para el que vive en la inmundicia y la miseria, la dependencia y la lucha son una especie de desahogo nervioso. A las muchedumbres miserables y dolientes la perspectiva de una vida pacífica es un intolerable horizonte.

Pues bien; todo este mundo nuestro parecerá seguramente un barrio bajo a los habitantes de una edad más feliz. Mirarán nuestro mundo lo mismo que nosotros miramos el siglo noveno o décimo, cuando leemos de sus forajidos y su inseguridad, de sus pestilencias, sus mansiones antihigiénicas, su abstinencia de las abluciones.

Pero nuestro joven ciudadano no estará habituado a este bajo mundo. Su espíritu y su corazón es-

tarán libres de nuestra podre inveterada. Amará. Amará hermosamente, como la mayoría de nosotros esperó amar en sus más románticos momentos. Tendrá ambiciones, pues el Estado mundial ofrecerá ancho campo a la ambición. Trabajará hábil y fructuosamente, o administrará servicios públicos, o será un buen maestro, o un médico del cuerpo o del espíritu, o un artista creador; podrá ser un escritor o un investigador científico; podrá ser un hombre de Estado mundial. En este caso podrá subir hasta el Congreso del mundo federal. En el año 2020 aun habrá política; pero será una política bien distinta de la presente. En lugar de llevar los asuntos mundiales una docena de oficinas extranjeras, todas urdiendo mezquina y astutamente una contra otra, todas maquinando perturbaciones y daños, serán colocados bajo la dirección de una común inteligencia, educada y organizada, atenta sólo al bien común.

¿Qué, os suena a ripio todo esto? Temo que sí, y que se os antoja estoy hablando de un país quimérico, de una imposible Utopía, ¿no es cierto? ¡Quién sabe! Es muy posible que tengáis razón. Este viejo y desastroso mundo de mugre, guerra, bancarrota, crimen y malicia, vidas frustradas, vidas atormentadas, insalubridad general y decadencia social, cada día mayores, cada día más cerca del abismo..., ¿cómo esperar remediarlo y apartarlo

de su ruina? ¡Qué presunción, qué atrevimiento, qué absurdo!, ¿verdad?... Oír me parece una distante rechifla...

A veces pienso que las barreras que separan entre sí a los hombres son casi infranqueables e invencibles; que nosotros, que hablamos ahora de un Estado mundial, somos sólo los precursores de una vasta lucha en los espíritus y corazones de los hombres, que acaso dure siglos y siglos, que quizás fracase al final.

Pero a veces también, en otra disposición de ánimo, se me antojan tan ilógicas estas barreras y nacionalidades y separaciones, a tal punto cuestión de tradición, y tan claramente dañinas y crueles, que en cualquier momento puede el sentido común de la especie echarlas abajo...

¿Quién puede ver en éste el más obscuro de todos los misterios: el corazón y la voluntad de los hombres? Acaso sea un bien para nosotros no saber de las muchas generaciones que tendrán que sostener esta lucha.

Sí; ahí tenéis ese pesimismo, pero ahí tenéis también esa esperanza. Acaso tememos demasiado. Aun antes de que nuestras vidas acaben de devanarse, quizá entreveamos la aurora de una época mejor, apuntando entre las negras sombras y artificiales resplandores de estos años de infortunio...

## IV

### LA BIBLIA DE LA CIVILIZACION

#### *Primera parte*

#### § 1

En éste y el próximo capítulo me propongo discutir y experimentar una vieja y olvidada idea, una idea mencionada por primera vez, me parece, en aquellos tiempos en que el Estado de Connecticut venía a la existencia, mientras Nueva York era aún la ciudad holandesa de Nueva Amsterdam.

El hombre que propuso esta idea fué un gran hombre de Bohemia, Komensky, acaso mejor conocido en nuestro mundo occidental por su nombre latinizado de Comenius. El mismo se confesaba discípulo de Bacon. Fué amigo de Milton. Viajó de una comarca europea en otra, con sus ideas políticas y educativas a cuestas. Durante algún tiempo pensó en venir a América. Es una gran lástima que no lo hiciese. Y su idea, esa idea particular que vamos a examinar, fué la idea de un libro común, un

libro de historia, ciencia y cordura, que formase la base y como el marco de los pensamientos e imaginaciones de todos los ciudadanos del mundo.

En muchos extremos, los pensadores y escritores de comienzos del XVII parecen más afines a nosotros y más adecuados al mundo de hoy que ningún grupo intermedio de figuras literarias. Nos hacen la impresión de tener una visión más extensa que los hombres del siglo XVIII, y de ser más audaces y —¿cómo diríamos?— más temerarios en su pensamiento que los espíritus del XIX. Y esta más estrecha afinidad con nuestro tiempo proviene, imagino, directa y naturalmente de una más estrecha semejanza de circunstancias. Entre 1640 y 1650, lo mismo que en los días que corren, el mundo se vió tremendamente sacudido y aborascado. Inglaterra fué envuelta en la violenta lucha política que culminó con la ejecución de Carlos I. Irlanda era un país de matanzas y contramatanzas. La guerra de los Treinta Años en Europa central tocaba a su término, con hambres pavorosas y terribles saqueos. En Francia, la Corona y los nobles luchaban desesperadamente por la supremacía en la guerra de la Fronda. Los turcos amenazaban Viena. En ningún rincón de la Europa Occidental quedaba firme y segura ninguna organización política. En todas partes reinaba el desorden, todas parecían abiertas a todos los acontecimientos; y justamente estos tiem-

pos desordenados e indeterminados son los más fértiles en atrevidas especulaciones e iniciativas religiosas, sociales, políticas y pedagógicas.

Este fué el período que produjo los cuáqueros y gran número de los más robustos brotes del puritanismo; el período en que fueron echados los cimientos del moderno republicanismo, y en el que el proyecto de una Liga mundial de naciones—o más bien de un Estado mundial—atrajo considerable atención. Y quien estudie a Comenius encontrará en él un espíritu activo y sensitivo respondiendo, con una singularísima similaridad—a nuestras propias respuestas—, a las condiciones similares de su tiempo. El rápido medrar de la violencia, la agravación de la crueldad y el sufrimiento sobre la tierra le habían abatido y consternado, como nos abate y consterna hoy a la mayoría de nosotros. Esa seguridad en el “progreso” que se sintió en los siglos XVIII y XIX él no la sentía. Comprendía, como nosotros, que, a menos que el esfuerzo humano se estimule y organice, el horizonte de la Humanidad es muy oscuro. Atribuyó los males de su tiempo a las discordias y divisiones humanas, a nuestras disensiones políticas, y achacó nuestros mutuos errores a la diversidad de lenguas y de ideologías. Todo ello podría, en verdad, haberlo escrito y pensado en 1920. Y los remedios que propuso tienen eco en muchos de nuestros movimientos contemporáneos.



El quería reunir todas las naciones en un solo Estado. Quería un idioma universal como medio común de instrucción y discusión, y quería crear un Libro de Conocimientos Necesarios común a todos los hombres, una especie de base común de sabiduría para todos los hombres cultivados del mundo.

Pues bien; esta última es la idea que yo quisiera desenvolver ahora. Quisiera examinar si nuestra educación—que hoy, en nuestros Estados modernos, alcanza a todo el mundo—puede y debe incluir tal Libro de Conocimientos Necesarios, y luego, una vez tratada de contestar afirmativamente la cuestión, intentaré un esbozo de semejante Libro.

Para empezar, quizás convenga contestar a una objeción que es probable se me haga. He llamado a este libro hipotético la Biblia de la Civilización, y acaso alguien diga: “Muy bien; pero ya tenéis un libro suficiente de esa clase; para eso tenéis la Biblia misma, que es cuanto necesitáis.” Perfectamente; la Biblia va a ser mi modelo. Va a serlo por haber ya dos veces en la Historia—primero, como Antiguo Testamento, y luego, como Antiguo y Nuevo juntos—formado una cultura y unificado y mantenido en cohesión, a través de muchas generaciones, grandes masas de hombres. Ella fué la base de la civilización judía, igual que de la cristiana. Y hasta en el Nuevo Mundo, el mismo Estado de Connecticut, si no me engaño, tomó la Biblia en sus

primeros comienzos como única ley. Sin embargo, espero que no ofenderé a ningún lector apuntando que la Biblia no es todo lo que hoy necesitamos, y que, por otra parte, en algunos respectos, no deja de contener bastantes superfluidades. Sus mismas virtudes crearon sus limitaciones. Tan bien sirvieron a los hombres, que éstos hicieron de ella un canon y se negaron a seguir adelante. Durante los períodos más vitales de la historia hebrea, durante los años más vivaces del florecimiento cristiano, la Biblia creció y se transformó. Luego cesó su desenvolvimiento y quedó fijo su texto. Pero el mundo siguió creciendo y descubriendo nuevas necesidades y experiencias.

Permitidme que me ocupe primero de sus superfluidades. Realmente, gran parte del Levítico, por ejemplo, no parece de una necesidad vital para la mayoría de los ciudadanos de hoy, con sus largas y explícitas instrucciones respecto a los sacrificios y a cómo orar en el templo. También quizás, para el ciudadano del porvenir, haya un exceso de información sobre los reyes menores de Israel y de Judá. Y más detalles sobre la política internacional de Asiria y de Egipto de lo que hoy requiere la mayoría de nosotros. Temo que no excite demasiado nuestra inteligencia, y sólo de una manera muy indirecta pueda servirnos el saber que Attai engendró a Natán, y Natán engendró a Za-

bad, o que Obed engendró a Jehú, y Jehú engendró a Azarías, y así sucesivamente, durante doscientos o trescientos versículos.

Y en cuanto a deficiencias, hay una porción de problemas modernos, problemas que afectan íntimamente a la vida moral de todos nosotros, de los que no se ocupa la Biblia. El establecimiento de la independencia americana, por ejemplo; o la interminable querrela rusopolaca, que, con sus diversas alternativas, ya lleva cuatro siglos de duración. Cosas ambas mucho más importantes para nuestro mundo moderno que el antiguo conflicto entre Asiria y Egipto, que tan sobresaliente papel desempeña en los viejos archivos bíblicos. Y hay multitud de problemas morales, que se originan de las circunstancias modernas, sobre los que la Biblia arroja escasísima o ninguna luz: los deberes electorales del ciudadano, o los deberes de un accionista con los obreros empleados por su Compañía, verbigracia. Para todo esto necesitamos, por lo menos, un suplemento, si es que queremos aún mantener nuestra comunidad sobre una base general de comprensión, con arreglo a una norma unificadora de pensamiento y de conducta.

A tal punto estamos nutridos de Biblia; tan acostumbrados estamos a ella mucho antes de poder pensar seriamente en ella, que todo lo que contiene de sorprendente, el hecho de que la historia de

Judá y de Israel nos sea contada dos veces, y cuatro el relato evangélico, por ejemplo, no nos llama la atención. Sin embargo, estos detalles no dejan de ser extraordinarios, si consideramos la Biblia como la más sólida y perfecta concreción de la verdad y la sabiduría.

Y más singular es aún, a mi juicio, la inconclusión de la Biblia. Todavía podría comprenderse que la Biblia acabase con la fundación del Cristianismo. Una vez ocurrido esto, podría decirse: nada importa el resto. Aquello sería la culminación de todo. Pero no es esto lo que hace la Biblia, sino que prosigue dando cuenta prolija de los comienzos y política inicial de la Iglesia Cristiana. Nos ofrece la primera literatura de la teología dogmática, y luego, con ese extraño y dudoso libro del Apocalipsis o Revelación de San Juan, viene a su término. Nos abandona en medio de los conflictos imperiales y sociales de Roma. Pero el mundo ha continuado y continúa—elaborando sus problemas, suscitando sin cesar nuevos problemas—, y ya hay un abismo de más de mil ochocientos años entre nosotros y la última expresión del pensamiento de aquellos tiempos.

No hago estas observaciones con el menor espíritu de detracción. A lo sumo, si estas singularidades de la Biblia podrán añadir al prodigio de su influencia en las vidas y espíritus de los hombres.

Ella ha sido el Libro que mantuvo en pie el edificio de la civilización occidental. Ella ha sido el manual de vida para incontables millones de seres humanos. La civilización que poseemos no habría podido formarse y sustentarse sin ella. Ella ha explicado el mundo a las masas, y les ha dado normas morales y un sistema a que ajustar sus conciencias. Pero, hoy día, ¿tiene aún la misma eficacia? Francamente, lo dudo bastante. Me parece que durante el último siglo la Biblia ha perdido gran parte de su anterior influencia. Ya no domina a la comunidad. Y creo que ha perdido su influencia a causa de los profundos cambios acaecidos en los métodos y mecanismos de la vida, y a causa del vasto desarrollo de nuestras ideas con el florecimiento de la Ciencia durante el pasado siglo.

Ha perdido influencia; pero nada ha venido a sustituirla. Y éste es el aspecto más grave de la cuestión. La Biblia era el cemento o argamasa de nuestras comunidades occidentales, y la clave del edificio. Y el verdín de estos siglos y los ácidos de estos últimos años han corroído su influencia social e individual. Ya no es una argamasa suficiente. Y—tal es la esencia del resultado a que me encamino—*nuestras comunidades modernas ya no están cementadas*, carecen de solidaridad organizada, no están preparadas para sufrir sacudidas y

intelectual

para la Biblia  
tiene una  
influencia  
que nunca  
más de 500  
editions

el caso  
actual

choques, han quedado, mental y moralmente, en la más peligrosa inestabilidad. Esta, a mi juicio, es la clave de una gran porción de las actuales perturbaciones sociales y políticas del mundo. Es preciso volver a cementar el edificio. Necesitamos una Biblia. A tal punto necesitamos una Biblia, que no podemos permitirnos colocar la vieja Biblia en una cumbre, fuera del uso diario. Necesitamos adaptarla de nuevo a este uso diario. Si es cierto que la Biblia antigua es insuficiente en su historia y no se ajusta exactamente a muchos problemas modernos, necesitamos entonces en nuestros escuelas y hogares una Biblia revisada y ampliada, una Biblia que restablezca un acervo común de ideas e interpretaciones, si es que se quiere que nuestra civilización siga adelante.

Ahora, veamos lo que la Biblia daba al hombre en los tiempos en que realmente le dominaba y, por decirlo así, le contenía; y preguntémosnos si es imposible restablecer y reconstruir una Biblia para las necesidades de estos grandes y peligrosos días en que estamos viviendo. ¿Podemos cementar de nuevo nuestra civilización, cada día más inestable? Y no nos preguntemos por el momento si es aún tiempo de hacerlo.

Lo primero que daba la Biblia al hombre era una Cosmogonía. Le daba una relación del mundo en que vivía y de su puesto en él. Luego le ofrecía

una historia general de la Humanidad. No le contaba esta historia como una reata de hechos y de fechas, sino como una historia movida e interesante, en la que al fin aparecía él; una historia de promesas y de destinos por cumplir. Le daba un parentesco o afinidad con sistemas de cosas. Le eslabonaba a toda la Humanidad con una concepción de relaciones y deberes. Le asignaba un lugar en el mundo y daba un sentido a su vida. Le explicaba a sí mismo y a los demás. En una palabra, del individuo hacía un ciudadano con un código de obligaciones y esperanzas.

Ahora bien; para mí, lo mismo desde el punto de vista de la felicidad individual que del bienestar general, este desenvolvimiento del hombre en ciudadano, este emplazamiento del hombre en su mundo, es de importancia primordial. Es la base necesaria de toda verdadera educación; es el fin fundamental de la escuela, y no creo que el individuo pueda ser dichoso ni la comunidad próspera sin ello. La Biblia, y las religiones basadas en ella, dieron esa idea de un lugar en el mundo al pueblo que adoctrinaban. Pero, ¿y nosotros, suministramos hoy esa idea de un lugar en el mundo a nuestro pueblo? Me atrevo a pensar que no. No le damos una clara visión del universo en que vive, y no le damos una historia que confiera sentido y dignidad a sus vidas.

La cosmogonía de la Biblia ha perdido su influencia sobre el espíritu del hombre, y el creciente abismo de los años hace su historia y su enseñanza política cada vez más remota y vaga en medio de las grandes necesidades de hoy día. Nada se ha hecho para colmar estos fosos. Tal respeto tenemos por la letra de la Biblia, que ignoramos su espíritu y su recta aplicación. No queremos reescribir y recontar el Génesis a la luz y con el lenguaje de la ciencia moderna, y no revisamos y continuamos su historia hasta nuestros días, para aplicarla así a los problemas de estos tiempos. Preferimos que la Biblia se haya quedado anticuada y remota, venerable e inútil.

En los últimos cien años ha habido una gran extensión de lo que llamamos instrucción o educación; pero, en cambio, ha habido una especie de reducción, de enflaquecimiento de sus fines. En lo pasado, la educación tendía a hacer un cristiano, un ciudadano y, más tarde, un caballero del individuo rudo y egoísta. ¿Pretende hoy lo mismo? En manera alguna. Nuestra juventud aprende a leer y escribir; aprende la teneduría de libros y aquellos idiomas que pueden serle útiles; se le da cierta educación técnica, y *se le enseña a empujar*. Y la arrojamos al mundo a que se abra camino. Nuestro criterio de la educación escolar podría resumirse: ¿Será un buen hombre de negocios?



Pues bien ; esto es la suprema degradación de la cultura. Es un error moderno suponer que la educación existe por y para el individuo. La educación existe por y para la comunidad y la especie ; existe para subordinar el individuo al bien del mundo y a su propia felicidad ulterior.

Pero hemos dejado relegar lo esencial de la educación a lugar secundario, y ahora tocamos los resultados en todos los Estados modernos del mundo, con la falta de cohesión, de disciplina y de cooperación. Los hombres no quieren cooperar, como no sea para subir los precios al consumidor o los jornales al patrono, y todo el mundo se da de puñadas por un sitio en la primera fila y un buen agosto. Y compórtanse así, parte, sin duda, en virtud de un factor indesarraigable, conocido por Pecado Original ; pero también, muy principalmente, a causa de una visión de la vida que les impusieron en la escuela y que luego el hogar dejó fragmentaria y sin fuerza ; que no ofrecía incentivo alguno a sus imaginaciones, ni imperativo categórico a sus vidas.

Creo, pues, que para los libros iniciales de nuestra Biblia de la Civilización, nuestra Biblia traducida a los términos del conocimiento moderno y como base de toda nuestra cultura, debemos seguir exactamente el patrón de la vieja Biblia. Debemos contar a todos los ciudadanos de nuestra co-

munidad, tan llana, simple y hermosamente como nos sea posible, la Nueva Historia del Génesis, el tremendo espectáculo del Universo que la Ciencia nos ha desvelado, los llameantes comienzos de nuestro mundo, las vastas edades de su gestación y el asombroso florecimiento, edad tras edad, de la Vida. Diremos de los climas cambiantes de este globo giratorio, y del ir y venir de las grandes faunas y floras, y de las fuertes especies de seres animados, y cómo del lento y enorme proceso brotó al fin nuestra raza. Y diremos la historia de nuestra especie. Cómo, a través de cientos y miles de años, fué imponiéndose a la Naturaleza, y cazó fieras primero, y luego sembró y cosechó. Cómo aprendió los secretos de los metales, dominó el enigma de las estaciones y se hizo dueña del mar. Esta historia de nuestra común herencia y nuestra lenta ascensión será enseñada por toda la tierra, en el barrio más miserable de la ciudad y en la granja más apartada de los campos. Y, enseñándola, devolveremos a nuestra especie la perdida base de una comunidad, la idea común de su lugar en el espacio y el tiempo.

Luego—siguiendo todavía el precedente bíblico—tendremos que decir la historia universal del hombre. Y aunque en la superficie pueda parecer una historia muy distinta de la bíblica, en substancia vendrá a ser realmente la misma historia,

despojada sólo de los viejos aderezos y símbolos y arreglada a nuestras ideas actuales. Aún será una historia de promesas condicionales, las promesas de la posibilidad humana; un Registro de pecados y errores y oportunidades perdidas, de hombres que no andaban por caminos de rectitud, de generaciones torcidas y piadosos renuevos de esperanza. Aún enderezará nuestras vidas hacia un futuro común, que será la recompensa y el juicio de nuestras vidas presentes.

Diréis que semejante libro no existe—cosa certísima—y que no podría escribirse. Pero, en esto, me parece haríais injusticia a la capacidad de nuestro pueblo anglosajón. Sería perfectamente posible reunir una Comisión que nos diese clara y compendiada la cosmogonía de la Historia que necesitamos. Algunos de los más grandes y sugeridores libros y documentos del mundo han sido llevados a cabo por Comisiones: la Magna Carta, la Declaración de Independencia, la traducción inglesa de la Biblia y el Libro de Oraciones de la Iglesia de Inglaterra son obra de Comisiones, y bien hermosas y estimulantes. Durante estos tres últimos años, yo mismo he estado trabajando en algo semejante, con ayuda de otras seis personas. Para demostrar lo que me propongo, he trazado y publicado un esquema de los orígenes e historia de nuestro mundo. Este *Esquema*, no hace falta

decirlo, es un revoltillo de errores y descuidos menores; pero demuestra la posibilidad de hacer lo que digo. Y su acogida, lo mismo en América que en Inglaterra, ha demostrado lo dispuesta, lo ávida que está la gente, por sí mismos y por sus hijos, de una relación general ordenada del conocimiento actual de nuestro sitio en el tiempo y el espacio. A falta de otra cosa mejor, aceptaron presurosamente mi *Esquema*. Mucho más presurosos habrían adoptado una obra más hermosa, profunda y autorizada que la mía.

En Inglaterra, este *Esquema* fué casi el primer experimento de su clase. El único anterior que conozco fué la *Historia general del Mundo*, muy compendiosa, de Mr. Oscar Browning, publicada en 1913. Pero hay algunos pedagogos norteamericanos que han trabajado en lo mismo. En este orden de enseñanza generalizada de la Historia, el Nuevo Mundo va realmente delante del Antiguo. Los problemas particulares de una población de orígenes heterogéneos lo ha impuesto así a los educadores de los Estados Unidos.

Mi amigo—y me siento muy feliz de poderle llamar mi amigo—el profesor Breasted, en unión de ese gran maestro que se llama el profesor Robinson, ha escrito dos libros, *Tiempos antiguos* y *Tiempos medioevales y modernos*, que juntos forman una historia completísima del hombre civili-

Una Pública Reche por una  
Comision — La fuerza  
dinamica

zado. Ninguno, sin embargo, ofrece una historia de la vida antes del hombre, ni gran cosa de la prehistoria humana. Otro admirable resumen americano de la Historia es la *Historia del Mundo Antiguo* y la *Historia Medioeval y Moderna*, del doctor Hutton Webster. Aunque también ésta es demasiado sucinta respecto a la historia del hombre primitivo.

Pero la obra de estos señores confirma mi propia experiencia de que es perfectamente posible contar en un esquema inteligible e interesante la historia entera de la Vida y de la Humanidad en el espacio de dos volúmenes manuales. Ni Browning, ni Breasted y Robinson, ni Hutton Webster, ni mi propio esfuerzo, son mucho más del doble en longitud de *La Casa desierta*, de Dickens. Ahí los tenéis. Ahí tenéis la demostración de que la cosa es posible. Y si es posible a nosotros, trabajadores aislados, ¿qué no lo será a una reunión de hombres competentes? ¿Por qué no tendríamos una gran asamblea docente de maestros, de hombres de ciencia e historiadores de todos los países civilizados del mundo, y por qué no iban a hacer entre todos una Historia arquetipo del Mundo, para uso general de todas las escuelas del mundo? Historia que podría ser revisada por docenas de especialistas, y discutida una y otra vez, y pulida y acabada, y que sería el libro inicial de

esta Biblia de la Civilización, una nueva base común de la cultura mundial

De tiempo en tiempo necesitaría, como es natural, ser revisada y puesta al día en idéntica manera.

Sólo un libro semejante podría poner a los distintos pueblos del mundo sobre una base absolutamente nueva con relación a las cuestiones sociales e internacionales. Oirían una historia que vendría a enlazarse con el periódico. Se verían a sí mismos y verían las noticias del momento como parte de un gran proceso. Daría a sus vidas sentido y dignidad. Daría a los sucesos del día sentido y dignidad. Elevaría sus imaginaciones hasta un nuevo nivel. Digo levantaría; pero quiero decir volvería sus imaginaciones a un nivel anterior. Pues si miráis hacia atrás, las vidas de los Padres Peregrinos, por ejemplo, o las de aquellos grandes soldados y estadistas de la Inglaterra de Cromwell, encontraréis que aquellos hombres tenían un sentido de la significación personal, un sentido del destino, como nadie, en la política ni en la literatura de hoy día, parece poseer. Estos hombres aun estaban en contacto con la vieja Biblia. Si hoy día la vida parece azarosa y fragmentaria y casi sin objeto, es en gran parte debido a que hemos perdido el contacto con la Historia. Hemos cesado de ver las

cosas humanas como un gran poema épico en curso. Y sólo la enseñanza universal de la Historia Universal podrá restablecer esta concepción épica.

Ya tenéis, pues, la primera parte de mi proyecto de una Biblia de la Civilización: reescribir el Génesis y el Exodo y los Jueces y las Crónicas en los términos de una Historia del Mundo. Cosa perfectamente posible.

¿Vale la pena de hacerlo?

Y dejadme añadir aquí que cuando consigamos nuestro Nuevo Génesis y nuestros nuevos libros históricos, tendrán un sinnúmero de ilustraciones como complemento vivo y necesario. Pues hoy día podemos tener no sólo un texto canónico, sino también ilustraciones y mapas canónicos. La vieja Biblia hebrea era simplemente la palabra escrita. En realidad, ni siquiera eso, pues estaba escrita sin vocales. Cosa que no es un mérito, ni debe ser un precedente para nosotros, sino una inevitable limitación de aquellos tiempos. Pero en las condiciones presentes no hay razón para que confinemos nuestra Biblia a las palabras, cuando un dibujo o un mapa pueden expresar mejor la cosa en cuestión. Una de las grandes ventajas del libro moderno sobre el antiguo es que, a causa de la Imprenta, puede usar los grabados igual que las palabras. Cuando los libros tenían que ser reproducidos por los copistas, el empleo de las imágenes era

imposible. Habrían variado con cada copia hasta quedar irreconocibles...

## § 2

Pero la parte cosmológica e histórica de la antigua Biblia era simplemente el comienzo, el fundamento sobre el cual se asentaba el resto. Consideremos ahora qué más daba la Biblia al hombre y a la comunidad, y cuál sería la forma moderna de ello.

La segunda cosa, en orden, que daba la Biblia al hombre y a la comunidad a que pertenecía era la Ley. Reglas de vida. Reglas de salud. Prescripciones—a menudo muy íntimas y detalladas—de conducta permisible o prohibida.

También esto lo necesita el ciudadano moderno, y debiera tenerlo: hombre y mujer necesitan un libro de cordura personal.

Primero, en lo que a la salud se refiere, uno de los deberes primarios del ciudadano es conservarse en salud corporal y mental, a fin de poder cumplir el resto de sus deberes. Ahora bien; la Biblia real, nuestro modelo, es extremadamente explícita respecto a una porción de puntos, respecto a lo que constituye la limpieza y la impureza, respecto a las abluciones, respecto a lo que hombre y mujer pue-



den comer o no deben probar, etc. En sus tiempos y circunstancias era una verdadera guía de práctica higiénica. Pues bien; no veo por qué la Biblia de la Civilización Moderna no contendría un libro de análogos preceptos y advertencias, por qué no enseñaríamos a todos lo que es el cuidado corporal de sí mismo.

E íntimamente relacionado con el cuidado de nuestra salud mental y corporal viene la moral sexual, sobre la cual el Deuteronomio y el Levítico son sumamente explícitos, dejando muy poco o casi nada a la imaginación. Yo soy partidario de imitar la absoluta franqueza del viejo libro. Donde no hay rincones oscuros hay poca fermentación, pocas telarañas e impurezas. Pero en casi todos los detalles, y en método y en procedimiento, la Biblia de nuestra civilización tendría que ser distinta y más completa que su prototipo en estas materias. La Biblia real trata de un pueblo oriental que vivía en condiciones mucho más duras que las nuestras, empleado principalmente en la agricultura, y con una dieta mucho menos varia que la nuestra. Tenían licores fermentados, pero no destilados; no conocían las conservas ni las carnes frigorificadas; se casaban en la adolescencia; desconocían muchas graves enfermedades que reinan hoy día, y sus problemas sanitarios eran completamente distintos. En líneas generales, nuestro

Nuevo Levítico tendría que ser mucho más completo. Tendría que ocuparse del ejercicio, que era connatural a aquellos israelitas pastores. Tendría que ocuparse de la conservación de energías en un medio ambiente de enervación de que nada sabían los Profetas. En cambio, nuestro Nuevo Levítico podría conceder mucha menos atención a la lepra, que puede decirse gozaba de especial preferencia entre las instrucciones profilácticas del antiguo legislador.

No sé, realmente, los esfuerzos que se llevan a cabo actualmente en América para mejorar la salud pública y disipar la ignorancia pública de muchas cosas vitales. En Inglaterra tenemos una porción de poderosas organizaciones, muy activas en la propaganda de nociones que contrarresten la difusión de esta o aquella infección o contagio. La guerra nos ha hecho en Europa mucho más francos y valientes para afrontar los males solapados y repugnantes. Creemos más en el valor curativo de la luz y el conocimiento. Y tenemos una literatura considerable sobre lo que podríamos llamar "cordura sexual", que tiende a prevenir algunos de los muchos dolores, pérdidas y dolencias nerviosas debidos a la ignorancia y clandestinidad que venía prevaleciendo en estas materias. Pues aún viven grandes muchedumbres modernas en una ignorancia, respecto a estas materias, que ha-

bría sido inconcebible para un antiguo hebreo. Ya en Inglaterra comienzan a leerse por todo el mundo libros como los del Dr. Marie Stopes, que—aunque no sean, ni mucho menos, obras perfectas—mitigan considerablemente los ocultos desengaños, descontentos, pesadumbres y crueldades de la vida conyugal. Ahora bien; yo creo que sería posible compilar un moderno Levítico y Deuteronomio para decir a toda nuestra comunidad, llana y decentemente—tan llanamente como la vieja Biblia hebrea instruía a su población hebrea—, lo que debe saberse y lo que debe hacerse o no hacerse en estas cuestiones íntimas.

Pero Salud y Sexo no agotan los problemas de conducta. También hay problemas de Propiedad, de Comercio y de Trabajo, sobre los que tampoco la vieja Biblia vacilaba en ser bien explícita. Así, por ejemplo, insistía meticulosamente sobre el derecho del jornalero a espigar, y sobre la obligación del vendedor de dar la medida bien colmada, y prohibía la usura. Pero también aquí es la Biblia extraordinariamente defectuosa, si la queremos aplicar a los tiempos modernos, pues sus reglas y mandamientos fueron dictados para una comunidad y un sistema económico mucho más rígidos, más limitados y menos complicados que los nuestros. Debemos tener en cuenta que gran parte del Antiguo Testamento ya estaba en vigor an-

tes del libre uso del metal acuñado. El vasto sistema de crédito contemporáneo, nuestros *trusts* y Compañías, etc., eran completamente desconocidos en aquellos tiempos. Tampoco había la menor anticipación del industrialismo moderno. Así vivimos hoy en un mundo en que ni la propiedad ni el trabajo han sido convenientemente moralizados. Casi todas nuestras perturbaciones sociales y económicas presentes se deben en gran parte a ello.

En ningún punto se encuentra tan desconcertada esta turbia civilización nuestra como en este de los derechos y obligaciones de la propiedad. Evidentemente, la propiedad es un depósito para la comunidad, cuyas responsabilidades varían con la naturaleza de la propiedad. La propiedad que uno tiene en un cepillo de dientes es distinta de la propiedad que se tiene en diez mil acres de terreno; la propiedad de una fotografía de un amigo es diferente de la propiedad de una obra maestra pictórica irreemplazable. La primera puede destruirse sin escrúpulos de conciencia, pero no así la segunda. Por lo menos, tal me parece a mí.

Pero las opiniones son tan variadas en este punto porque nunca lo hemos dilucidado realmente. De un lado, en esta cuestión de la propiedad, tenemos al individualista extremo, que declara que el hombre tiene un derecho ilimitado a hacer lo que quie-

ra con lo que es suyo—hasta el punto de que el que posee una mina de carbón puede quemarla, si así le place, para darse gusto o molestar al mundo, o hacer subir el precio del carbón—, y de otro lado tenemos al comunista extremo, que niega toda propiedad y llega en la práctica—tal, al menos, como entiendo esa práctica—hasta el principio de que todo pertenece a los demás o que puede uno ejercitar el derecho de propiedad sobre todo aquello que no le pertenece. (Confieso que la práctica comunista es un poco difícil de formular.) Entre estos extremistas encontraréis toda variedad de ideas respecto a lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse con el dinero, el crédito y la propiedad en general. ¿Es un delito jugar? ¿Es un delito especular? ¿Es un delito poseer terrenos fértiles y no cultivarlos? ¿Es un delito poseer terrenos fértiles y cultivarlos mal? ¿Es un delito invertir vuestra renta en vivir agradablemente sin trabajar? ¿Es un delito gastar vuestro dinero en vosotros solos y negar a vuestra mujer todo lo que no sean necesidades esenciales? ¿Es un delito gastar sumas exorbitantes, que podrían colocarse en valores reproductivos, para satisfacer los caprichos y vanidades de vuestra mujer? Encontraréis gentes muy distintas para contestar “sí” o “no” a cada una de estas preguntas. Pero no es posible que a la vez se pueda contestar “sí” y “no”.

Es preciso que haya una respuesta definitiva a todas estas cuestiones.

Casi todas las perturbaciones obreras del mundo provienen directamente de nuestra carencia de un Código moral detallado y efectivo de la propiedad. La libertad que se reclama para todas las clases de propiedad, y que es ejercida por todas las clases de propiedad, de gastar o retener, es la clave de ese salvaje resentimiento que flamea hoy en todos los grandes conflictos obreros. El trabajo es un rebelde porque la propiedad es un libertino.

Ahora bien; este campo baldío de la conducta, este yermo moral de los derechos y deberes y limitaciones de la propiedad, los Libros de la Ley de una Biblia moderna podrían ponerlos en claro del modo más rotundo y satisfactorio. Estas partes del Deuteronomio y del Levítico son las que más me urge ver reescritas en la Biblia moderna. Quisiera verlas actuando ya en las escuelas y en los tribunales. Admito que sería un libro difícilísimo de escribir y que levantaría tempestades de controversia a cada versículo. Pero ¡qué cosa excelente sería acabar de una vez con algunos de estos problemas inflamables! ¡Qué cosa excelente si pudiésemos reunir un grupo escogido de hombres representativos y ponerles—con un límite prudencial de extensión—a redactar clara y exactamente

qué clases de propiedad se reconocían y qué limitaciones podrá imponer la comunidad a cada clase!

Todos los países del mundo imponen limitaciones. En Italia no podéis exportar una obra antigua de arte, aunque sea vuestra. En Inglaterra no podéis maltratar a vuestro propio perro o gato. En los Estados Unidos he oído decir que no podéis gastar vuestros dólares en comprar alcohol. ¿Por qué no haríamos sistemática y mundial toda esta clasificación de la propiedad y de los límites de cada clase de propiedad? Si pudiésemos moralizar así el uso de la propiedad; si pudiésemos llegar a la idea precisa del empleo que puede hacer un fabricante de su maquinaria o un financiero de su crédito, ¿no habríamos singularmente disminuído los incesantes conflictos obreros de hoy día? Pues si miráis en ello, encontraréis que apenas hay conflicto obrero en que alguna cuestión no resuelta de principios, alguna cuestión no resuelta sobre el uso permisible de la propiedad, no entre como término esencial y final de la disputa.

## V

### LA BIBLIA DE LA CIVILIZACION

#### *Segunda parte.*

#### § 1

En el capítulo anterior hemos hablado en términos generales del Génesis y los Libros Históricos tal como aparecerían en una Biblia modernizada, y nos hemos ocupado de la Ley. Pero éstos son sólo los fundamentos y comienzos de la Biblia, tal como la conocemos. Llegamos ahora a los Salmos y los Proverbios, al Cantar de los Cantares, al Libro de Job y a los Profetas. ¿Cuáles son los equivalentes modernos de estos libros?

Veamos primero lo que eran estos libros.

Eran toda la literatura hebrea hasta, poco más o menos, el tiempo de Ezra. Incluyen cánticos sagrados, canciones de amor, un diálogo dramático, una especie de novela en los Libros de Ruth y de Ester, etc., etc. ¿Cuál sería nuestro equivalente de



esta parte en la Biblia de hogaño? ¿Cuál sería el equivalente en la Biblia de una civilización mundial?

Pues supongo que toda la literatura del mundo.

Concedo, desde luego, lo desmesurado de la proposición. ¿Es que vamos acaso a proyectar una Biblia moderna en veinte o treinta mil volúmenes? Una Biblia semejante frustraría su mismo objetivo. Necesitamos una Biblia que todo el mundo conozca, que sea comprendida por el espíritu de todos. Esta condición es esencial a nuestra idea de una Biblia como cemento social.

Afortunadamente, nuestra Biblia modelo, tal como la tenemos hoy, nos da una pauta en esta cuestión. Su contenido está clasificado. Tenemos, ante todo, los libros canónicos, que son considerados los de importancia vital; son los libros, para citar la frase del Devocionario inglés, “necesarios a la salvación”. Y luego tenemos una colección de los otros libros, los Apócrifos, los libros escogidos, libros con frecuencia admirables y de rara hermosura, mas no esenciales; buenos para ser leídos como “ejemplo de vida y espejo de costumbres”, pero que no todo el mundo precisa leer y conocer. Ateniéndonos a esta pauta, veamos si podríamos—con toda la literatura acumulada del mundo como material—entresacar el contenido de un tomo, poco más o menos, de obras de valor tan excepcional

que conviniese a toda la Humanidad leerlo y conocerlo. Este sería nuestro equivalente de los libros canónicos. Y sobre ello volveré dentro de unos instantes.

Pero, aparte de este libro o libros canónicos, ¿dejaremos todo el resto de la literatura en una ilimitada sección de Apócrifos? Sobre este punto se me ocurren muchas dudas. Yo sugeriría la formación de una segunda clase intermedia entre los libros canónicos, que todos los hombres en nuestra civilización tendrían que leer, y los Apócrifos externos, que podríais leer o no, según se os antojase. Esta clase intermedia yo la llamaría los Grandes Libros del Mundo. No formarían parte de nuestra Biblia; pero vendrían inmediatamente detrás. No sería lo que todos tienen obligación de leer, sino únicamente lo que sería de desear leyesen todos.

Ahora bien; esta literatura canónica de que hablamos debe ser la tercera parte vital de nuestra Biblia moderna. Yo la concibo como algo que indefectiblemente iría a las manos de todos los hombres y mujeres en esa gran civilización futura que es el sueño de nuestra especie. Junto con el Libro de la Historia del Mundo, y el Libro de la Ley, y el de la Rectitud, y el de la Cordura, que os he bosquejado, y otro Libro del que luego hablaré, esta Literatura Canónica constituiría el cemento intelec-

tual y moral de la Sociedad Mundial, el cemento intelectual y moral sin el cual nuestro mundo cae en la confusión y desastre político y social que hoy día presenciarnos. Sobre una base así, sobre un cuerpo común de ideas, una doctrina moral común y la asimilación general de las mismas substancias emotivas y estéticas, aun sería posible edificar la Humanidad en una gran comunidad cooperativa, diversa y consciente.

Ahora bien; si afirmamos en el espíritu esta idea de una función cementadora, tendremos un criterio con el cual juzgar lo que debe ser omitido y lo que debe ser incluido en los Libros de Literatura de esta Biblia moderna. Empezaremos, como es natural, por poner a contribución el Antiguo y el Nuevo Testamento. No creo preciso justificar este paso. Supongo que no habrá dudas sobre la inclusión de muchos de los Salmos—ya que no todos—y de una porción de pasajes espléndidos de los Profetas. Y el Cantar de los Cantares, ¿lo incluiríamos? Me siento inclinado a pensar que los compiladores de la nueva Biblia tendrían sus vacilaciones. ¿Y el Libro de Job? Esta me parece que sería una cuestión aun más delicada para nuestros compiladores. El Libro de Job es una discusión maravillosa y hermosísima del hondo problema del mal en la tierra. Es un magnífico ejercicio leerlo y comprenderlo; pero ¿es universalmente

necesario? Me siento dispuesto a pensar que el Libro de Job, acaso con las ilustraciones de Blake, no formaría parte de nuestros Cánones, sino de lo que llamábamos los Grandes Libros. Pertenece a una vastísima literatura de discusión, sobre la que más adelante diré aún algunas palabras. También me pregunto si haríamos de la historia de Ruth o la historia de Ester una enseñanza fundamental para nuestra civilización universal. Daniel, desde luego, lo imagino relegado a los Apócrifos. Pero ya volveré luego sobre esto.

La historia de los Evangelios no hay que decir que habría sido incorporada a nuestro Libro Histórico; pero, en adición y como parte de nuestro primer canon, cada uno de los cuatro Evangelios—quizás con la omisión de las genealogías—tendría su lugar, por su incomparable derecho, simplicidad y belleza. Ofrecen un cuadro, crean una atmósfera de supremo valor para todos nosotros, incomunicable en cualquier otra forma o lenguaje. También hay una enorme riqueza en las Epístolas. Sería, por ejemplo, inconcebible que pasajes como aquel de la Epístola de San Pablo a los Corintios: “Si yo hablase con las lenguas de los hombres y los ángeles, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe”—todo el maravilloso capítulo—, quedasen nunca fuera de la común herencia de la Humanidad.

Sí, tanto de la vieja Biblia para nuestra Biblia moderna; toda su inspiración, y su fuego, y su belleza. Y después de la Biblia, ¿qué más?

Hablando en inglés a un auditorio de habla inglesa, un nombre viene pisando los talones a la Biblia: Shakespear. ¿Qué haremos con Shakespear? Si cogieseis aparte a casi todos los ingleses o norteamericanos, y les expusierais este proyecto de una Biblia moderna, y comenzaseis vuestra lista de ingredientes con la Biblia y todo Shakespear, es casi seguro que os dijese: “¡Excelente! ¡Magnífico!”

Pero ¿estaría en lo cierto?

Reflexionando, quizás cejase, y concediese: “No todo Shakespear, sino *Hamlet*, *La Tempestad*, *Romeo y Julieta*, el *Sueño de una noche de verano*.” ¡Pero aun esto! ¿Es que son “universalmente necesarios a la salvación”? Acariciamos con nuestro espíritu los tesoros shakespirianos como podríamos acariciar con los dedos el contenido de una arquilla llena de preciosos joyeles y gemas... antes de armar a un mozo para la batalla.

No. Estas cosas son para el ornato y el placer. Dudo de que pudiésemos tener un solo drama, una sola escena de Shakespear en nuestro Canon. Todo él pertenece por entero a la aristocracia de los Apócrifos. Y, a mi entender, casi todas las grandes obras dramáticas del mundo le harán allí com-

pañía: Eurípides y Sófocles, Schiller e Ibsen. Aca-  
so algunos parlamentos y párrafos podrían ser ci-  
tados en el Canon, pero eso sería todo.

Recordad que nuestro Canon tendría que ser la  
argamasa esencial de nuestra comunidad, simple-  
mente. Si admitiésemos, sin más, las cosas bellas  
y deleitosas, ya veo una invasión irresistible de  
joyas y flores. Si admitiésemos el *Sueño de una  
noche de verano*, ¿cómo no admitir entonces un  
despropósito tan exquisito como

*In Xanadu did Kubla Khan  
A stately pleasure dome decree,  
Where Alph the sacred river ran  
Through caverns measureless to man  
Down to a sunless sea...? \**

Temo que nuestro Canon no pueda incluir estas  
cosas, y con las obras dramáticas tendremos que  
desterrar también las novelas; los grandes libros  
de escritores como Cervantes, Defoe, Dickens,  
Fielding, Tolstoi, Hardy, Hamsun, etc., buenos to-  
dos como “ejemplo de vida y espejo de costum-  
—

---

\* “En Kanadu, un majestuoso palacio de recreo man-  
dó erigir Kubla Khan, donde Alf, el río sagrado, a través  
de cavernas para el hombre inmensurables, corría hacia un  
mar sin sol.” (Pero ¿qué versión podría dar ni siquiera  
una idea aproximada de estos versos de Coleridge, una de  
las más recónditas armonías de la lírica inglesa?)

bres", a los Apócrifos tendrán que ir. Y puesto que desterramos *Romeo y Julieta*, también desterraremos el *Cantar de los Cantares*, y ya que tenemos que dejar a un lado *La Feria de las Vanidades*, también dejaremos las novelas de *Ester* y de *Ruth*. Y yo, por mi parte, lamento tener que excluir uno o dos libros capitales de escritores no ingleses. A mi juicio, *La Guerra y la Paz*, de Tolstoi, o *Germinación*, de Knut Hamsun, son libros de una talla casi bíblica, que hablan de la vida tan hondamente, que se acercan lo más posible a la idea de una literatura de interés universal, que es la razón fundamental de nuestro Canon. Si diésemos ingreso a alguna novela en nuestra literatura, yo abogarí por estas dos. Pero ni siquiera por ellas abogaré. No creo que en nuestra Biblia moderna deba entrar ninguna novela completa. Otra cosa es, desde luego, la inclusión de páginas escogidas.

Y pasando ahora de los grandes dramas y las grandes novelas, llegamos al problema, todavía más arduo, de las grandes obras filosóficas y críticas. Coged los *Viajes de Gulliver*, una crítica intensa, sombría y estimulante de la vida y el orden social; tomad los *Diálogos* de Platón, tan llenos de luz e inspiración. En estos últimos podríamos extraer una porción de hermosos pasajes para nuestro Canon; pero no creo que pudiésemos incluirlos com-

pletos, y no haciéndolo así, me parece entonces que el paralelo semita a estos diálogos griegos, el *Libro de Job*, no debe figurar en nuestro Canon, sino en la sección de Grandes Libros de nuestra "Apocrypha".

En seguida tendremos que considerar todos los grandes poemas épicos del mundo. También aquí me declaro partidario de la exclusión. Esta Biblia de que nos ocupamos debe ser universalmente utilizable. Si resulta demasiado voluminosa para uso universal, pierde su función primordial de cemento moral. No podemos incluir la *Iliada*, las *Sagas nórdicas*, la *Eneida* o *El Paraíso perdido* en nuestro Canon. Dejemos que vayan a henchir la gran saca de nuestros Apócrifos, y dejad que los lean los niños, si tal es su gusto.

Cuando se ojean así los recursos literarios acumulados de la Humanidad se hace evidente que nuestros libros canónicos de literatura en esta nuestra Biblia moderna apenas si podrán ser poco más de una Antología o grupo de Antologías. Quizás pudiesen ser reunidas bajo rúbricas separadas, tales como "Libro de la Libertad", "Libro de la Justicia", "Libro de la Caridad". Y ahora, no habiendo hecho hasta este momento mas que rechazar, permitidme que empiece a aceptar. Permitidme que os cite unos cuantos ejemplos de



aquel orden de cosas que imagino servirían mejor los fines de nuestra Biblia, y que seguramente debieran ser incluídas.

Aquí vienen palabras que todos los americanos se saben ya de memoria, y que yo desearía supieran también y repitiesen todos los hombres del mundo. Es la proclama de Lincoln en Gettysburg, y no os ahorraré una sola palabra de ella :

“Hace ochenta y siete años nuestros padres trajeron a este continente una nueva nación, concebida en libertad y consagrada a la proposición de que todos los hombres nacen iguales. Nos encontramos ahora empeñados en una gran guerra civil, probando si esta nación, o cualquiera nación así concebida y consagrada, puede perdurar. Luchamos en un ancho campo de batalla. Hemos tenido que consagrar parte de este campo a lugar de último descanso de aquellos que dieron sus vidas a fin de que la nación pudiese vivir. Es a la vez justo y digno que así sea. Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Los hombres animosos, vivos y muertos, que aquí lucharon, lo han consagrado mucho más allá de nuestro poder para dar o quitar. El mundo no tendrá en cuenta gran cosa ni recordará largo tiempo lo que aquí estamos diciendo ; pero nunca podrá olvidar lo

que ellos hicieron aquí. A nosotros, los vivos, nos toca consagrarnos aquí a la obra inconclusa que aquellos que aquí combatieron tan noblemente llevaron adelante. A nosotros nos toca consagrarnos aquí a la gran misión que nos queda abierta, y que aquellos muertos venerados nos infundan una devoción creciente por la causa en pro de la cual dieron ellos la última y más plena medida de su fervor. Decidamos aquí solemnemente que aquellos muertos no murieron en vano; que su nación, bajo Dios, tendrá un nuevo natalicio de libertad, y que el Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no perecerá sobre la tierra."

Y aquí viene algo que quizás podría formar otro capitulito del mismo Libro de la Libertad, aunque la libertad de que se habla es muy distinta:

*Out of the night that covers me  
Black as the pit from pole to pole,  
I thank whatever gods may be  
For my unconquerable soul.  
In the fell clutch of circumstance  
I have not winced nor cried aloud,  
Under the bludgeonings of Chance,  
My head is bloody but unbowed.*

*Beyond this Place of wrath and tears,  
Looms but the Horror of the Shade,  
And yet the Menace of the years  
Finds and shall find me Unafraid.*

*It matters not how strait the gate,  
How charged with punishments the scroll,  
I am the Master of my Fate,  
I am the Captain of my Soul. \**

Esto, como sabéis, es de Henley, y al hojear el volumen de sus poesías para copiar este poema me tropecé también con estos versos familiares:

*The ways of Death are soothing and serene,  
And all the words of Death are grave and sweet,  
From camp and church, the fireside and the street,  
She beckons forth—and strife and song have been.*

*A summer's night descending cool and green,  
And dark on daytime's dust and stress and heat,  
The ways of Death are soothing and serene,  
And all the words of Death are grave and sweet. \*\**

---

\* En medio de la noche que me cubre, negra como el abismo de polo a polo, doy gracias a los dioses, cualesquiera que sean, por mi alma invencible. Entre las crueles garras de los hechos no me he rebelado ni grité; bajo los golpes del Acaso, mi cabeza sangra, pero no se doblega. Más allá de este lugar de ira y de lágrimas se vislumbra sólo el Horror de la Sombra; pero, sin embargo, la amenaza de los años me encuentra y me encontrará impasible. Por angosta que sea la puerta, por cargada de castigos que esté la sentencia, yo soy el Amo de mi Destino, yo soy el Capitán de mi Alma."

\*\* "Blandos y tranquilos son los caminos de la Muerte, y todas sus palabras dulces y graves; desde el campamento y la iglesia, el lar y la calle, nos hace señal con la cabeza

Algo hay en esto que yo dejaría de muy mala gana fuera de nuestra Biblia. Sin embargo, sólo con grandes dudas me atrevo a proponer estos versos. Pues yo no soy persona muy culta ni leída, y únicamente tomo nota de las cosas que impresionan fuertemente mi espíritu, y, además, me doy perfecta cuenta de que debe haber una porción de cosas por este estilo, y aun mejores, que yo no conozco, o que leí u oí en condiciones poco favorables a su justa apreciación. Así, no diré rotundamente, en lo que a esta sección se refiere, “esto”, sino, simplemente, “este orden de cosas”.

Y, ya en la vena de “este orden de cosas”, dejadme que os cite—también para el Libro de la Libertad—un pasaje de Milton en defensa de la vieja tradición inglesa de la libertad de palabra y de determinación y en alabanza de Londres e Inglaterra. Ese Londres y esa Inglaterra de que se enorgullece Milton se han ampliado, como se ha ampliado la idea de Jerusalén, a una extensión mundial. Que una falsa modestia no nos ciegue a nuestra gran tradición; vosotros y yo pensamos todavía en la ciudad de Milton; continuamos, por indignante

---

—y lucha y canción ya pasaron—. Una noche estival que cae fresca y verde y sombría sobre el polvo y la violencia y el calor del día; blandos y tranquilos son los caminos de la Muerte, y todas sus palabras dulces y graves...”

que sea, el gran abolengo de Sus Ingleses. Este es el pasaje:

“Una vez más, por toda concurrencia de signos, y por el instinto general de los varones santos y devotos, que diaria y solemnemente expresan sus pensamientos, Dios decreta el comienzo de un nuevo y gran período en Su Iglesia, a fin de reformar la reforma misma, pues ¿qué hace sino revelarse El mismo a Sus siervos, y ante todo, por divina gracia, a Sus Ingleses? Y digo por divina gracia porque nada hacemos para conformarnos a sus consejos, e indignos de su gracia seguimos. Contemplad ahora esta vasta ciudad, ciudad de refugio, morada de libertad, circundada y amurallada por su protección; la fragua de guerra no tiene más yunques y martillos trabajando para forjar las armaduras e instrumentos de la justicia armada en defensa de la verdad sitiada, que allí plumas y cabezas, inclinadas junto a sus lámparas de estudio, meditando, buscando, revolviendo nuevas nociones e ideas que ofrecer, como homenaje y prenda de lealtad, a la reforma inminente; otros, leyendo sin cesar, ensayando todas las cosas, asintiendo a la fuerza de la razón y la persuasoria.

”¿Qué más podría exigir un hombre de una nación tan dócil y tan inclinada a buscar el conocimiento? ¿Qué precisa suelo tan fecundo y tan su-

miso sino trabajadores cuerdos y honrados para hacer un pueblo grande, una nación de profetas, de sabios y de notables? Contamos todavía más de cinco meses para hacer la cosecha, cuando no harían falta ni cinco semanas para dejar mundos los campos. Donde hay gran deseo de aprender, allí necesariamente habrá gran argüir, mucho escribir, muchas opiniones; pues la opinión en los buenos no es sino conocimiento en formación. Bajo estos fantásticos terrores de secta y de cisma, juzgamos mal la sed grave y profunda de conocimiento y de comprensión que Dios ha suscitado en esta ciudad. Un poco de prudencia generosa, un poco de tolerancia mutua y algún grano de caridad podrían ganar todas estas diligencias y unir las en una prosecución general y fraternal de la verdad, si pudiésemos siquiera preceder a esa tradición prelacial de congregar las conciencias libres y las franquicias cristianas en cánones y preceptos humanos. Yo no dudo, si algún ilustre y digno extranjero viniese entre nosotros, que sería sensato discernir la horma y naturaleza de un pueblo, y cómo gobernarlo, observando los altos fines y esperanzas, la diligente alacridad de nuestros pensamientos y razonamientos tras la verdad y la libertad, hasta el punto de que gritase, como hizo Pirro al admirar la docilidad y el valor romanos:

“Si tales fueran mis epirotas, no desesperaría del mayor designio que puede formarse: el hacer feliz una iglesia o un reino.”

”Sin embargo, estos son los hombres contra los cuales se vociferó por cismáticos y sectarios, como si, mientras se está edificando el templo del Señor, y unos desbastando el mármol y otros tallando la madera, hubiese una especie de hombres irracionales que no pudieran considerar que tiene que haber una porción de escisiones y disecciones en la piedra y en la madera antes de que la Casa de Dios quede edificada. Y aun cuando cada piedra sea artificiosamente colocada una junto a otra, no pueden luego ser unidas en una continuidad, no pueden sino estar contiguas en este mundo, ni puede cada pieza del edificio ser de igual forma; antes bien, la perfección consiste en esto: en que de muchas diversidades moderadas y disimilitudes fraternales se compone la excelente y graciosa simetría que rige todo el edificio y estructura.”

Pero no voy a seguir hojeando libros y recitándolos prosa y poesía. Ni empezar puedo a recordaros el inmenso tesoro de prosa y versos nobles y ennoblecedores que ha acumulado este mundo en los pasados tres mil años. Ni un solo hombre de cada diez mil cata siquiera esta abundancia. Para la mayor parte del género humano este tesoro

es como si nunca hubiese existido. ¿Sería excesivo sugerir que deberíamos realizar alguna tentativa organizada para extraer ahora la quinta-esencia de la literatura y hacerla accesible a las masas de nuestra especie? ¿Por qué no ponernos, en gran escala, con cierto aliento y dignidad, a compilar los Libros Poéticos, los Libros de la Inspiración, para una Biblia renovada, para una Biblia de la Civilización? Entiendo que un Libro semejante, universalmente accesible, como base de enseñanza universal, podría dar al fin la clave del pensamiento humano.

## § 2

Queda aún otro elemento, si es que queremos completar el paralelo de la vieja Biblia con la nueva. La Biblia cristiana concluye con una predicción: el Libro del Apocalipsis; la Biblia hebrea acaba también con predicciones: los Profetas. Gran parte de su mágico poder sobre la imaginación de los hombres y de la inspiración que les daba, la vieja Biblia lo debía a esto. No era un Registro muerto, ni una acumulación de cosas finidas y canciones cantadas, sino que apuntaba firme



y claramente hacia los días venideros, como fin y explicación de todo lo que precedía. Así, también nuestra Biblia moderna, si quiere gobernar la imaginación de los hombres, imagino tendrá que acabar con un *Libro de las Predicciones*.

Necesitamos hacer a nuestro mundo pensar más de lo que piensa en las consecuencias de la vida que lleva y los hechos políticos que ejecuta y deja ejecutar. Necesitamos volver de nuevo la imaginación humana hacia el futuro que crean nuestras vidas. Necesitamos una colección y un digesto de predicciones y advertencias que completen esta Biblia moderna. Supongo pensaréis ahora—y admito que con entera razón—que me estoy cerniendo muy lejos de toda posibilidad razonable. ¿Cómo podríamos tener predicciones y profecías de cosas que están acaeciendo ahora? Perfectamente; no tengo inconveniente en admitir que estoy pidiendo algo que acaso es imposible. Sin embargo, hay algo muy necesario, si es que los hombres deben continuar siendo comunidades en cooperación inteligente. En lo pasado encontraréis que donde ha habido comunidades en buen orden los hombres tenían en sí la idea del Destino, de algún objetivo, de algo que equivaliese a un juicio y criterio de su conducta colectiva. Pues bien; me parece que no tendremos más remedio que volver a algo semejante.

Tenemos estadistas y políticos que se declaran guías de nuestros destinos. Muy bien; pero ¿hacia dónde los están guiando?

Seguramente tienen alguna idea. Los grandes estadistas americanos y los grandes estadistas europeos están forjando el mañana; pero ¿qué mañana es ese que están forjando?

Alguna idea de él deberán tener. De otro modo, serían unos impostores. No me siento dispuesto a creerlos impostores, simples aventureros llegados a esos puestos de honor y responsabilidad sin la menor idea de lo que están haciendo al mundo. Pero si tienen idea de lo que están haciendo al mundo, también prevén y sobreentienden el Futuro. No hace falta razonar mucho para llegar a esta conclusión.

Estos estadistas deberían escribir sus ideas de ese Futuro, a fin de que pudiésemos leerlas. A todos nos serían de gran provecho. Y para ellos sería un ejercicio excelente. Me parece que sería perfectamente razonable en los americanos que preguntasen a los grandes personajes políticos de América, al presidente, a los ministros, por ejemplo, si creen que dentro de veinticinco años estarán los Estados Unidos aislados como lo están ahora. O si creen que habrá entonces unos Estados Unidos mayores, de toda América, o de todo el mundo. Algo deben saber de sus propias intenciones, ¿ver-

dad? E igualmente razonable sería preguntar a los prohombres políticos del Imperio británico: ¿qué será de Irlanda dentro de veinticinco años? ¿Qué será de la India? Pues algún plan, alguna idea preconcebida debe haber sobre ello. De otra manera, si esos hombres no tuviesen intenciones ningunas, no cabe duda que serían—así, en dos palabras—unos idiotas peligrosos. Cuanto antes los sustituyéramos por un tipo de hombre capaz de previsión y de expresión articulada, mejor para la especie.

También habréis oído que todos los políticos del mundo dicen que las relaciones del capital con el trabajo son insatisfactorias. Sí; pero ¿cómo van a desenvolverse estas relaciones? ¿Cómo entienden ellos desenvolverlas?

¿Es que en todas estas cuestiones estamos derivando hacia unas tinieblas desconocidas, guiados por estos guías ciegos de nuestra ceguera? ¿O es que no pueden muchas de estas cosas ser representadas por personas inteligentes y capacitadas? Yo os digo que sí pueden. Que es justo y razonable preguntar a nuestros estadistas y políticos: ¿Qué va a ocurrir en el mundo? ¿Qué clase de orden social mejor estáis haciendo? ¿Qué clase de orden mundial vais a crear? Que nos abran su pensamiento, que consignen de modo perdurable el significado de todas sus intrigas y maniobras. Ade-

más, así podríamos refrenar, si era preciso, su capacidad y su buena fe. Podríamos establecer, al fin, un control de presidentes y reyes.

La respuesta a estas preguntas para estadistas es lo que entiendo por *Libro de las Predicciones*. Creo que hace falta urgente un libro semejante, para ayuda de nuestra civilización. Es un libro que todos deberíamos poseer y leer. Ya sé que me diréis que el tal *Libro de las Predicciones* sería, en un principio, absurdamente deficiente, y que cada año agravaría su absurdo. De acuerdo. El primer *Libro de las Predicciones* sería un libro muy endeble. Endebilísimo. Tan endeble, que la gente clamaría sin cesar para que lo revisaran de cabo a rabo.

El *Libro de las Predicciones*, revisado, no será ya tan malo. Habrá sido enfrentado con las realidades. Formará la base de una inmensa copia de crítica y discusión.

Y cada vez que sea revisado se acercará más y más a las realidades posibles.

Yo os digo que la psicología, la mentalidad de una comunidad que tiene entre las manos, y sujeto a continua revisión, un *Libro de las Predicciones*, será, a la vez, más firme y más clara que la de una comunidad que vive como nosotros hoy, simples aventureros sin previsión, en un mundo de catástrofes y accidentes y cosas inesperadas.

# La Composición de la Nueva Biblia

Viviremos de nuevo con arreglo a un plan. Nuestras vidas se modelarán para ciertos fines definidos. Entraremos inmediatamente en un gran sistema de actividades. Recobramos algo o toda la seguridad y dignidad de la antigua vida religiosa.

## § 3

Dejadme con este *Libro de las Predicciones* redondear mi fantasía. Yo quisiera pintaros esta Biblia moderna, quizás dos o tres veces más voluminosa que la vieja Biblia, y que constaría, primero, de

Los Libros Históricos, con mapas y demás;

Los Libros de Conducta y Cordura;

Las Antologías de Poesía y Literatura;

Y, por último, del

Libro de las Predicciones, en lugar de los Profetas y del Apocalipsis.

Quisiera pintaros esta Biblia revivificada, muy cuidadosamente hecha e impresa, y accesible a todos, base de la educación en todas las escuelas, tribuna común de todas las discusiones: exactamente lo que antaño acostumbraba a ser la vieja Biblia. Y os pediría la imaginaseis traducida a todos los idiomas, convertida en material común de

conocimiento en todo el mundo. Y, además, imagino algo muy distinto de lo que ocurría con la antigua Biblia: imagino toda ella periódicamente revisada. Los libros históricos necesitarían ser revisados y continuados hasta la fecha; habría nuevas luces sobre la salud y sobre la conducta; habría más adiciones a las Antologías, y habría Predicciones que tendrían que borrarse por haberse ya realizado o por haber resultado irrealizables o indeseables, y nuevas Predicciones vendrían a reemplazarlas. Sería una Biblia progresiva y cambiante, caminando con la humana experiencia y el destino humano...

Tal es mi sueño de una Biblia de la Civilización. ¿He conseguido, más o menos, haceros compartir mi visión de esta serie de cuatro o cinco tomos en todas las casas, en todas las vidas, de un extremo a otro del mundo, reuniendo las vidas e ideas e imaginaciones de los hombres en una red de frases familiares comunes y de comunes esperanzas determinadas?

¿Y es todo ello una simple charla ociosa, o algo que puede llevarse a cabo, algo que debe llevarse a cabo?

No sé lo que os parecerá a vosotros; pero a mí se me antoja que este libro de que os he hablado, esta Biblia de nuestra civilización, no es simplemente una posibilidad concebible, sino una grande

y urgente necesidad. Sin ella, nuestra educación, a mi juicio, es algo sin objeto, una cáscara vacía. Sin ella, nuestra vida social no tiene fin: somos una muchedumbre sin una común inteligencia. Únicamente por obra y gracia de algún instrumento unificador semejante creo podremos esperar sacar la vida humana de su curso actual hacia la confusión y el desastre.

Se trata, a mi entender, de una empresa que no admite demora.

Y que es perfectamente practicable.

La creación de una Biblia semejante; su impresión y su traducción, y una propaganda que la llevase a los hogares y a las escuelas de casi todo el mundo, creo podría llevarse a cabo por unos cuantos centenares de personas resueltas y capaces y con un coste de treinta o cuarenta millones de dólares. Suma mucho menor de la que los Estados Unidos—en un momento en que no tienen enemigo alguno que temer en todo el mundo—se disponen a gastar en la construcción de lo que es para ellos un gigante extravagante y enteramente superfluo: una gran marina de guerra.

Probablemente, casi seguro, no estaréis de acuerdo con muchas cosas de las que aquí os he expuesto. Permitidme os ruegue que hagáis lo posible por que ningún detalle de mi rápido bosquejo os prevenga en contra de la idea fundamen-

tal, esta añeja idea creadora del pedagogo de Bohemia, discípulo de Bacon y amigo de Milton, la idea de Komensky, la idea de crear y usar un libro común, un libro de conocimiento y de cordura, como base necesaria de toda perdurable unanimidad humana.



## VI

### EL MUNDO EN LA ESCUELA

Y ahora pasemos revista a ciertas evidencias de la organización pedagógica en nuestro mundo presente.

Debo confesar que, por lo que a mí respecta, soy una persona de instrucción muy deficiente; cosa que es para mí un perenne manantial de cuitas. Como todas las cosas buscan a sus semejantes, propóngome formular la cuestión de si el mundo entero no está muy deficientemente educado, y os advierto de antemano que estoy resuelto a contestarla afirmativamente.

Voy a tratar de la posibilidad de levantar considerablemente el nivel general docente, y consideraremos lo que esta elevación del nivel docente supondría para la vida humana.

Adoptaré para ello un tono vulgar y corriente, casi diríamos de hombre de negocios. Aplicaremos a la comunidad humana el mismo criterio, poco más o menos, que un industrial aplica a su fábrica. Su fábrica, como es lógico, tiene algún producto

especial, y cuando nuestro industrial se ocupe de sus negocios tratará siempre de indagar si obtiene la máxima cantidad de producción, si consigue la mejor calidad posible, si el coste de la producción no podría aún reducirse, y constantemente se preocupará de la conservación y mejora de su manufactura, ¿no es cierto?

Pues bien; la comunidad humana puede ser considerada como un establecimiento dedicado a la producción de la vida humana. Y puede ser juzgada muy principalmente teniendo en cuenta si la vida humana que produce es abundante y plena, intensa y hermosa.

La mayor parte de las pruebas que aplicamos a un Estado o una ciudad, una época o una nación, encontraréis que vienen a condensarse en estas preguntas:

¿Qué vida produjo?

¿Qué vida produce?

Ahora bien, hoy por hoy, no vacilo en declarar que la intervención de la comunidad en el producto bruto, o sea, en la vida, es, por decirlo así, casi nulo. Claro que desde tiempos de Platón, por lo menos, hasta la fecha se ha discutido la posibilidad de *criar* seres humanos como criamos caballos y perros. Hay una enorme cantidad de literatura eugénica, como decimos hoy. Pero toda la dejaré de lado en nuestra discusión presente, porque

no creo que nada de ello sea practicable en los momentos actuales.

Enteramente aparte de toda otra consideración, debemos tener en cuenta una absoluta diferencia entre la posible cría de seres humanos y la cría actual de caballos y perros. Criamos perros y caballos con un objetivo de uniformidad, para ciertos fines específicos muy limitados: celeridad, olfato, etcétera. Pero los seres humanos tendríamos que criarlos con un objetivo de variedad; no podemos especificar los fines particulares que necesitamos. Necesitamos estadistas y poetas, músicos y filósofos, y hombres célebres, y hombres fuertes, y hombres delicados, y hombres valientes. Las cualidades del uno serían la flaqueza del otro.

Realmente es una falsa analogía ésta entre la cría de hombres y la cría de caballos y perros. En el caso de los seres humanos necesitamos combinaciones de cualidades mucho más sutiles y delicadas. Para cualquier fin práctico no sabemos lo que necesitamos, ni sabemos tampoco cómo lograrlo. Dejemos, pues, el tema completamente fuera de nuestra discusión.

Igualmente propongo la exclusión de otra serie de tópicos—aunque sea sólo porque si no lo hacemos vamos a tener exceso de material para el corto tiempo de que disponemos. Vamos a omitir, pues, todas las cuestiones de salud y de bienestar

físico. Hay, como sabéis, una vasta literatura, ya en existencia, que se ocupa de la salud y bienestar del niño antes y después del nacimiento, y trata de la vida infantil, las condiciones sociales y la obra social encaminada a la producción de una Humanidad vigorosa. Voy a dar aquí por supuesto que todas estas cuestiones están ya resueltas, que todo marcha como sobre ruedas en este punto, y que no necesitamos preocuparnos ya de ello.

Esto despeja el campo y nos deja frente a frente con la vida mental de nuestra comunidad y sus individuos. Sobre ella me propongo concentrar la discusión.

El espíritu humano, en sus fases iniciales en una comunidad civilizada, pasa por un proceso que podríamos llamar *escolar*. Y en este término incluimos no sólo aquellas cosas que enseñamos a un futuro ciudadano en la escuela y al niño de la escuela, sino también algo en la naturaleza de una lección escolar que se efectúa por la madre o la institutriz o el preceptor en casa, o por los compañeros de juego y los camaradas de clase. De este proceso *escolar* se origina la vida mental en general. Es, por decirlo así, la base estructural de toda la educación y el pensamiento.

Ahora bien; ¿qué es esta escuela de hoy? ¿Qué está haciendo con el nuevo ser humano?

Recordemos lo que fué nuestra vida escolar.

Tendríamos que dividirla en dos partes perfectamente definidas. Aprendimos a leer y escribir, estudiamos gramática, el sistema del lenguaje, acaso los rudimentos de algunos otros idiomas que el propio; aprendimos un poco de aritmética, quizás otro poco de álgebra y de geometría, también algún dibujo. Todas estas cosas eran medios de expresión, modos de expresarnos a nosotros mismos, maneras de hacernos inteligibles a los demás y de comprender las expresiones de los demás. Tal fué la base y la substancia de nuestro aprendizaje escolar: una iniciación en la dilucidación espiritual y en la comunicación con el espíritu ajeno. Pero, a medida que avanzaba, también era algo más: aprendimos un poco de historia, un poco de geografía, los primeros elementos de la ciencia. Esta segunda parte de la educación no era tanto expresión como *sabiduría*. Aprendimos lo que generalmente se sabía sobre este mundo que nos rodea y su pasado. Entramos en el conocimiento común y las ideas comunes del mundo.

No hay que decir que esta enseñanza escolar es simplemente una especialización y una extensión de la función paternal.

En las edades primitivas de nuestra especie, el padre, y particularmente la madre, por un impulso instintivo y una necesidad práctica, corregían, mostraban y enseñaban, y el niño, con un instinto

de imitación y de docilidad, obedecía y aprendía. Y cuando la familia se desarrolló en tribu, y las funciones se especializaron, y el conocimiento se acrecentó y extendió, esta escuela primitiva de la madre fué completada y extendida por la enseñanza de los compañeros y las máximas e iniciaciones de los ancianos.

Pero puede asegurarse que hasta el desenvolvimiento de las civilizaciones primitivas, hasta que los misterios de la lectura y escritura empezaron a ser de importancia en la vida, la escuela, como tal escuela, no vino a la existencia. Y al extenderse la comunidad, los fines y alcance de la instrucción, como es natural, se extendieron también. La escuela, en realidad, es, y siempre ha sido, la expansión y desenvolvimiento del espíritu salvaje primitivo, que es aún todo lo que heredamos, para adaptarlo a las necesidades de una comunidad mayor. De la tosca materia prima que es nuestra base mental hace un ciudadano. Proceso de fusión necesario, si es que una comunidad civilizada quiere persistir. Sin un núcleo, por lo menos, de personas instruídas, capaces de comunicar sus ideas colectivas y de obrar en cooperación inteligente, ninguna comunidad podrá pasar de un simple grupo de familia.

Al extenderse, pues, la comunidad humana, tam-

bién tiene que extenderse la estructura de la escuela, a fin de guardar el paso.

Sobre este postulado quiero basar mi examen. De ser cierto, varias interesantísimas conclusiones se desprenderán de él.

Ya he mostrado en los precedentes capítulos que la esfera de acción del Estado moderno se ha decuplicado, por lo menos, en este siglo pasado, y que la escala de nuestra comunidad de intercambio ha aumentado en proporción. Quisiera ahora ver si los fines y alcance de la escuela se han desarrollado también proporcionalmente, bien sea con relación a la comunidad como un todo, bien con relación a una clase directora de la comunidad. Y no os ocultaré que voy a concluir que no ha habido tal desarrollo, y que un importante factor de nuestras perturbaciones presentes es el fracaso de la educación y del sistema educativo, su impotencia para hacer frente a las nuevas exigencias.

Ahora, debemos preguntarnos, ante todo, qué deseáramos que nuestro hijo o nuestra hija recibiesen en la escuela a fin de que llegasen a ser un ciudadano integral en este mundo moderno. Y, para simplificar la cuestión, no tomaré en consideración el aspecto de gastos, ni otras dificultades semejantes de orden práctico. Supondré que para la educación de este afortunado ciudadano cuyo caso estamos examinando contamos con medios ilimitados, con

los mejores maestros, los mejores aparatos y, en general, todas las condiciones favorables. Los únicos límites a la enseñanza de este joven ciudadano serán sus propias limitaciones. Y para ello suponemos un discípulo de inteligencia media.

Ante todo desearemos que nuestro discípulo entienda, hable, escriba y lea bien la lengua materna. Esto en inglés implica cierto conocimiento bastante profundo de la gramática latina y, por lo menos, algunos rudimentos de griego. Latín y griego, que están desapareciendo como asignaturas separadas y distintas en muchas escuelas, vuelven, en cambio, como elementos necesarios del curso de inglés.

Pero hoy no se puede vivir toda una vida con un solo idioma. El mundo se torna políglota. Aun cuando no pensemos vivir entre extranjeros, queremos leer sus libros y periódicos, y comprender y seguir su pensamiento. Pocos seríamos los que no nos alegrásemos de leer y hablar más idiomas, si pudiésemos hacerlo. Así, pues, consignaré como parte deseable de esta educación ideal que estamos planeando la enseñanza a fondo de dos o tres lenguas además de la materna. Estas lenguas adicionales podrían ser adquiridas con suma facilidad si las aprendiésemos como era debido. El medio más fácil de aprender un idioma es aprenderlo de niño. Muchos pueblos prósperos de Europa obli-



gan hoy a enseñar a sus niños dos o tres idiomas extranjeros, empleando institutrices extranjeras, que no les hablan mas que en la lengua extranjera. En muchos casos, lo que se llama sistema de la semana alterna prevalece. El aya es suiza, por ejemplo, y una semana habla sólo francés, y sólo alemán la semana siguiente. De esta manera puede conseguirse que los niños, a los ocho o nueve años, hablen de corrido y con un acento perfecto los tres idiomas.

Y si esto puede hacerse con algunos niños, igualmente podría hacerse con todos, a condición de que pudiésemos organizarlo eficazmente y encontrar las ayas o institutrices necesarias, o su equivalencia. Pero éste es punto que no he de profundizar. Me basta indicar aquí simplemente que la cosa es, por lo menos, posible.

Muchos niños, sin embargo, que habían empezado muy bien en sus casas con los idiomas, no pueden luego llevarlos adelante como es debido cuando entran en la escuela. Al menos, así ocurre en Inglaterra y en América. Y es que nuestras escuelas están tan mal organizadas, que es raro encontrar bien enseñado ni siquiera el francés, y rarísimo que se enseñen otros idiomas extranjeros que el francés y el alemán. Con frecuencia, los dos idiomas extranjeros son enseñados por maestros que emplean métodos distintos y una nomenclatura gra-

matical diferente de la usada al estudiar la lengua propia. Las clases se ven sobrecargadas de principiantes tardíos. Todo ello hace que el niño que aprendió idiomas de su aya pierda el tiempo en la escuela. Muchas veces el niño que sabe bien una lengua extranjera es un motivo de irritación para el maestro, bien por usar expresiones idiomáticas con las que el maestro no está familiarizado, bien por parecer reflexionar sobre la pronunciación del maestro. Estas son limitaciones de la escuela, y no del alumno. *Puestos los medios*, no hay razón para que no haya una rápida extensión del conocimiento de los idiomas y para que no se estudie en general el lenguaje. Podría escogerse alguna lengua eslava—el ruso o el checo—y hacerse una tentativa con alguna que no fuese del grupo ario—el árabe, por ejemplo.

*La Enseñanza de Idiomas*  
El objeto de la enseñanza de idiomas en un Estado civilizado es doble: proporcionar un conocimiento íntimo, completo, de la lengua materna y de ciertos idiomas claves. Pero si la enseñanza fuese sistemática y no se perdiera el tiempo, si la escuela prosiguiese la educación casera y fuese continua en vez de estar catastróficamente disociada, aún hay otro aspecto del aprendizaje de idiomas—hoy enteramente descuidado—que sería la adquisición *en esqueleto* de una porción de idiomas que se agrupan y engranan alrededor de las

lenguas matrices. Si al salir de la escuela un niño sabe inglés, francés y alemán perfectamente, pero ningún idioma más, aun será irremisiblemente un extraño en muchos países del mundo. Pero si, además, tiene un conocimiento esquemático del ruso y del árabe, o del turco y el indostánico— aunque sólo sea un esquema sumarísimo—, y si ha seguido algún curso de español en relación con su francés, o de sueco en relación con su alemán, tendrá entonces en sus manos la llave de casi todos los idiomas que pueda necesitar. Si no los tiene en la cabeza, los tiene al alcance de los dedos; con un buen diccionario y un poco de paciencia en seguida se adueñará de ellos.

Pensaréis que estoy trazando un círculo demasiado amplio y pidiendo prodigios lingüísticos; pero tened en cuenta que me encuentro aquí en mi terreno, que soy un maestro profesional y un estudiante de pedagogía y un padre celoso; sé cómo se pierden oportunidad y tiempo en las escuelas, y muy especialmente en la enseñanza de idiomas. Los idiomas no son cosas que existan en compartimientos estancos; cada uno ilumina al otro, y— a menos que se enseñen con estupefaciente imbecilidad— conduce a otros. Un niño puede adquirir el hábito políglota casi sin darse cuenta. Esta conquista creciente de los idiomas está y estaba

en la capacidad de casi todos los hombres del mundo, si se ponen los medios.

Y os ruego fijéis la atención en esta frase de “si se ponen los medios”.

Ahora volvámonos de este aspecto de los idiomas al resto de la enseñanza escolar. Una segunda división de nuestra escuela era la de las matemáticas, que, a su vez, venía a subdividirse en los tres compartimientos, más o menos estancos, de aritmética, álgebra y geometría. Nos metíamos en estos tres calabozos cerrados para emprender lo que—ahora me doy cuenta—era una lucha confusa, penosa y sin término por comprender la cantidad, la sucesión y la forma.

En todas estas materias, volviendo la vista hacia lo que me enseñaron, comparándolo con lo que sé ahora y comparando mi inteligencia con la de otros individuos más afortunados, no puedo menos de pensar que fuí realmente muy mal tratado. Y es muy flaco consuelo observar que casi nadie, que yo sepa, ha salido mejor librado.

Mi aritmética, por ejemplo, es muy mediana. Está infestada de descuñidos. Diréis que, probablemente, es falta de aptitud. En parte, sin duda; pero no por entero. ¿Qué es falta de aptitud? Mala y todo como es hoy mi aritmética, no es tan mala como cuando salí de la escuela. Al llegar a los veinte años hice una especie de pesquisa respecto a ella,

y encontré una porción de cosas. Encontré que me habían dejado contraer ciertos malos hábitos y vicios, como a casi todo el mundo. Por ejemplo: al leer una columna de cifras para sumarlas, pasaba de nueve a siete con toda seguridad y contaba diez y seis; pero si iba de siete a nueve, sentía una perversa inclinación a contar diez y ocho.

Este solo error me estropeaba una infinidad de adiciones. Había caído en este vicio, y—éste es mi punto—la escuela no tenía aparatos ni sistema con que descubrirlo. Me acostumburé a hacer mal mis sumas y me acostumburé a ser castigado—estúpidamente—, quedándome sin recreo. A pesar de que la cosa se repetía una y otra vez, no había investigación ni mejora. Nadie me sometió nunca a una prueba de sumas metódicas, que habría analizado mis errores y descubierto estos pecados de mi mala aritmética.

Y otra cosa que hacía defectuosa mi aritmética era una deficiencia visual. Mis dos ojos no tienen la misma extensión focal, y esto a menudo me ha inducido a error al leer una columna de cifras. Pero tampoco había nada en la escuela para descubrirlo, y sin descubrir se quedó.

Mis facultades geométricas son igualmente muy mediocres y rudimentarias. Claro que los elementos euclidianos siempre los he encontrado sencillos y comprensibles; pero en cuanto llegamos a la geo-

metría sólida—la intersección de una esfera por un cono, verbigracia, o algo por el estilo—soy hombre al agua. Mis malas costumbres, fomentadas por la escuela, me impidieron formarme un concepto exacto de las superficies implicadas.

También en esto, como en la enseñanza de los idiomas, apenas ninguno de nosotros ha sido convenientemente educado. Casi todos sufrimos de una falta de comprensión cuantitativa y de una imperfecta comprensión de la forma. Pocos hemos podido adquirir esa comprensión. Pocos hicimos nunca un uso apropiado de modelos, y casi todos tenemos unas manos muy torpes. *Puestos los medios*—y de nuevo os pido notéis el requisito—, *puestos los medios educativos*, la mayoría de nosotros sería, no sólo capaz de entenderse con la mayoría de los hombres en todo el mundo, sino que también tendría una concepción de la forma y de la cantidad mucho más sutil que la poseída por todos, con excepción de unos cuantos genios matemáticos y mecánicos de hoy día.

Lleguemos ahora a la tercera de las divisiones capitales de la enseñanza escolar. En nuestra escuela se hacía una tentativa para darnos una visión del mundo que nos rodea, y una visión de nuestro lugar en él, bajo los epígrafes de Historia y Geografía.

Imposible sería imaginar tentativa más feble.

La Historia y la Geografía que me inculcaron fueron, en cierto sentido, lo que mejor puede sustituir a un buen curso. Tan rematadamente malas eran, que me dejaron, sin lugar a dudas, la viva certidumbre de mi ignorancia. Así que, durante mi adolescencia, leí con verdadera avidez de una y de otra.

Dudo que en las escuelas inglesas sea mejor ahora la enseñanza de la Historia que lo era en mis tiempos; pero la Geografía sí ha progresado y mejorado, muy en gran parte debido a la vigorosa iniciativa del profesor Huxley, que reemplazó la monótona topografía de antaño por una vívida descripción del mundo, mezclando con ella una especie de *ciencia general de los elementos* bajo el nombre de Fisiografía. Estas materias, con la adición de un poco de Biología y Fisiología elementales, sirven ahora para dar a muchos niños en Inglaterra algo así como una visión general del mundo como un todo. Es preciso que hagamos ahora un esfuerzo paralelo con la enseñanza de la Historia.

Sobre esta cuestión de la enseñanza de la Historia confieso que soy un fanático. No puedo considerar una educación medio realizada siquiera mientras no se haya efectuado un examen lo suficientemente profundo de todo el pasado conocido, desde los comienzos de la crónica geológica hasta nuestros días. Hasta que esto se haya hecho no habrá

*La Historia*

# El emplazamiento de alumnos en el mundo.

sido el alumno *emplazado* en el mundo. Será incapaz de comprender sus relaciones con él y su papel en el inmenso diseño de las cosas. Por mucho que haya aprendido, será, en esencia, un terrible ignorante.

Dejadme ahora que recapitule estas exigencias que he formulado al proceso escolar, proceso de aprendizaje que comienza casi con los primeros pasos y que acaba, poco más o menos, a los diez y seis o diez y siete años. He exigido que comprendiese la posesión efectiva de tres o cuatro idiomas, incluyendo la lengua materna, y que se estudiasen, por decirlo así, en esqueleto, otros cuatro o cinco adicionales. He añadido las matemáticas, en un grado mucho más completo que el que hoy se acostumbra en nuestras escuelas. He pedido un profundo conocimiento de la Historia universal, un conocimiento general de las ciencias físicas y biológicas, y he indicado, casi sin una palabra de apología, el buen adiestramiento de manos y ojos por medio del dibujo y las labores manuales.

En lo que al alumno se refiere, afirmo que el proyecto es perfectamente viable. Puede llevarse a cabo, estoy convencido, con un alumno cualquiera de capacidad mediana, si se ponen los medios educativos necesarios para ello; cosa hoy que casi universalmente falta. Y no estará de más que examinemos la cuestión de por qué la falta de esos



No tenemos ni maestros ni escuelas

medios. Me gustaría saber por qué una clase numerosísima, por no decir la comunidad entera, no es educada en un nivel de vasta comprensión y capacidades plenamente desarrolladas, tales como la escuela que acabo de bosquejar supone.

El primer hecho evidente a cualquier padre que se haya fijado atentamente en la perspectiva pedagógica de su progenie; el primer hecho que debemos considerar es que no hay bastantes escuelas convenientemente habilitadas o provistas, ni mucho menos aún bastantes buenos maestros. No es descubrir ningún recóndito secreto declarar que apenas existe hoy en el mundo lo que se llama una escuela perfectamente habilitada; es decir, una escuela con todo el material y aparatos precisos, y sostenida suficientemente con un maestro inteligente y competente, un verdadero educador, vivaz y alerta en toda materia; tal, en fin, como se necesitaría para llevar a cabo esta educación ideal. Este es el primero y mayor obstáculo, la médula de nuestro problema presente. No podemos aún educar nuestra comunidad moderna con arreglo a todas sus posibilidades, porque aun no tenemos ni maestros ni escuelas.

Ahora bien: ¿es decisiva, inapelable, esta limitación?

Por un momento dejaré a un lado la cuestión de la posibilidad de más escuelas y mejor habilitadas.

Me ocuparé del proveimiento de maestros. Hasta el presente, ni siquiera hemos intentado conseguir buenos maestros; no ofrecemos al maestro ni una aproximación a un tipo de vida tolerable; los obligamos a arrastrar una existencia mezquina y llena de restricciones; los pagamos miserablemente; realmente, ni siquiera merecemos los malos maestros que tenemos. Pero aun suponiendo que ofreciésemos un salario razonable a los maestros, un sueldo de unas mil libras, poco más o menos, al año, y les concediésemos respeto y dignidad, no es seguro que lográsemos tantos como necesitaríamos—con arreglo a los métodos hoy en vigor—para proveer estas escuelas ideales, a que concurriría casi toda nuestra población o, por lo menos, una gran parte de ella.

Y observad el nuevo requisito que se ha deslizado en este pasaje, ese “con arreglo a los métodos hoy en vigor”.

Pues debéis tener en cuenta que no es sólo una cuestión de salario lo que hace al maestro. El maestro nace y no se hace. Enseñar bien requiere un temperamento peculiar y muy singulares aptitudes. Dudo mucho de que, aun pudiendo asegurar los servicios de todo sér humano que tuviese los dones naturales del buen maestro, aun pudiendo no tener en cuenta la cuestión de coste y de retribución, dudo mucho de que aun entonces consiguieseis dis-

poner de los servicios de más de un maestro pasadero por cada cien niños y de más de un maestro realmente inspirado y estimulante por cada quinientos. Claro que podríais obtener un maestro corriente por cada veintena o hasta docena de niños, una persona del montón capaz de enseñar unas cuantas cosas sencillas; pero estoy hablando ahora de buenos maestros, con la sutileza mental, la simpatía y la devoción necesarias para enseñar eficazmente con arreglo a los métodos individualistas hoy en uso. Y puesto que, *con arreglo a los métodos hoy en uso*, sólo podéis esperar resultados completamente satisfactorios con un maestro por cada veintena, lo más, de discípulos, y ya que es improbable podamos nunca disponer de los servicios de más de una décima parte de la gente que podría enseñar bien, parece como si nos estrellásemos aquí contra un obstáculo insuperable.

La idea de esta dificultad es de lo que yo quisiera nos penetrásemos. Yo soy un antiguo y maduro pedagogo; la mayor parte de mis primeros escritos, ocultos andan en el anónimo de los periódicos pedagógicos londinenses de hace un cuarto de siglo, y mi conocimiento de la literatura pedagógica es bastante extenso. Conozco en particular la literatura de la reforma pedagógica. Y no recuerdo haber encontrado nunca en ella el reconocimiento de esta dificultad fundamental en el curso del des-

envolvimiento educativo. La literatura de la reforma pedagógica continuamente está imaginando padres de ilimitada inteligencia, amor y recursos, maestros de ilimitada energía y capacidad. Y esto es justamente lo que no hemos tenido ni podemos esperar tener nunca.

Los reformadores pedagógicos parecen siempre considerar la educación desde el punto de vista de la empresa escolar individual y del alumno individual, y casi nunca desde el punto de vista de una función pública que se ocupa de la comunidad como un todo. Para todos los fines prácticos esto convierte en papel mojado una gran porción de la literatura pedagógica. Esta literatura, el lector encontrará se halla invadida por ciertas ideas fijas. Hay una especie de objeción establecida contra toda *mecanización* de la enseñanza. Continualmente nos dicen que no debe de haber sílabo alguno de instrucción, ni exámenes, ni inspecciones, ni libros de texto obligatorios, ni diagramas, porque todo ello limita el genio del maestro. Y esto se sigue sosteniendo con una bendita y soberana indiferencia hacia el hecho de que en novecientos noventa y nueve casos de los mil el tal genio del maestro no exista, ni pueda existir. Y también hacia el hecho de que esta cuestión de la enseñanza elemental haya sido, en su esencia, retocada una y otra vez durante miles de millones de veces. Ahora bien: el mismo campo habría que

dejar al genio y la originalidad en la enseñanza ordinaria que se deja al genio y la originalidad de la gallina para que ponga su huevo cotidiano.

Estos pedagogos idealistas continuamente están descuidando el problema fundamental de la organización pedagógica, el problema de la economía, economía de la cosa más preciosa de todas: la *energía educativa*. Es el problema de extender al maestro competente sobre el mayor número posible de alumnos, y esto sólo puede hacerse por los mismos métodos de economía que se practican en todas las demás producciones en gran escala: fijando de una vez lo que merece ser fijado, y empleando todos los inventos y artificios que pueden ahorrar tiempo y trabajo y todos los sustitutivos posibles del esfuerzo humano, no con el fin de prescindir de la originalidad y la iniciativa, sino con el fin de conservarlas para su aplicación en los puntos de su máxima eficiencia.

Decía hace un momento que es característica de la literatura pedagógica más *avanzada* la indiferencia por las posibilidades de una vasta organización y de la economía asociada de sus esfuerzos. Si las examináis atentamente, veréis esa indiferencia actuando hasta sus naturales consecuencias en lo que hoy llaman escuelas "avanzadas" los padres celosos de una buena instrucción para sus hijos. Veréis cómo esos lugares, a menudo muy pintores-

cos y amenos, rara vez son lo bastante prósperos para mantener más de uno o dos buenos maestros. El resto de la plana mayor no resistiría el escrutinio. Encontraréis estas escuelas decoradas con atractivos diagramas dibujados por los maestros, y modelos y aparatos sumamente originales fabricados por los maestros; pero si miráis más de cerca en ello o consultáis a un alumno inteligente, os encontraréis con que nunca hay suficientes diagramas y aparatos para el curso completo. Y si apuraseis la materia, veríais que los maestros no tuvieron tiempo de fabricarlos. Y que nunca lo tendrán. No hay escuela, por rica y próspera que sea y por entusiásticamente regentada que esté, que pueda esperar fabricarse ella misma todas las instalaciones y diagramas y aparatos que se necesitan para una educación moderna plenamente eficaz, tal como la que hemos apuntado. Sería como si un hombre atareado ya en su profesión tuviese también la pretensión de fabricarse él mismo, con las primeras materias, los trajes, sombreros y zapatos de su uso.

Supongo que ya empezaréis a ver el fin hacia el cual me encamino, a saber: que si el nivel general de la educación debe elevarse en nuestras comunidades modernas, y si debe difundirse por todas ellas una instrucción mejor, es preciso reorganizar la educación en el mundo con arreglo a líneas mu-

cho más atrevidas, eficaces y económicas. Nuestras facultades, en lo que hace al número de buenos maestros que podemos conseguir en la organización pedagógica, están inexorablemente limitadas, como también lo estamos respecto a la calidad de nuestra profesión educativa; pero, en cambio, no lo estamos en lo que atañe a la habilitación de las escuelas y la organización sistemática de los métodos e instrumentos de enseñanza.

Y éste es el punto que desearía particularmente explayar ahora.

Pensad en la escuela corriente: un simple edificio vacío, de ladrillo, con unas cuantas perchas, un mapa anticuado, media docena de vaciados, unos cuantos centenares de libros pingajosos, un encerrado y algún que otro aparato de física roto; pensad un instante en esta mugrienta insuficiencia. En un lugar así, el mejor maestro necesita malgastar las tres cuartas partes de sus energías. En un lugar así, maestros y alumnos se entrevistan principalmente con el fin de hacerse perder el tiempo unos a otros. Este es el punto primero y principal en que poder restañar la pérdida de energías pedagógicas que hoy se lleva a cabo. En todo el mundo, actualmente, las escuelas son fundadas y guarnecidas por un particular o por una autoridad local, en una ignorancia, más o menos completa, de las posibilidades pedagógicas, en una incoherencia más

Las lecciones deben ser  
estereotipadas

o menos completa, sin la ayuda ni economía que provienen de una producción en masa y centralizada. Imaginemos ahora lo que podríamos tener en lugar de esta escuela típica de hoy día.

Dejadme primero sugerir que toda escuela debería tener una biblioteca completa de apuntes de clase, bien claros y explícitos, cuidadosamente escogidos y clasificados. Todos los temas escolares corrientes han sido explicados millones y millones de veces. Pocas personas me parece se dan cuenta de esto, y menos aún de las consecuencias lógicas de esto. La inteligencia humana viene a ser casi la misma en todas partes, y el mejor medio de enseñar cualquier tema escolar corriente, la mejor lección posible y la mejor sucesión posible de lecciones deberían haber sido perfeccionados hasta su último extremo y estereotipados definitivamente para su empleo en lo sucesivo. Sin embargo, si vais hoy a una escuela cualquiera, de cien casos, en noventa y nueve os encontraréis con un maestrillo inexperto y mal preparado, improvisando y zurciendo una lección como si fuera la primera vez que se da en el mundo. Sin notas ni diagramas a propósito, desenvolverá a trompicones su disertación, sin más prueba que unos cuantos rasguños en el encerado, interrumpido por las preguntas desatinadas de los alumnos. ¡Qué absurdo todo ello!

Y detrás de este repertorio completo de buenos



Standardizing schools  
maternal

apuntes de clase, que servirían de base al maestro para explicar su lección, vendría algo que no existe todavía en ninguna, debiendo existir en todas: una colección de varios miles de grabados y diagramas, exactamente ordenados y distribuídos; un abasto copioso de mapas, paisajes, fotografías de ciudades, etc., para la enseñanza de la Geografía, diagramas y tablas para las demás ciencias, y así sucesivamente. Debéis tener en cuenta que si las escuelas del mundo fuesen concebidas en su conjunto y organizadas como un todo, estas cosas podrían producirse al por mayor, a un coste incomparablemente más reducido que el actual. No hay razón ninguna para que el menaje y la habilitación de las escuelas no constituyese un mercado mundial. Una lección de geografía de Suecia requiere exactamente los mismos mapas, las mismas ilustraciones de paisajes, ciudades, tipos locales, etc., que la den en China o que la den en Londres, Marruecos o el Perú. No hay razón para que estos grabados y mapas no fueran tirados con los mismos clichés y distribuídos por el mismo Centro en todas las escuelas del mundo. Si el Gobierno de cualquier país tuviese la decisión y la inteligencia de afrontar la cuestión y fabricar un buen repertorio de apuntes y diagramas para el uso de sus propias escuelas, es más que probable que se resarciese de

su desembolso dominando los mercados de mapas y diagramas del resto del mundo.

Además de esta colección completa y manuable de grabados y diagramas, que el maestro podría repasar, con los apuntes correspondientes, cinco minutos antes de dar la clase, nuestra escuela estaría provista de numerosos gramófonos. Estos gramófonos serían empleados, no sólo para suministrar música con que hacer los ejercicios gimnásticos, y para el estudio analítico de la Música, sino para la enseñanza de los idiomas. En lugar de pretender el maestro, como habitualmente pretende ahora, conocer a fondo el idioma extranjero que explica, y que en realidad apenas si chapurrea, sería el honrado auxiliar del verdadero instrumento de enseñanza: el gramófono.

También en esto se trata de grandes procedimientos, o nada; un nuevo caso de producción al por mayor. Una producción de discos fonográficos para la enseñanza de los idiomas en todo el mundo reduciría de tal modo su coste, que todas las escuelas podrían sin dificultad ser habilitadas con un surtido completo de ellos. Durante el primer año del estudio de cada idioma, por lo menos, se tendría así el acento y la entonación justas. Y en todos los países del mundo sería cada idioma enseñado con el mismo acento y la misma cantidad e iguales modismos; cosa, en verdad, que sería muy de desear.

Ahora, dejadme pasar a otro requisito de esa escuela eficiente que nuestra organización pedagógica tiene aún que descubrir: el empleo del cinematógrafo. Yo no me contentaría con menos de media docena de proyectores en cada escuela, con sus correspondientes colecciones de cintas. Las posibilidades de ciertas ramas de la enseñanza han sido completamente revolucionadas por el cinematógrafo.

En casi todas las escuelas actuales encontraréis una porción de aparatos científicos, más o menos estropeados y fuera de uso, que se supone sirven para la demostración de los principios elementales de la Química y la Física. La gente cree que los maestros de las ciencias susodichas—y ya hacen lo que pueden con el tiempo, la destreza y el material de que disponen—perpetran maravillosas manifestaciones experimentales con esta deteriorada cacharrería. ¡Ay! Casi todos podemos recordar las tristes realidades de estos experimentos. La función suponía dos o tres horas para prepararse, una hora para cumplirse y casi otra para, como si dijéramos, “levantar la mesa”; era difícil de seguir, imposible de repetir, generalmente salía mal, y casi invariablemente el maestro se enfurecía.

Estas demostraciones prácticas solían tener lugar en el entusiasmo inicial del curso. Con el transcurrir de las semanas, se iba renunciando callada-

mente a esta vanidad de la enseñanza práctica, y volvíamos a cebar nuestra ciencia con el libro de texto.

Así es como van aún las cosas en nuestras escuelas. ¿Sería mucho pedir que todo este *bric-a-brac* de alacena se tire por la ventana? Todas las demostraciones experimentales que los maestros de ciencias requiriesen en lo futuro deberían ejecutarse, una vez por todas, delante de un objetivo cinematográfico. Podríais coger al mejor y más diestro profesor del mundo, y hacerle operar con el mejor aparato, a la mejor luz; todo lo que fuera muy diminuto o muy sutil podríais ampliarlo o repetirlo desde otro punto de vista; todo lo que fuera complicado podríais retardarlo a voluntad al proyectar la cinta; podríais mostrar la operación a una milla o a seis pulgadas de distancia; y todo lo que el maestro tendría entonces que hacer sería gastar cinco minutos escogiendo la película que necesitase, diez minutos en leer o releer los correspondientes apuntes, y luego podría proyectar la cinta, dar la clase, preguntar a los alumnos, ver qué es lo que comprenden y lo que no comprenden, proyectar de nuevo la cinta para un segundo escrutinio y presentar para el estudio subsiguiente de la clase el vasto repertorio de diagramas y grabados que se necesitasen para fijar la lección. ¿Podría haber

comparación entre la eficacia pedagógica de uno y otro método?

Creo que os he mostrado que es posible ya crear—y que el mundo necesita urgentemente que la creemos—una especie nueva de escuela, una escuela arquetipo, una escuela ricamente provista de aparatos modernos y que economice el esfuerzo de la enseñanza hasta un punto ni soñado hoy; en que, de un extremo a otro del mundo, puedan explicarse las mismas lecciones estereotipadas, que irían educando paralelamente a la infancia de toda la Tierra.

Ya sé que al deciros esto desafío algunos de los dengues más populares de la gente culta. Sé que muchas personas se contorcerán con un elegante gesto de horror a la idea de la misma lección explicada en idénticos términos en todas las escuelas del mundo. Sí; algo monótono suena. Despojará al mundo de variedad... etc., etc. Pero, en realidad, no tendrá nada de monótono. Esta lección será nueva y fresca y excelente a todo alumno que la reciba. Y tened en cuenta que, con arreglo a nuestra hipótesis, será la mejor forma y disposición posibles de esa lección. Sustituirá una lección simulada o nula. Hay en el aprender, como en todas las cosas esenciales de la vida, una eterna frescura. No resultará más monótono que el cumplir los siete años o que enamorarse por vez primera.

Y en cuanto a la variedad, confieso que no me preocupa toda la variedad de ignorancia y de incomprensión que quedará desterrada del mundo. El Sol brilla sobre toda la Tierra, y es el mismo Sol. Aún tendrían que convencerme de que nuestro planeta resultaría más vario e interesante si lo alumbrasen doscientos o trescientos focos vacilantes, espasmódicos y de colores distintos, proyectados en todas direcciones. Yo abogo por una clara luz blanca de educación, que vaya iluminando, como el Sol, toda la redondez de la Tierra.

Habréis visto que en todo esto estoy aspirando, por decirlo así, a escuelas sindicadas, a apuntes de clase sindicados y, en cuanto se refiere al equipo escolar, a producción en gran escala. Me gustaría ver ocurrir con las escuelas lo que ya ha sucedido con muchas tiendas al por menor. En lugar de escuelas pequeñas y mal equipadas, regentada cada una por su propio maestro y comprando sus libros y diagramas a precios altos, desearía ver una gran organización central, que emplease maestros de genio, trabajando en consulta y colaboración y produciendo apuntes de clase, diagramas, películas, discos fonográficos; todo ello, barato, abundante, en gran escala, para una nación o un grupo de naciones, o, si lo preferís, para el mundo entero, lo mismo que América produce relojes y despertadores y automóviles económicos para el mundo entero. Y

querría ver las escuelas del mundo regentadas, en cuanto a la administración intelectual se refiere, no por Juntas locales, sino por este *organismo central*.

Sólo por medio de esta reorganización de la escuela, ajustada a las líneas de una gran producción, podemos esperar llevar una comunidad civilizada a un nivel de educación marcadamente superior al nivel existente.

Pero si pudiésemos economizar así energía pedagógica—si hiciésemos de nuestros grandes maestros, por el empleo de los aparatos modernos, maestros, no de puñados, sino de millones; si insistiésemos en la aplicación universal de los métodos de enseñanza mejores y más eficaces, lo mismo que insistimos en los métodos mejores y más eficaces de tracción urbana y de alumbrado público—, entonces creo que sería posible construir la civilización de los años venideros sobre una base de preparación mental incomparablemente más firme y más honda que cuanto hoy conocemos.

*J. The International  
Students Bureau.*

## VII

### COLEGIO, PERIODICO Y LIBRO

Pasemos ahora a las subsiguientes etapas de la educación.

El proceso escolar es una fase natural en el desenvolvimiento humano, es nuestra elaboración del natural aprendizaje de la infancia y de la adolescencia. Antes de existir escuelas ya había enseñanza escolar; ya la había antes de la Humanidad. Yo, por mi parte, más de una vez he visto a las gatas educando a sus gatitos. La escuela es una parte de ser niño. Y crecemos; y llega así un tiempo en que la escuela se ha acabado, en que el proceso de preparación hace lugar a una creciente participación en las actividades y decisiones de la vida adulta.

Sin embargo, para nosotros la educación no ha acabado.

Supongo que el salvaje, o el bárbaro, o el labriego, en cualquier parte del mundo, o el hombre ineducado en todos los países, se os reiría en las bar-



bas si fueseis a decirle que el hombre hecho y derecho debe continuar aprendiendo. Pero en nuestro mundo moderno—y me refiero al mundo más o menos civilizado de los últimos veinticinco siglos—ha brotado una nueva idea—nueva en el sentido de que contradice la concepción de la vida de la Humanidad primitiva y de la mayoría de los demás seres vivos—, y esta es *la idea de que el hombre tiene que continuar aprendiendo hasta el fin de su vida*. Lo que más separa al hombre moderno de todos los animales es el poder en su vida adulta darse cuenta de que aún le queda algo por investigar y más sabiduría por adquirir.

No conozco bastante la Historia para deciros con cierta seguridad cuándo el hombre adulto, en vez de aplicarse exclusivamente a los negocios de la vida, continuó dedicándose a aprender, aplicándose a una prolongación deliberada de lo que es para todos los demás animales un período de adolescencia. Pero en los tiempos de Buda, en la India, y de Confucio, en China, y en las escuelas filosóficas del mundo griego, la cosa era perfectamente conocida y practicada hace unos veintiséis siglos, poco más o menos.

Algo de esto pudo también ocurrir en los templos de Egipto o Samaria veinte siglos antes. No lo sé. Eso debéis preguntarlo a una autoridad tan definitiva sobre la materia como el profesor Breasted.

Quizás hace ya cincuenta o cien siglos que los hombres, aunque llegados a la plenitud, intentaron seguir aprendiendo.

La idea de la educación de los adultos se ha extendido desde entonces. Supongo que hoy la mayor parte de la gente culta estará conforme en que mientras vivimos aprendemos y debemos aprender; debemos desarrollar nuestras ideas y ampliarlas, y corregirlas, y transformarlas.

Pero aun hoy encontraréis gentes ajenas todavía a esta concepción. Hasta encontraréis maestros y médicos y hombres de negocios convencidos de que a los veinticinco o treinta años ya habían aprendido todo lo que tenían que aprender. Realmente, hasta hace muy poco no ha pasado esta idea de una clase especial e invadido, por decirlo así, el mundo: la idea de que todos los hombres son estudiantes vitalicios y de que el mundo entero es una especie de Universidad para los que han pasado de la fase escolar.

La causa de que su propagación haya sido reciente es que en años recientes el mundo ha cambiado tan de prisa que la idea de asentarse para toda la vida nos huyó del pensamiento, reemplazándola una nueva comprensión de la necesidad de una adaptación continua al fin mismo de nuestros días. De nada sirve asentarse en un mundo que, por su parte, se niega a ello.

Pero hasta ahora, antes de que estas nuevas ideas empezasen a difundirse por nuestra comunidad, la mayoría de los hombres y de las mujeres *asentábanse* definitivamente. A los doce, o los quince, o los veinte, decidían poner punto final a su aprendizaje. Sólo una clase rara y excepcional se pasaba estudiando toda la vida. La escena y el campo de la enseñanza en nuestras comunidades occidentales fué hasta ahora la Universidad. Esencialmente, la Universidad es y ha sido una organización de aprendizaje adulto muy distinto del aprendizaje preparatorio de la adolescencia.

Pero entre la fase de la escuela y la fase de la educación adulta hay una jornada intermedia.

En Escocia y en América se distingue claramente esta jornada con el nombre de *colegio*. Pero en Inglaterra, donde no pensamos con tanta claridad, esta fase del colegio se mezcla y confunde en parte con la escuela y en parte con la Universidad. No se separa tan definitivamente del período de preparación general que la precede ni del período de libre especulación intelectual que la sigue.

Ahora bien: ¿qué añadiría el colegio a esa base de la escuela que ya hemos apuntado? En la práctica encontramos una buena parte de estudios técnicos en esta fase del colegio. El leguleyo en capullo empieza a leer leyes, el médico inicia sus estudios profesionales, el futuro ingeniero se hace un

técnico y el comerciante en ciernes se aplica, o debiera aplicarse, al estudio de los grandes movimientos del comercio y del sistema y organización de los negocios.

Como sustituto del colegio para aquellos que no pueden ir a él, tenemos ahora en todos los países civilizados la escuela superior nocturna, la escuela técnica nocturna y los talleres nocturnos.

Pero por importantes que sean estos servicios desde el punto de vista utilitario, no son el *alma*, no son el verdadero significado del colegio.

El alma del colegio, su valor más esencial, es que es una especie de pausa preparatoria y una inspección de todo el anfiteatro de la vida. Es el concomitante educacional de la adolescencia.

El adolescente empieza a pensar por sí mismo, y la educación del colegio es esencialmente la que suministra los estímulos y el material de este proceso.

En el colegio fué donde casi todos nosotros nos formamos nuestra religión e hicimos de ella algo real. Entonces fué cuando nos empezamos a dar cuenta de las ideas políticas y sociales, cuando nos sentimos vivos a la literatura y al arte, cuando comenzamos la empresa deleitosa y desesperante de encontrarnos a nosotros mismos.

Y creo que la mayoría estaremos conformes, al volver la vista atrás, en que la cosa más real de nuestra vida de colegio no eran las clases ni las

conferencias—pues gran parte de ello hubiera podido llevarse a cabo en el período escolar—, sino los argumentos de nuestras controversias entre alumnos, las discusiones que irrumpían en el aula o en el laboratorio, las charlas en nuestros cuartos sobre Dios y la religión, el Estado y la libertad, arte y literatura, y toda posible e imposible relación social.

Ahora bien: además de todo esto, yo tuve, en mi propia fase de colegio, algo del mismo género, pero mejor.

He hablado de mí mismo como de un hombre de educación deficiente. Mi escuela, en efecto, fué lamentable; pero, en cambio, y como providencial compensación, mi colegio fué excepcionalmente bueno. Mi escuela acabó cuando cumplí los trece. Mi padre, que era un jugador profesional de "cricket", murió destrozado en un accidente y yo tuve que pasar tres horribles años de dependiente en una tienda. Luego cambió mi suerte, y me encontré estudiando con uno de los más grandes maestros de su tiempo, el profesor Huxley. Seguí durante un año en el Real Colegio de Ciencias, de Londres, su gran curso de Zoología, y trabajé otro año y medio con un excelente, pero poco estimulante, profesor, Mr. Judd, el geólogo. También estudié Física y Astronomía. En total, hice tres años completos de ciencias. Y la enseñanza de la Biología,

en aquel tiempo, tal como Huxley la había planeado, era un estudio continuo, sistemático y extensivo de la vida, de las formas y apariencias de la vida, de las modalidades y actividades de la vida, del horizonte pasado y presente de la vida. Era un tremendo ejercicio en la criba de la realidad y el examen de las apariencias.

Todos los hombres, imagino, propenden a inclinarse en favor del método empleado en su propia educación. No obstante, diré que, a mi juicio, aquellos tres años de trabajo fueron realmente educativos y me dieron una visión del universo como un todo y una disciplina y una fuerza muy superiores a cuantos cursos he tenido ocasión de presenciar después.

A tal punto creo en la necesidad de un eje biológico en la fase docente del colegio, que he tenido buen cuidado de asegurarlo a mis hijos y he hecho todo lo posible por ganar prosélitos en Inglaterra. Sin embargo, por importante que esta obra formal del colegio fuese para mí, me parece que la otra parte informal de nuestra vida en él —las charlas, los debates, la discusión, las escapadas a Londres para asistir a grandes reuniones políticas, para oír a William Morris hablar del Socialismo; a Auberon Herbert, del Individualismo; a Gladstone, de la autonomía irlandesa, o a Bradlaugh sobre el ateísmo, pues tales eran las lum-

breras de mis lejanos días estudiantiles—, me parece, repito, que todo ello venía a ser de una importancia análoga.

Si la escuela es un ejercicio de expresión y comunicación, el colegio es, en su esencia, la fundación de las convicciones. Y, a fin de que puedan fundarse clara y sólidamente, es necesario que el sér humano, hombre o mujer, en desarrollo, pueda oír todas las opiniones posibles y ver la medalla de la verdad por el anverso y el reverso.

Y aquí corresponde formular de nuevo las mismas preguntas que formulamos sobre la escuela.

¿El colegio, en nuestro actual sistema pedagógico, ha logrado su máxima eficacia posible? ¿Y no podrían ampliarse sus límites actuales, hasta que alcanzasen prácticamente a toda la adolescencia de la comunidad?

Dejadme examinar primero la primera de estas cuestiones.

¿No podríamos hacer mucho más de lo que hacemos para poner claramente las graves consecuencias de varios problemas vulgares y corrientes al alcance de nuestros estudiantes de este segundo período educativo?

Por ejemplo: hay en pie una vasta discusión sobre las cuestiones que se relacionan con la Propiedad, sus derechos y sus limitaciones. Hay una gran literatura de Socialismo colectivista y Socia-

lismo gremial y Comunismo. De todo ello debería estar enterada nuestra juventud. Son cuestiones urgentísimas; nuestros hijos e hijas tendrán que enfrentarse con ellas en cuanto salgan del colegio. Tendrán que formarse sobre ellas opiniones militantes, y tendrán que saber, no sólo lo que ellos creen, sino si nuestros asuntos públicos corren el riesgo de degenerar en conflictos mezquinos, obstinados e irremediables de secuaces prevenidos, y tendrán también que saber lo que creen las demás personas cuyas convicciones son distintas de las propias.

Acaso queráis mantener en secreto estas cosas. Muchas personas de edad así lo intentan. Pero, desde luego, os aseguro que fracasaríais.

Todos nuestros estudiantes inteligentes insistirán en enterarse lo que puedan de estas discusiones y en formar opiniones por sí mismos. Y si el colegio no les da los libros representativos, una relación justa de hechos e ideas y alguna guía a través del laberinto de estas cuestiones, quiere decir simplemente que ellos se procurarán unos cuantos libros de un modo clandestino o provocativo y que se formarán opiniones parciales y apasionadas.

Otra gran serie de cuestiones sobre las cuales el adolescente quiere juzgar por sí mismo, y debería juzgar por sí mismo, son las cuestiones religiosas.



Y un tercer grupo son las que determinan los principios de conducta sexual.

Ya sé que en todas estas materias, de un lado y otro del Atlántico, hay empeñada una gran batalla entre dogma y secreto, de una parte, y pública discusión, de otra.

Sobre el resultado de la contienda no tengo la menor duda. Hasta de imaginar me parece un poco fuerte el triunfo de la primera alternativa.

Durante el período de la escuela, el niño es más delicado, necesita ser protegido, no se le exigen juicios e iniciativas, y puede ser guardado bajo limitaciones mentales. No me preocupa gran cosa cómo excluiréis o elegiréis la lectura y charla y pensamiento del escolar. Pero me parece que con la adolescencia viene el derecho al conocimiento y el derecho al juicio. Y que la *misión* y el *deber* del colegio es dar fundamentos de opinión y dejar que el estudiante se pasee en torno de ellos y los vea desde todos los puntos de vista.

Ahora bien: ¿cómo debe hacerse esto?

Yo me atrevo a sugerir que para empezar abramos de par en par nuestros colegios a todas las propagandas. Aún hay una tendencia general en ambas orillas del Atlántico a tratar la propaganda como una infección. No lo es para el adolescente, sino, antes bien, una droga estimulante.

Permitidme que ponga por ejemplo mi propio

caso. Yo soy de origen protestante y con una disposición de espíritu protestante. Pero esto no impide que sea para mí una causa de verdadero disgusto el que no haya ninguna buena propaganda católica romana en el colegio a que asisten mis hijos. Me gustaría ver a la vieja Madre Iglesia dando a mis hijos cuenta de sí misma y de la parte que ha desempeñado en la historia del mundo, diciéndoles lo que representa y lo que reclama, dándoles su propia interpretación de la Misa. Todas estas cosas están entretreídas con nuestro pasado; son una parte de nosotros. No me gusta que entren mis hijos en una iglesia y miren con ojos de extranjero hacia el altar.

Y junto a esta propaganda católica me gustaría oyesen una interpretación de los orígenes religiosos y la historia de la Iglesia por algún etnólogo escéptico o no católico, que también se vería en completa libertad de narrar su historia y deducir sus conclusiones.

Pero os encontraréis con que la mayoría de los colegios y Sociedades pedagógicas vedan la enseñanza y la discusión religiosas. ¿Qué es lo que se figurarán estar educando? ¿Alguna delicada especie de reclusas... o bien hombres y mujeres?

Lo mismo ocurre con la discusión del bolchevismo. Yo no sé cómo están las cosas en América; pero en Inglaterra ha habido una tentativa ridícu-

la para suprimir la propaganda bolchevique. Yo he visto bastante propaganda bolchevique, y la verdad es que no es un género muy convincente. Pero suprimiéndola, confiscando la Policía sus libros y papeles, lo ha revestido de una cualidad de misterio romántico y enorme significación. Nuestros mocitos y doncellitas, especialmente los más brillantes y más imaginativos, se dan a pensar, con bastante lógica, que debe ser algo portentoso para agitar de ese modo a las autoridades.

Es más: en nuestras Universidades se ha incitado a los tipos más rústicos y brutales de estudiantes a agredir, y casi exterminar, a los sospechosos de tales lecturas. Esto acaba de dar a la cosa una alta fascinación intelectual.

El resultado es que todos los alumnos de los colegios ingleses, con una chispa de iniciativa mental y de respeto a sí mismos, se sienten anhelosos de abrazar la doctrina bolchevique. Creen en Lenin... porque les han impedido leerlo. Los humildes colectivistas, como yo, no tienen la menor probabilidad de éxito con ellos.

¿Os dais cuenta, pues, de mi concepción del colegio? Su espina dorsal, por decirlo así, sería el estudio de la Biología, y su substancia el trillado de las cuestiones candentes del día.

Acaso objetéis a esto que estoy proponiendo la supresión definitiva de esa disciplina en Filosofía

clásica, que es aún proclamada como la forma más alta del *colegio* en el mundo, y, sin duda, me acusaréis del deseo de enterrar y olvidar a Aristóteles y Platón, a Heráclito, Lucrecio, etc., etc.

Pero os aseguro que no abrigo tal deseo; por lo menos, respecto a *aquello que aún está vivo en sus obras*. En aquello en que su pensamiento esté aún vivo, esos hombres participarán en la discusión actual de las cuestiones del día. Si no son más que antiguos y muertos, dejémoslos sepultos y abandonados al excavador arqueológico. Si todavía son modernos y vivos, os desafío a que los enterréis, si estáis discutiendo cuestiones contemporáneas de un modo honrado y total. Pero no los persigáis; todavía hay inmortales modernos en las sombras de un idioma olvidado. No hagáis de ellos una superstición. Que sean ellos los que os persigan. O son inevitables, si vuestras cuestiones actuales son plenamente discutidas, o no vienen a cuento, y de nada sirven. Que hay una sabiduría y una belleza en los clásicos, incomunicable a todo idioma moderno, que desde luego no ennoblece ni fortifica, pero que, sin embargo, es de un valor supremo, es una de tantas majaderías caras al humanista de segunda clase, pero sin sentido para el resto de los seres humanos. Y no os cansaré más con esta clase de afectaciones.

Esta enseñanza del colegio que os he bosquejado

trascendería, además, insensiblemente, en las condiciones modernas, a las actividades mentales del adulto.

Al mismo tiempo, como he dicho, habría que proceder con la enseñanza técnica especial de cada individuo. Este podría prepararse simultáneamente para una vida de industrialismo, de comercio, de ingeniería, agricultura, medicina, administración, pedagogía, etc. Y lo mismo el hombre que la mujer. Ese también es un proceso, en este mudable mundo nuestro, que nunca podrá considerarse concluso. Ninguna de estas actividades de colegio llegará nunca, realmente, a un término. Toda la vida deberán el hombre y la mujer pasársela en confirmar, fijar y modificar sus opiniones generales, y acrecentando conscientemente su conocimiento y su potencia técnica.

Y vengamos ahora al segundo problema que abrimos, en conexión con la enseñanza del colegio: el problema de su extensión.

¿Podemos, realmente, hacerla extensiva a toda o casi toda una población moderna?

Si la consideramos en términos de edificios escolares, aulas, profesores, etc., no creo podamos. También aquí, como en el caso de la escuela, tenemos que suscitar el descuidado problema—descuidado en cuanto a la educación se refiere—de la economía del esfuerzo, y debemos considerar una

vez más las nuevas facilidades que nuestras instituciones pedagógicas se han negado hasta ahora a utilizar. Nuestras Universidades y colegios europeos tienen una larga y honrosa tradición, que, a su vez, debe mucho a los métodos educativos del Imperio romano y del mundo helénico. Ésta tradición ya estaba grandemente desarrollada antes de los días de la imprenta de tipo móvil, y mucho antes de los días en que los mapas e ilustraciones comenzaron a imprimirse. La más alta enseñanza, por consiguiente, era, como fuera en la Edad de Piedra, principalmente hablada. Y la carencia de papel y demás adminículos, que imposibilitaba casi el uso de libros de apuntes, hacía necesario un gran ejercicio de la memoria. Por esta razón, el profesor de la Universidad medioeval estaba siempre dividiendo su tema en cuatro, seis, diez partes o miembros, etcétera, a fin de que el estudiante pudiera contar y reproducir los puntos por los dedos—una especie de método de pulgar y dedo, que aun se puede encontrar, llevado a su perfección, en los discursos del eminente apologista católico Mr. Hilaire Belloc—. Es un método que destruye todo sentido de proporción entre los epígrafes; una porción de consideraciones y puntos secundarios y terciarios quedan clasificados como números equivalentes; pero en aquellos días remotos era una necesidad nemotécnica.

Y todavía estos días remotos no se han desvanecido por completo. Aún empleamos la conferencia como base normal de la enseñanza en nuestros colegios; aún oímos discursos con sus miembros numerados, y aún preferimos un profesor de segunda clase delante que la obra impresa del mejor tratadista a distancia. La mayoría de los que hemos pasado por el colegio aún podemos recordar el desaliento de tener que oír la exposición falsa y desmañada de un tema cualquiera desenvolviéndose trabajosamente en una larga serie de conferencias soporíferas, a pesar de la existencia de un libro de texto competente. No cabe duda que también aquí parece llegado el tiempo de centralizar nuestra mejor enseñanza, creando una nueva especie de profesor múltiple, que no explique en un solo colegio, sino en muchos, y reduciendo al maestro local al cometido más asequible de asegurar por medio de un comentario, de un suplemento crítico, etc., que el libro de texto será debidamente leído, discutido y comparado con los libros afines de la biblioteca del colegio.

Esto quiere decir que los grandes profesores encargados de esta enseñanza no profesarán verbalmente, o bien lo harán sólo para ensayar el tratamiento de su tema delante de un auditorio inteligente, como preludio a la publicación. Acaso visitarán los colegios de su jurisdicción; pero su ins-

trumento fundamental de instrucción no será un curso de lecciones, sino un libro. Asumirán la máxima de Carlyle de que la Universidad moderna es una Universidad de libros.

Ahora bien: el franco reconocimiento del libro, y no de la lección hablada, como base substancial de la enseñanza, abre una vasta e interesante perspectiva de posibilidades. Liberta el proceso de la enseñanza de su antigua servidumbre al espacio y al tiempo. Ya no será preciso para un estudiante ir a una habitación determinada, a una hora determinada, a escuchar cómo caen las doradas palabras de labios de un profesor determinado.

El mancebo que a las once de la mañana está leyendo en los lujosos aposentos de Trinity College, en Cambridge, no llevará una enorme ventaja al que, empleado durante el día, lea a las once de la noche en un cuarto modesto de Glasgow. El primero, diréis, puede aprovecharse del comentario y la discusión; pero no hay ninguna razón para que el segundo no forme con sus amigos una especie de Sociedad de lectura y discuta el tema con ellos a la hora de la comida o cuando van al trabajo. Ni habría razón para que no se les pudiese asignar también un tutor universitario, como extensión académica de la organización general, y cuya tutela extraordinaria sería de calidad tan excelente como las ya en existencia.



Y esta liberación de las limitaciones de localidad y de tiempo que pesan sobre la enseñanza en el colegio, no sólo haría innecesario para un hombre venir al colegio para educarse, sino que aboliría la idea de que sus esfuerzos educativos terminaban al salir de él. La asistencia al colegio no justificaría ya la pretensión a pasar por instruído, ni la imposibilidad de entrar en un colegio sería ya una excusa para la ignorancia.

No creo que nuestras autoridades pedagógicas y universitarias comprendan hasta qué punto la fase educativa del colegio se ha escapado ya de las limitaciones locales de los colegios; no saben qué masa nutrida y creciente de aprendizaje y pensamiento juvenil, de "educación de colegio", en el más alto sentido de la palabra, se condensa fuera de los muros del colegio; y, por otra parte, tampoco se dan cuenta del hecho significativo de que, gracias a la buena organización de los deportes y las diversiones y la vida social en nuestras Universidades más prósperas, una gran proporción de los jóvenes que vienen a sus colegios jamás adquieren las realidades de una educación de colegio y salen otra vez al mundo tan ignorantes y triviales como entraron. Y esta incapacidad para comprender el gran cambio en las condiciones educativas operado, en su mayor parte, durante los últimos cincuenta años, explica el hecho de que siempre que pensa-

mos en extender más por la comunidad la educación superior nos sentimos todos inclinados a pensar en ella como en una gran proliferación de edificios académicos costosos y pretenciosos, y una enorme multiplicación de pequeñas cátedras y profesorados, y una separación ulterior de la comunidad general de tantos centenares y millares de nuestros mozos, cuando, verdaderamente, la realidad de la educación ha dejado de proyectarse en esa dirección. La misión actual no es multiplicar los maestros, sino *elevare e intensificar a los buenos maestros*; reconocer su íntima relación con el trabajo de investigación universitaria—que a ellos toca ordenar e interpretar—, y asegurar la producción y generosa distribución de libros por toda la comunidad.

Yo me siento inclinado a pensar que el tipo de educación del adolescente, segregado en gran parte de los colegios inaccesibles y aristocráticos de espíritu, tal como se practica hoy en Oxford, Cambridge, Yale, Holloway, Wellesley y semejantes, es probable que haya alcanzado y rebasado su ápice. Dudo que las comunidades modernas puedan permitirse su continuación, y desde luego no pueden pensar en extenderlo gran cosa.

Pero como ya he indicado, siempre ha habido un segundo ramal hacia la educación superior: el lado técnico, el aprendizaje o instrucción profesional.

Aquí nos encontramos con profundas razones para que el estudiante vaya a un sitio especial, a museos y laboratorios especiales, a los institutos de investigación, a los hospitales, fábricas, obras, puertos, centros industriales, allí donde se encuentran las realidades que estudia, o los estudios, los talleres, los teatros donde se practica el arte a que aspira. En este punto parece tenemos centros naturales de reunión, en relación con los cuales puede la fase del colegio en una comunidad civilizada, la educación general del adolescente, la visión del mundo como un todo y la realización en él del individuo, ser perfectamente organizadas.

Ya veis que lo que estoy proponiendo no es realmente otra cosa sino que cojamos nuestros colegios, como desviaciones que son de una educación general de la juventud, y los casquemos como un cocinero casca huevos, y los batamos de nuevo con la vida intelectual colectiva de la comunidad.

Aparejada con ésta, habría, como es natural, una proposición para restringir las horas de trabajo industrial o estudios técnicos especiales hasta la edad de los veinte, cuando menos, a fin de dejar tiempo para esta fase del colegio en la educación general de todos los ciudadanos del mundo.

Ya se ha mencionado la idea de que hombres y mujeres, en las modernas comunidades, no se sienten ya inclinados a considerarse a sí mismos como

enteramente adultos y acabados; antes bien, hay una creciente disposición y una necesidad creciente a continuar aprendiendo toda la vida. En los mundos de la investigación, la literatura, el arte, las empresas económicas, este adulto adopta formas muy especializadas, que no discutiré ahora; pero en la comunidad general moderna, el proceso de continuar instruyéndose después del colegio y la Universidad está aún evidentemente en un grado muy primitivo de desarrollo. Hay cierto número de Sociedades literarias y Sociedades para el estudio de materias especiales; el púlpito todavía realiza una función educadora; hay conferencias públicas, y en América existen los gérmenes vivaces de lo que puede ser más tarde una considerable organización de estudios para adultos en el sistema del Liceo Chautauqua; pero para la generalidad de las gentes, el periódico diario, el dominical, la revista y el libro constituyen los únicos métodos de revisión y ampliación mental, una vez pasado el período de la escuela y el universitario.

Recordemos ahora que la magnitud de esta gran organización de periódicos y revistas y toda la vastísima distribución de libros que hoy tienen lugar son cosas sumamente recientes. Este nuevo nexo de la Imprenta ha crecido en el tiempo de cuatro o cinco generaciones, y sin cesar está sufriendo cambios. Olvidamos demasiado fácilmente su ex-

trema novedad en la Historia, y no concedemos atención bastante a la profunda diferencia de condiciones mentales que establece entre nuestros propios tiempos y cualquier período anterior. Es imposible creer, viendo su realidad actual, que sea otra cosa que un esbozo y una insinuación de lo que, más tarde o más temprano, ha de ser. La Imprenta se ha desarrollado, sí; pero ningún hombre lo previó, y ninguno intentó ajustar la cosa a un plan. Los de esta generación hemos crecido con ella y estamos habituados a proceder como si este nexo hubiese existido siempre y no debiese desaparecer nunca. La última conclusión es casi más desatinada que la primera.

Merced a lo que podemos considerar una sucesión de afortunados accidentes, la Prensa y el libro del mundo han proporcionado y proporcionan un órgano necesario en el estado mundial moderno, un órgano para la pronta información general de los hechos y para la rápida promulgación y difusión de las ideas e interpretaciones. El periódico nació, como sabemos, de la carta de noticias que en forma manuscrita existía antes del Imperio romano, y debe sus ulteriores desenvolvimientos a las posibilidades del anuncio, que vinieron con la expansión del comercio, al desarrollarse los ferrocarriles y demás medios de comunicación. Los periódicos modernos han sido descritos, no sin cierta exactitud,

como hojas de anuncios con noticias y un poco de literatura intercaladas. La extensión de la lectura de libros, de una corta clase, principalmente de hombres, a toda la comunidad, también ha respondido en buena parte a las nuevas facilidades; aunque también debe algo a las disputas religiosas de los últimos tres siglos. La población de Europa, podría decirse con bastante verdad, aprendió primero a leer la Biblia, y sólo después a leer libros en general. Gran parte aún de los libros publicados en inglés durante el XVII y el XVIII consistían en sermones y controversias teológicas.

Pero lo mismo el periódico que el libro empezaron en pequeña escala, como empresa de particulares, sin que nadie pudiese adivinar las dimensiones que iba a alcanzar la cosa. Nuestra Prensa moderna y nuestro comercio de libros, a pesar de los muchos esfuerzos para centralizarlos y dirigirlos, a pesar de las Leyes de Defensa del Reino y sus análogas, es todavía la producción de una muchedumbre desorganizada de particulares. No están centralizados ni dirigidos. A este hecho debe el nexo de la Imprenta lo que es aún su cualidad más valiosa. Pensamientos e ideas de la especie más varia y antitética brotan y florecen y luchan en este nexo, lo mismo que lo hacen en una inteligencia libre, fuerte y activa.

Observaréis que no digo que esta libertad sea

perfecta, ni que el proceso intelectual del nexo impreso no pudiera ser mucho mejor, sino simplemente que tiene una libertad y vigor considerables y que el tener estas cualidades es ya bastante hermoso.

Mucha gente cree que nos estamos moviendo hoy en dirección a un Socialismo mundial. Colectivismo es quizás una palabra mejor, más clara que Socialismo; y en cuanto a la conservación de la paz pública y en materias de transporte y comunicación, comercio, moneda, instrucción elemental, producción y distribución de productos de primera necesidad y conservación de los recursos naturales del mundo, éste y el sentido común de la Humanidad muévense, a mi juicio, seguramente hacia un Colectivismo mundial. Pero mientras más cooperación tengamos en nuestros intereses comunes, más necesario es conservar celosísimamente la libertad del espíritu, es decir, la libertad de discusión y sugestión.

Aquí es donde el régimen comunista de Rusia ha encontrado su dificultad más fatal. Una incompetente y catastrófica abolición de la propiedad privada ha resultado forzosamente en que todo el papel, toda la maquinaria de imprimir, todas las bibliotecas, todas las librerías y puestos de periódicos han quedado propiedad del Gobierno. Es imposible imprimir nada sin el consentimiento del

Gobierno. No se puede comprar un libro ni un periódico; hay que tomar los que el Gobierno distribuye. La libre discusión—cosa nunca muy libre en Rusia—se ha vuelto ahora, en general, absolutamente imposible. Esta fué una dificultad prevista mucho antes en las discusiones socialistas; pero nunca comprobada en la práctica por el comunista. De un solo golpe la vida mental activa de Rusia ha concluído, y en tanto Rusia permanezca consecuentemente comunista no podrá ser reanudada. Únicamente puede ser reanudada por alguna entrega de papel, material de imprenta y distribución de libros que haga, en calidad de propietario, el Gobierno absoluto para su libre gerencia por individuos. Y esto sólo puede hacerse abandonando los rigores inflexibles de la teoría comunista.

En nuestras comunidades occidentales, los peligros del nexo intelectual yacen más bien en el otro lado. El período de guerra produjo esfuerzos considerables hacia un control gubernamental, y, en consecuencia, considerables molestias para los escritores, mucha clandestinidad y cierta intromisión en la expresión de las ideas; pero, en general, lo mismo el periódico que el libro conservaron las suyas. Hoy, seguramente hay tanta libertad de publicación como pudo haber nunca. No es de los Gobiernos occidentales de quienes hay que temer que el mal venga a libre actividad intelectual en las co-



munidades occidentales, sino del individuo indisciplinado y de las incitaciones a la violencia popular de diversos propagandistas de religiones y cultos contra el libre examen.

Respecto a la Prensa norteamericana, poco sé y poco puedo decir. Hablaré sólo de aquello que me es familiar. Me siento a veces tentado de creer que desde 1914 a la fecha ha habido en la Prensa inglesa un aumento considerable de embustes deliberados y una marcada disminución de dignidad periodística. Los intereses particulares se han asegurado la propiedad y dirección de grandes grupos de periódicos, llevando adelante sus proyectos particulares con el más absoluto desdén por el bienestar mental de la comunidad. Así, por ejemplo, recientemente ha habido un singular *boycott* en la Prensa londinense del excelente libro colectivista, de sir Leo Money, *El Triunfo de la Nacionalización*, por temor a que pudiera influir en las operaciones de unos cuantos grandes grupos financieros, ocupados en volver la propiedad pública a manos privadas, en términos ventajosos para estas últimas. Se trata de un libro, no sólo importante como informe de un punto de vista económico particular, sino también por la gravedad, la serenidad y la claridad de su exposición. No creo que hubiese sido posible interponerse así entre el público y un escritor en los años anteriores al 1914. Gran parte de las noticias

industriales y comerciales se escriben hoy con un fin. La Prensa inglesa también ha sufrido considerablemente del estallido de rencor social y nacionalista engendrado por la gran guerra, de la incapacidad del espíritu europeo para comprender el acontecimiento bolchevique y de los errores y despropósitos de la componenda de Versalles. Más de la mitad de las noticias del Oriente europeo que aparecen hoy en la Prensa londinense son una falsificación deliberada, y buena parte del resto aparece contada y mutilada de manera que extravíe al lector en su juicio.

Pero no es posible engañar continuamente a la gente, y la consecuencia de esta desmoralización periodística ha sido la gran pérdida de influencia que ha sufrido el periódico. Un número decreciente de personas creen ya en las noticias que leen, y menos aún tomarán las porciones anónimas del periódico como escritas de buena fe. En cambio, ha habido un encarecimiento, por decirlo así, del periodismo firmado. Hombres de honradez manifiesta, hombres con nombres que conservar limpios, se han hecho reputaciones y una influencia sobre las ruinas del prestigio editorial. La explotación de los periódicos por los aventureros de la "empresa privada" en los negocios, ha traído consigo esta inmensa depreciación de la fuerza y el honor del periódico.

Me siento inclinado a pensar que este encenagamiento de una gran parte de la Prensa mundial por la mentira calculada y la propaganda partidista es una fase temporal en el desenvolvimiento del nexo de la Imprenta. No obstante, es un gran perjuicio y un gran peligro para el mundo. Obstruye el camino hacia esa educación universal del adulto que es ahora nuestra preocupación. La realidad aparece horriblemente desfigurada. Los hombres no pueden ver claramente el mundo, y, como es consiguiente, no pueden empezar a pensar en él como se debe.

Necesitamos una Prensa mucho mejor y más fidedigna de la que poseemos. No podemos, sin ella, encaminarnos hacia un mundo nuevo y mejor. El remedio debe buscarse, a mi juicio, no en un control del Gobierno, sino en una campaña legal contra el verdadero enemigo: la mentira. Sería en interés de los grandes anunciantes—pues el anuncio en grande es honrado—; sería, a la larga, en interés de la Prensa, y significaría un paso enorme hacia la claridad mental del mundo el que una mentira deliberada, fuese en anuncio o en noticia o en artículo, resultase punible; punible aunque no supusiera lo que hoy podría calificarse de daño o perjuicio. Y aun fortalecería el nexo de la Imprenta, y aclararía el entendimiento del mundo, si fuese obligatorio el corregir las informaciones falsas en la

Prensa periódica, aunque se hubiesen hecho de buena fe, tan visible y detalladamente como se hizo la errónea. No alcanzo a ver imposibilidad ninguna para la realización de una y otra propuesta, ni qué objeción un director o anunciante verdaderamente honrados podrían oponerles. Claro que todo el mundo tendría que proceder con más cuidado; pero no veo que haya mal en esto. El efecto sanitario sobre las enconadas discusiones de hoy día sería incalculable. Sería como abrir las ventanas en una habitación cerrada y maloliente, llena de gente que vocifera y disputa.

Puestas las leyes adecuadas para impedir el acaparamiento del papel o el control interesado de los medios de distribución de los libros y demás impresos, creo que las actuales libertades y el individualismo indemne del mundo del pensamiento, la discusión y la expresión literarias, son y deben permanecer condiciones esenciales del buen crecimiento y actividad de un espíritu mundial común. Sobre la base de esa educación más honda, que en un precedente capítulo he bosquejado, se hace posible una extensión tal de comprensión, tal aumento de cooperaciones inteligentes y tal clarificación de voluntades que puedan desvanecer la mitad de las dificultades y conflictos de los tiempos actuales y ofrecer para la otra mitad esa capacidad de solu-

ción que nosotros, en las vehemencias, embrollos y limitaciones de nuestra ignorancia presente, apenas podemos imaginar siquiera.

No sé hasta qué punto he llevado a vuestro ánimo en estos dos últimos capítulos mi idea fundamental de una educación, no sólo intensiva, sino extensiva, planeada de un modo tan económico y viable, que pueda alcanzar a todos los hombres y mujeres del mundo.

No es un sueño de *individuos educados*—ya hemos pensado bastante en el individuo educado *para* el individuo—, sino de un *mundo educado*, hasta un extremo de comprensión y cooperación mucho más allá de cuanto hoy conocemos, para todo el género humano.

He tratado de mostrar que, con organización y la voluntad de ello, esta educación mundial es posible.

¡Ojalá tuviese el don de la elocuencia para mover vuestras voluntades en este sentido! Yo no sé cómo este mundo de hoy reacciona sobre vosotros. A mí, el don de la vida no me deja ingrato. Dondequiera hay vida y espíritu humano me parece tiene que haber motivos y belleza, aunque los motivos sean muchas veces fieros, y la belleza trágica y terrible. No obstante, este mundo humano de hoy se me antoja un mundo muy siniestro e in-

humano. He llegado a esto: que todas las mañanas abro el periódico con el corazón oprimido y que casi nunca encuentro en él nada que lo consuele. Todos los días hay un nuevo cuento de sangre imbécilmente derramada. Todos los días leo de cólera y de odio, de tiranía, dolor y miseria—cólera y odio estúpidos, miseria y dolor inútiles—, de insultos y desconfianzas de los ignorantes, y del inane y horrible contento de sí mismos en que viven los poderosos. Es un mundo vil, porque es un mundo ineducado, caprichoso, suspicaz, mezquino y feroz. El aire de nuestras vidas es un aire confinado y nocivo: tiene el confinamiento de una cárcel, el vicio indescriptible de una Humanidad constreñida y apiñada.

Y, sin embargo, yo sé que hay una salida.

Pocos escalones arriba, esta lóbrega prisión de ignorancia, prejuicio y tumulto en que vivimos tiene una puerta, y esta puerta fué únicamente cerrada por dentro. En nosotros está, si tenemos voluntad y valor para ello; en nosotros está salir fuera. La llave de todo nuestro humano desorden es la educación organizada, comprensiva y universal. La consigna que pondrá fin a todas nuestras dificultades es la verdad pura. Conformaos a este santo y seña, usad esa llave con decisión, y podremos salir de la mazmorra en que agonizamos; podremos salir de una vez de estos círculos de gue-

Q. Clavados

rra, hambre, furiosa arrebatina, mutua frustración en que vivimos; nosotros y nuestro linaje podremos salir fuera, a la luz del Sol, a una dulce atmósfera de comprensión, a una libertad sin recelos y a una abierta vida creadora, por los siglos de los siglos.

No sé—no me atrevo a confiar—si oiré algún día el chirriar de la llave en la cerradura. Quizás nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos vivirán todavía en este encierro. Pero día llegará, seguramente, en que la puerta se abra de par en par y toda nuestra raza salga de esta embrujada prisión de ignorancia, desconfianza e indisciplina en que hoy sufrimos juntos.

## VIII

### EL ENVIO

En los capítulos precedentes, con muchas repeticiones y no pocos tropiezos, he expuesto una teoría bastante completa de lo que deben hacer hombres y mujeres en los momentos actuales, si quieren que la vida humana prosiga con pie de esperanza hacia una mayor felicidad y consecución en los días venideros. Gran parte de estos materiales fueron preparados primero para ser pronunciados en conferencias públicas, y deploro que la falta de salud me haya impedido reescribir debidamente estas porciones. Hay aquí más índice admonitorio y más reiteraciones de lo que yo me hubiese permitido en un ensayo. Pero ésta es una pérdida de gracia más bien que de claridad. Y como estoy, por decirlo así, haciendo un informe y no ofreciendo al lector una obra literaria, no terminaré excusándome por hacer al final un resumen y subrayar los puntos principales del libro.

Son: primero, que durante el pasado siglo ha ocurrido un gran cambio en las condiciones humanas, y segundo, que un vastísimo trabajo de adap-



tación, que será, inicial y fundamentalmente, una adaptación *mental*, tiene que ser emprendido por nuestra especie. Es un trabajo que los políticos, que viven al día, y los estadistas, que viven de suceso en suceso, pueden retardar o ayudar grandemente; pero que no deben esperar ni conducir ni dominar. Políticos y estadistas forzosamente viven y trabajan en el plano de las ideas que encuentran a su alrededor; la condición de sus actividades está hecha para ellas. Pueden verse obligados por el peso de la opinión pública a favorecerla; pero la fuerza motriz de esta gran empresa no debe venir de las fuentes oficiales, sino de la continua presión docente de una muchedumbre convencida y cada vez mayor. En tiempo de fluctuación y de linderos derribados, la importancia del maestro—usando la palabra en su sentido más amplio—crece con la progresiva disolución del orden establecido.

La responsabilidad creadora del mundo pasa hoy a manos del escritor y del maestro de escuela, a los tratadistas de ciencias sociales y económicas, a los profesores y los poetas, directores y periodistas, editores y propietarios de periódicos, predicadores y toda suerte de propagandistas y toda suerte de personas desinteresadas que pueden consagrar tiempo y energía a la reconstrucción de la idea social. La vida humana continuará siendo cada vez más peligrosamente caótica hasta que una idea

social y mundial cristalice. Este—y no ninguna institución existente—es el fin primordial de estos tiempos.

Necesitamos, pues, con prioridad a todas las demás organizaciones, una organización docente; necesitamos, antes que toda otra obra, una obra de educación y de esclarecimiento; necesitamos en todas partes entidades que apremien por un régimen de escuelas públicas mejor y más eficiente, por cursos más vastos y más racionales, por una relación mundial de sistemas pedagógicos, por una implacable subordinación de los gastos navales y militares a las necesidades docentes y por una oposición sistemática a los conflictos y enredos entre nación y nación, raza y raza, clase y clase. Me gustaría ver Sociedades pedagógicas, organizadas como tales, surgiendo en todas partes, vigilando los cuerpos locales a fin de distraer las economías de la indigencia pedagógica de un distrito a otro de ahorro menos nocivo; vigilando el obscurantismo y la reacción y las perversas doctrinas nacionalistas en las escuelas y colegios y publicaciones locales; observando las demostraciones de buena voluntad o malignidad pedagógica en los miembros del Parlamento y diputados; inspeccionando y dirigiendo la administración de las bibliotecas públicas; ayudando, cuando sea necesario, al abastecimiento de buena literatura en sus distritos; reuniendo fondos para

una intensa propaganda pedagógica en los países pobres, como China, y en los países atrozmente educados, como Irlanda; y en relación con las demás Sociedades análogas de todo el mundo. Creo que tales Sociedades no tardarían en hacerse mucho más influyentes que los partidos, Asociaciones y Clubs políticos, que tanta energía humana consumen hoy en las comunidades occidentales. Subordinando toda vulgar consideración política al desarrollo docente, como suprema necesidad del mundo, aun las comunidades más pequeñas podrían ejercer un sufragio poderoso y decisivo en gran número de contiendas políticas. Y un movimiento educacional es más tenaz que cualquier otro movimiento social y político. Va educando a sus adictos. Lo que gana lo conserva.

Ya sé que al poner así toda la importancia de los tiempos que corren en las necesidades docentes pareceré a muchos lectores ignorar con exceso los profundos conflictos étnicos, sociales y económicos que se nos vienen encima. Los ignoro, en efecto. Creo que nunca resolveremos las cosas humanas hasta que las ignoremos. Yo no ofrezco la menor insinuación respecto al partido que debe tomarse en cuestiones como la de Francia y Alemania, o la de los *sinn-fein* y el Gobierno inglés, o la lucha de clases. Y no ofrezco tal insinuación porque creo que todos esos conflictos, y otros muchos actuales,

son tan irracionales y destructores que es imposible para un hombre sano que desea servir al mundo identificarse con ninguno de los partidos beligerantes. Estos conflictos son simples aspectos de la grosera y apasionada estupidez e ignorancia y regionalismo de nuestro mundo presente. La guerra de clases, la arremetida y la resistencia para cierta vaga reorganización llamada Revolución Social, todo ello no es mas que el resultado natural e inevitable de la sórdida confusión moral e intelectual de nuestras ideas sobre la propiedad. El capitalista, el patrono, la clase propietaria, como clase, no tienen ni la inteligencia ni la conciencia de concebir limitación moral ninguna, fuera del brazo vigoroso de la ley, sobre el uso de su propiedad. Su negra y obstinada ignorancia, la torpe osadía que llaman empresas privadas, su inconsciente insolencia con el pobre, su necia y evidente indulgencia consigo mismo, van produciendo como resultado fatal el rencor feroz del obrero y del expropiado. De un lado tenemos codicia, insensibilidad e incapacidad; del otro, envidia y sufrimiento aguijoneando a la rebelión vindicadora; en ninguno de los dos vemos luz, ni generosidad, ni voluntad creadora. Ninguno de los dos puede darnos la realidad que necesitamos. Ninguno de los dos es otra cosa que un odio y una agresión. ¿Cómo podría uno tomar partido por ellos?

El actual sistema, *a menos que pueda desenvolver una inteligencia mejor y un corazón mejor*, está evidentemente destinado a provocar nuevas guerras y a continuar disipando la substancia que queda en la Humanidad, hasta que el desastre social absoluto nos envuelva a todos. Y, evidentemente, el comunista revolucionario, *en su actual nivel de educación*, no tiene el proyecto ni la capacidad de sustituir por un sistema más eficaz este ruinoso edificio de empresas privadas mal organizadas, que amenaza hundirse de un momento a otro. Pero en un nivel superior de inteligencia, en un nivel desde el cual es posible definir claramente las limitaciones de la propiedad privada y asegurar una cooperación verdaderamente leal y efectiva entre el individuo y el Estado, esta conclusión—es decir, el conflicto desesperado entre el manipulador de la propiedad y el fanático comunista, que está destruyendo rápidamente nuestro mundo—desaparece. Desaparece tan completamente como los motivos de un choque homicida entre dos borrachos desaparecerán en cuanto se los separe y se los ponga bajo un buen chorro de agua fría.

Así, a pesar de su aparente urgencia, pido al lector que se aparte de esos actuales conflictos de política nacional, de partidos políticos y de lucha de clases tan completamente como le sea posible,

o, si no puede apartarse por completo, que desempeñe en ellos un papel, indiferente a toda otra consideración, lo más conducente posible a una educación amplia, elevada, general, sobre la cual podamos basar un nuevo orden mundial. Un esfuerzo decidido durante un breve período de tiempo podría ahora reconstruir los cimientos de nuestra vida humana colectiva.

En este libro he tratado de mostrar la forma que dicho esfuerzo podría adoptar, mostrando que la esperanza de su éxito final es perfectamente razonable, y que si no se efectúa, la perspectiva que se abre a la Humanidad es una perspectiva extraordinariamente lúgubre. Todas estas cosas, ante el lector las pongo, para que él las considere y examine. No son críticas discursivas de la vida, ni refunfuños accidentales de nuestros descontentos del día; quieren ser las proposiciones fundamentales de un proyecto constructivo ordenado, en el que fácilmente encontrará el lector un papel que desempeñar, proporcionado a su capacidad y a las oportunidades que puedan presentársele.

FIN

# ÍNDICE

Wells ha sido maestro y profesor también  
sobre problemas pedagógicos

Algo platónico en las ideas  
de Wells -



# Í N D I C E

---

	<u>Páginas</u>
I.—El futuro probable de la Humanidad.....	7
II.—El proyecto de un Estado mundial.....	54
III.—La amplificación del patriotismo a un Estado mundial.....	85
IV.—La Biblia de la civilización. Primera parte....	116
V.—La Biblia de la civilización. Segunda parte ...	142
VI.—El mundo en la escuela .....	167
VII.—Colegio, periódico y libro.....	198
VIII.—El envío.....	230







COMPAÑIA ARGENTINA DE  
LIBRERIA Y PAPELERIA  
CORONA 3104  
BUENOS AIRES